MUNDO HISPÁNICO

N.° 175 — 15 pesetas

12 de Octubre

3 números extraordinarios de MUNDO HISPÁNICO

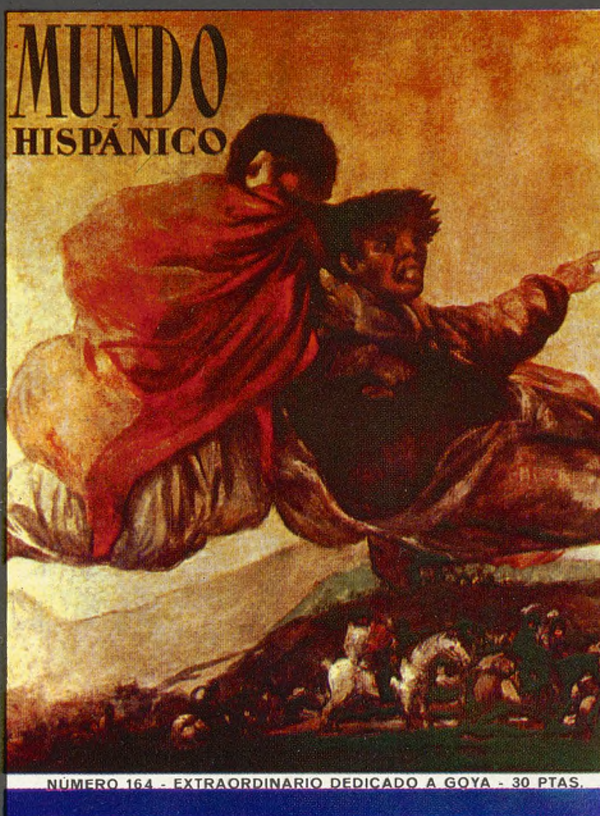
VELÁZQUEZ • GOYA • GRECO

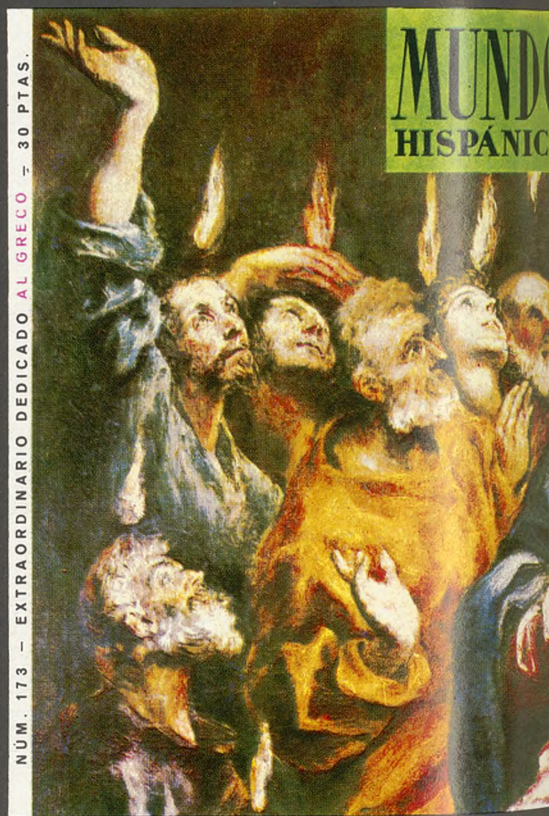
Las mejores monografías de los tres genios de la pintura española.

Una colección completísima de reproducciones de sus mejores cuadros, muchos de ellos a todo color.

Académicos, profesores, críticos de arte y especialistas han redactado los trabajos de estos números, que constituyen una obra incomparable.







"La Venus del espejo", de Velázquez, en color; encarte especial con ocho aguafuertes en el número de Goya; los cuadros de Illescas, del Greco, en un desplegable a todo color; más de trescientas páginas, en conjunto, componiendo un portfolio de calidad artística inmejorable.

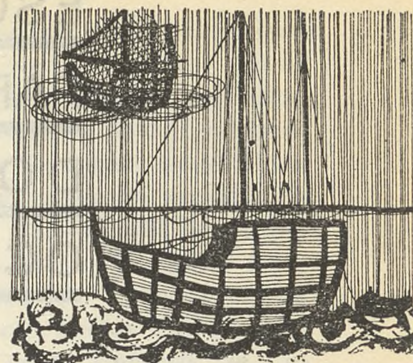
Francisco Javier Sánchez Cantón, Gerardo Diego, Eugenio Montes, José Camón Aznar, Marqués de Lozoya, Enrique Lafuente Ferrari, Juan Antonio Gaya Nuño, Ramón Faraldo, César González-Ruano, José Aguiar, Azorín, José Prados López, P. Félix García, Martín Alonso, J. M. Ruiz Morales, Valbuena Prat, Giménez Caballero, Carlos Martínez Campos, Antonio de Obregón y otras importantes firmas han redactado los textos.

Haga usted un regalo de verdadera calidad a sus amigos. Precio de cada ejemplar: **30 ptas.**

175
OCTUBRE
1962

MUNDO HISPÁNICO

Director: FRANCISCO LEAL INSÚA
Subdirector: JOSÉ GARCÍA NIETO





SUMARIO







DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria. Madrid (3)
TELÉFONOS
Dirección 244 02 48
Redacción 244 06 00
Administración 243 92 79
DIRECCIÓN POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS
Apartado de Correos 245 · Madrid
EMPRESA DISTRIBUIDORA
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.), Oñate, 11 - Madrid (20)
IMPRESO: EN LA FÁBRICA NACIONAL DE MONEDA Y TIMBRE, LAS PÁGINAS DE COLOR Y DE TIPOGRAFÍA, Y EN H. FOURNIER, LAS DE HUECOGRABADO

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1962 NUMBER 175, ROIG, NEW YORK «MUNDO HISPANICO», SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA.—Semestre: 85 pesetas. Año: 160 pesetas. Dos años: 270 pesetas. Tres años: 400 pesetas.

AMÉRICA.—Año: 5 dólares U. S. Dos años: 8,50 dólares U. S. Tres años: 12 dólares U. S.

ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Año: 6,50 dólares U. S. Dos años: 11,50 dólares U. S. Tres años: 16,50 dólares U. S.

EUROPA Y OTROS PAÍSES.—Año: certificado, 330 pesetas; sin certificar, 270 pesetas. Dos años: certificado, 595 pesetas; sin certificar, 475 pesetas. Tres años: certificado, 865 pesetas; sin certificar, 685 pesetas.

En los precios anteriormente indicados están incluidos los gastos de envío por correo ordinario.

Depósito legal: M. 1.034 - 1958

ESCRIBEN PARA ESTE DOCE DE OCTUBRE:

EUGENIO MONTES
GASTON BAQUERO
ALFONSO JUNCO

EL CAPITULO LE AÑADIMOS



Alguna vez pedí que en las nobles, santas, salvadoras puertas basilicales de San Pedro se esculpiesen las palabras de López de Gómara, para que, al repicar las campanas de Roma, las oyese toda la cristiandad. Alguna vez pedí que en el rascacielos neoyorquino de las Naciones Unidas se grabasen las palabras de López de Gómara para que los delegados de todos los países las aprendiesen, pues constituyen la premisa de cuanto en nuestro tiempo y en los tiempos futuros pueda acontecer. Alguna vez pedí que en todas las escuelas del Universo campasen en los carteles las palabras de López de Gómara para que los niños se abriesen a su luz, pues esas palabras son el acto bautismal de la grande y general Historia contemporánea. Son las que tenemos en una piedra de nuestro Instituto: «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte Del que lo creó, es el descubrimiento de Indias, y así las llaman Nuevo Mundo».

Esa mayor cosa significa, en redondo, que redondamente pueda cumplir la especie adámica su destino, y cumplirlo en común, porque, como Alonso de Ojeda proclamó ante los indios asombrados: «nosotros, vosotros y toda nuestra posteridad venimos de una sola pareja». Esto, ciertamente, ya estaba en los libros; pero era, si no letra muerta, letra dormida hasta que España la vivificó, encarnándola en Historia. España: sus Reyes, su Estado, sus aulas, sus conventos, sus paladines, su pueblo, pues la mayor cosa no se produjo así como así, ni por vaga emanación de una vaga europeidad, sino porque un país puesto a alta tensión por el Altísimo y por sus clarividentes monarcas, decidió afrontar lo desconocido con un acto de fe en el Todopoderoso y en el destino de las criaturas.

No es azar, sino símbolo, eso de que las Capitulaciones para el Descubrimiento se firmasen en la villa de Santa Fe, y así el Nuevo Mundo fuese alumbrado y cristianado ya antes de ser topado, de ser visto. Sí, en el campamento real, en la vega granadina capituló el Planeta ante el Espíritu, que soplaba, hablaba y cantaba en castellano. «El Rey y la Reina, cuyo pensamiento, aun cuando dormían, se concentraba en la difusión de nuestra Santa Fe, esperando traer a la ley de Cristo tantas y tan ingenuas naciones, se avienen a las propuestas de Colón.» Triunfo de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad. Triunfo de las virtudes teologales y de las cardinales.

Por el mismo campamento andaba otro testigo que atestigua de esta suerte: «Ni es de maravillar si tan catholicos Rey e Reina, movidos a buscar ánimas que se salvasen (más que tesoros y nuevos Estados, para que con mayor ocupación y cuydado reinasen), acordaron de favorescer esta empresa...

Y desde aquel campo real, aquellos bienaventurados príncipes le despacharon a Colón en aquella villa que en medio de sus exércitos fundaron, llamada Santa Fe, y en ella, mejor diciendo en la mesma santa fe que en aquellos corazones reales estava, ovo principio este descubrimiento.»

Este testigo que aquí se cita, el madrileño Gonzalo Fernández de Oviedo, entonces de la cámara del gentil príncipe Don Juan, lo fue también de la toma de Granada y de algunas cositas más. Anda con el Rey de Nápoles Don Fadrique y con el bibliófilo Duque de Calabria; ve cómo enfardelan los judíos; ve llegar los primeros indios a Barcelona; ve cómo sangra por la herida Don Fernando; cómo pontifica el segundo Papa Borja, y otros que a los Borjas no quisieron; cómo triunfa en Italia el Gran Capitán; cómo César el Valentino viene amarrado a las España; cómo en Pavía cae prisionero el Rey francés; y, tras registrar por escrito las más de esas quisicosas a que asiste, aún tiene tiempo para cruzar varias veces el Océano; para conquistar, gobernar, poblar; para reñir con el Padre Las Casas; intervenir en explotaciones metalúrgicas; custodiar fortalezas; mandar gentes de armas; regir los primeros Cabildos en el Nuevo Mundo; arrostrar iras; esquivar puñales que le iban derechos al corazón; burlar envenenadas flechas; ser veedor de las fundiciones en el Darién; procurador de aquella provincia; Gobernador de la Cartagena indiana (de mi tan querida Cartagena de Indias); alcaide del castillo

QUE AL GENESIS LOS HISPANOS

de La Española; y, al meterse en libros de caballerías, escribir uno propio, otro de mística, veinte de historiografía, en infolio; leer a Plinio y añadirle capítulos describiendo fauna y flora que el romano no había conocido; en fin, componer rimas gnómicas, sentenciosos versos. ¿Qué tal?

España pudo trascender todos los límites físicos porque entonces los españoles, templados y agigantados por ocho siglos de ímproba lucha, trascendían todos los límites psíquicos, las fronteras y márgenes de nuestra adámica naturaleza, con un ardor, una capacidad de esfuerzo, una intrepidez y un coraje en que alentaba el infinito.

Pasma Colón, sea quien fuere y de donde fuere (que aún constituye eso un enigma). Pasma el visionario inasequible al desaliento. Pero no asombran menos los Pinzón, los Juan de la Cosa, todos los marineros de Palos, y los que, descubiertas las islas, siguieron palpando por aquí, por allá, por arriba y por abajo los litorales; y aquellos que, metiéndose en los riñones del Continente, cruzaron con agua a la cintura ríos tamaños; talaron «infiernos vegetales», como el virrey Castelparte llamó a las selvas; sufrieron sedes en desiertos; traspusieron, entre volcanes, cumbres inverosímiles, porque, como dijo en su casa cordobesa el Inca Garcilaso, «con estos trabajos se ganó este Nuevo Mundo, y no comiendo mazapán y rosquillas de Utrera».

Pero, con todo eso, nada se hubiera podido realizar humanamente sin el tino y cuidado con que los Reyes dieron ora impulso, ora perfil, ya acicate, ya freno: el premio o el castigo; a veces con y no con o. Premio un momento, castigo el otro hasta a las mismas personas. El propio Colón tuvo que ser reprendido, y prendido, porque quería esclavizar a los indígenas, que en la Reina encontraron maternal amparo: «¿Quién ha dado facultad al Almirante para hacer esclavos a mis vasallos?»

Ni esa política de espiritualidad y magnanimidad fue mero derrame sentimental de un corazón femenino, sino concepto humano, norma del Estado entero, comenzando por el propio Fernando, que con las vulpejas de Europa habrá sido vulpeja, pero para las Indias fue padre, y, como él dijo con justo orgullo, padre mimoso.

En verdad, más aún que *madre* patria España ha sido para América *padre* patria; padre, por el viril arranque y el viril empeño misional, que es, ante todo, don masculino del aragonés, Moncayo de donde mana «la fuente inexhausta que por años y siglos vertió en Indias el agua santificadora». Así llama el Padre Bayle (S. J.) al Regio Patronato Indiano, costeador del viaje de miles de misioneros, de su sustento, de la edificación de iglesias, del culto: «acción tan grande que todos los Reyes juntos ni la han hecho ni la podrán igualar». No exagera ni un punto quien dijo: «Ríos de plata y oro corrieran si se liquidasen los tesoros que Sus Majestades han invertido en las fundaciones indianas.» Frase que para mis adentros recordaba hace unos días cuando una florentina me preguntó:

—¿Dónde está la catedral de Madrid?

—En Quito.

Del Perú y de México venían los metales preciosos que, sin descansar apenas un minutillo en la sevillana torre, ya se largaban a conservar la catolicidad en el mundo antiguo; y, revertiendo, a alumbrar cristiandad en el mundo nuevo, como bien nos dice el cronista y definidor del Regio Patronato Indiano.

A mí, en Roma, se me maravillan, ilusionan, alegran y enorgullecen los ojos cada vez que voy a misa a la basílica de nuestro patronato hispano: Santa María Mayor. Allí, en el techo de la esplendorosa nave, está, espolvoreado y radiante, el primer oro que vino de Indias y que Carlos V, con devoción mariana y romana, envió a la Ciudad Eterna, significando simbólicamente cómo entendía poner las entrañas de las tierras descubiertas a mayor gloria de la divina gracia y al servicio de la unidad cupular de una Historia que luteranismo y nacionalismo, digo luteranismo o nacionalismo (pues son la misma cosa), resquebrajaban.

El techo de la basílica romana consagrada a la Virgen, fulgiendo merced a las entrañas de vuestras tierras vírgenes. ¿Hay nada más hermoso que eso, hispanos de América? ¿Nada de que podáis, podamos, enorgullecernos tanto? Y aún pienso en otro color simbólico. Lo que hoy llamamos «azul marino», nuestros abuelos llamaban «azul ultramarino», porque venía de trasatlánticas riberas. Con vuestro añil, oh hispanos de América, azuleó la piedad española el manto de las Vírgenes en las catedrales europeas. De las Vírgenes que lloraban por la triste Reforma de Lutero y Calvino.

Me gusta ver así, por todo lo alto, la temprana aportación de América al mundo antiguo y a la universal Historia. Por todo lo alto, pues bien crecidos están los maizales en Galicia. Maizales y campos de patatas. Ya veis, paisanos, como, aun si el Grupo Escolar no lo hubiera regalado el indiano enriquecido en Venezuela, y esa casa de tejas rojas aquel que volvió de México, aun sin eso, en el paisaje gallego mucho colaboró con Dios América, respondiendo así a la gran creación hispana en aquellas latitudes.

Más de una vez lo dije: América es el gran capítulo que se le añadió al Libro del Génesis. Del trigo sembrado por el Almirante en la Isabela, iban tres granos en un saco de arroz llevado por la gente de Cortés a la altiplanicie azteca. Un esclavo negro del gran Hernán inició su cultivo a tales alturas, mientras María de Escobar lo portaba al Perú; un fraile franciscano, a Quito; y Luis Ramírez, a la pampa argentina.

En la bodega de su nave metió uno de los Pinzones sarmientos de las viñas del Condado, que hizo plantar en las Antillas. Al doblarse por la mitad la XVI centuria ya una parra sombreaba la casa limeña de Hernando de Montenegro... «Y ¡lo que son las cosas! Unos siglos después fueron las vides americanas las que salvaron a las de Europa, arrasadas por la filoxera.» (José María Iribarren.)

Pan y vino, especies eucarísticas. Por algo en la procesión virreinal del *Corpus Christi* llevaban en andas por la Ciudad de los Reyes ramos, estacas y sarmientos, sintiendo con augusta emoción y reverencia religiosa el trasplante de los frutos antiguos a la tierra nueva. Con esa augusta emoción y esa reverencia religiosa —no me cansaré de repetirlo— se debería escribir la Historia de América, pues la historia es reviviscencia y por eso es poesía.

De ahí que, paseando una mañana por las calles de La Habana, el siempre maravillado, siempre maravilloso Conde de Foxá me espetase preguntas como éstas:

—¿Cuándo por vez primera anunció el gallo el amanecer del Nuevo Mundo?

—Tras el segundo viaje colombino, en La Española.

—¿Cuándo ordeñaron por vez primera una vaca en este Continente?

—Hacia el 1550 un hidalgo de Cáceres, Villalobos, ara con yuntas de dehesas extremeñas la gleba peruana; y a la

par un primo de Cortés, Altamirano, lleva a Toluca toros bravos navarricos.

¡Encantador Foxá! ¡Cómo te recuerdo sacando de barroco cesto, en la cubana Floridita, lascivas frutas para poner a prueba mi curiosidad y mi memoria endilgándome interrogaciones de lindo jaez!

—Esto, el plátano, ¿quién lo trajo?

—Fray Tomás de Berlanga, desde Canarias, a un huerto de Santo Domingo.

—¿Y esto otro, el coco?

—¡Agustín, por Dios! Fray Diego Lorenzo, en 1549.

No sólo, pues, y ya sería mucho, el laurel, el mirto y el olivo de Atenea. También el incienso y la mirra del Portal de Belén llevaron a Indias aquellos Reyes Magos de Extremadura, para que, a la luz de nuevas constelaciones, se pudiese leer y entender a Virgilio; leer y entender los Evangelios. Pero, por llevarlo todo, hasta le llevaron al trópico indiano la flora tropical que hoy lo enriquece, pues ni es indígena la caña de azúcar ni el café.

Por ello en los años del *Lazarillo*, viendo a Castilla en los huesos, piden las Cortes de 1551 y 1552 al Rey que se moderen las sacas para Indias «porque de aquí viene el principal daño del Reino».

Desde un punto de vista estrictamente económico, esos procuradores estaban en lo cierto. La colonización de América empobreció a España. La empobreció en cosas y, sobre todo, en hombres, que son la riqueza máxima, pues ellos la crean. Pero, ¿quién puede cometer la mezquindad de echar cuentas ante el cumplimiento del providencial destino? Además, en Indias se ensanchó el alma española y eso no admite precio. Y castellano es el escudo de esa casa hidalga que en Santillana del Mar luce en sus cuarteles un pozo, un caldero y este refrán: «Cuanto más doy, más tengo.»

Hacer veinte naciones ¡qué paridora dignidad! Mas, esa dignidad no debe recordarse sin recordar que, a la vez, los pueblos americanos han hecho y siguen haciendo a España, pues no sólo los padres hacen a los hijos, sino también los hijos hacen a los padres, como Cristo nos enseña. Nos enseña con su mera existencia —que es su esencia—. Dios, el Todopoderoso, haciéndose Hijo. ¡Claro misterio!

Tres siglos de grandiosa historia común constituyen una alta nobleza, que obliga. Obliga, a los de verbo español en la otra orilla, a una fidelidad profunda. No superficial, no externa, no de andarse por las ramas, sino de raíz, porque, según expresó el gran escritor argentino Ignacio Anzoátegui, no puede quedarse en mera y extranjera, anglosajona hispanofilia lo que es hispano-filiación. Y nos obliga a los hispanos de aquí a respirar con respiro cósmico, a mirar el mundo con ojos oceánicos, o, mejor, ultramarinos, a pensar planetariamente, a ser también, y aun sobre todo, un pueblo americano, como somos.

Un ser así pide conocimiento. «Yo sé quien soy», dijo nuestro señor Don Quijote. Pide memoria y pide voluntad: La de seguir siendo quien se es en medio de todas las asechanzas, de todas las dificultades y a costa de los sacrificios que la Providencia demande. ¡Cuántos no nos demandó a los españoles en 1936! Gracias a ellos tenemos una España más pujante, más fresca y más linda. Voluntad de ser en el presente y en el futuro. Voluntad de ser alguien. Alguien importante, alguien capaz de influir en la Historia. En la Historia universal, que nosotros hicimos posible al darle al esfuerzo humano como horizonte el Universo. Historia universal que existe porque, en tal día como hoy, tres naves, con el pulmón de Dios en las velas, llegaron al Nuevo Mundo.

Ser alguien. Pero para que los pueblos hispanos seamos alguien en estos tiempos, para que podamos proyectar nuestro espíritu en los acontecimientos, imprimirle nuestra fisonomía, marcarlos con nuestra huella, necesitamos apetecer la grandeza y sentir y actuar con cierta solidaridad.

El siglo XIX fue el de las independencias —necesarias, pero no suficientes—; el siglo en que cada país hispano puso el acento, y no podía menos de ponerlo, en lo peculiar y distinto, en lo diferencial dentro del seno familiar: en el cada. Ahora, precisamente porque cada país tiene su personalidad, ya no puede cerrarse, con cerrazón particularista, en lo exclusivo. Ya el acento se debe poner sobre lo común a todos los hispanos: sobre la hispanidad. Ya cada uno debe abrirse, amorosamente, a los demás de la familia, para, entre todos, empujar la Historia, pues ésta o la conducimos o nos atropella; o de ella somos conductores, o, por mucho que nos duela, seremos sus víctimas. Con estremecedor vaticinio Rubén Darío, poniendo el grito en el cielo, nos pidió que uniésemos «tantos vigores dispersos». Huelga decir que no pidió, claro está, ni podía pedirla, ni la puede pedir nadie, unificación, porque eso es lo contrario de la unidad. Unidad de pueblos libres que, para defender su albedrío, no lo quieren dejar impotente. Unidad de pueblos libres con el alma entera.

Lo que pedía el vate de Nicaragua pedimos nosotros, con voz clamante. Con clamor de hambre y sed de verdad: de verdad y poesía. Hambre y sed de justicia. Hambre y sed de amor, pues, como dijo Leopoldo Panero en viriles tercetos

La irrenunciable sed de José Antonio
era sed de unidad, porque en Castilla
la unidad de la sed es patrimonio.

Roma, octubre de 1962.

E U G E N I O   M O N T E S

Felipe II
Agraria

I

Muchos recuerdan en estos tiempos la frase de Alejandro de Humboldt sobre la América Hispana que él conociera a principios del siglo pasado: «Es un mendigo sentado sobre un montón de oro.»

Esa definición se aplica a la existencia de enormes recursos económicos sin beneficiar, en territorios habitados por gentes que no siempre pueden cubrir las más elementales, las más primarias necesidades.

Hay potencialmente mucha comida, y mucha materia prima, y mucha riqueza que permitiría dar a esas gentes un alto nivel de vida en lo alimenticio, en lo cultural, en lo sanitario; pero una serie muy compleja de causas ha hecho y hace que sobre territorios y élites humanas muy ricas viva una gente muy pobre.

A esa paradoja de Humboldt es a lo que actualmente se llama subdesarrollo. Es mucho más grave de lo que se evidencia con su simple reconocimiento, porque no es sólo que permanezcan intactas las fuentes naturales que darían de sí para alimentar, calzar, instruir y demás, sino que lo ya en explotación, la riqueza enorme que actualmente se produce o está en condiciones económicas de producirse, pertenece a muy pocas manos, y la distribución de sus beneficios es harto insuficiente.

Danse gusto, tienen «tela por donde cortar», como se dice en América, aquellos que actúan señalando los defectos de la estructura social-económica en que vivimos: que si hay tierras sin hombres y hombres sin tierras, que si hay oligarquía feudal conviviendo con depauperación multitudinaria, que si sólo las radicales revoluciones que destruyen todo el andamiaje existente pueden abrir la explotación económica de América con sentido de justicia social cristiana...

ha decretado la primera Reforma en Hispanoamérica

II

Pero es limitada la aplicación de la paradoja de Humboldt a lo material. Acaso la más penosa situación de la América Hispana sea la representada por la mendicidad de las ideas, que hace de sus pueblos «países periféricos», girando en torno a centros de influencia —«países del centro»— que se encuentran muy lejos de Hispanoamérica, y que, en realidad, no pertenecen al acervo, a las reservas intactas del otro tesoro con que cuenta esa América para saciar su hambre de ideas.

Porque si grande es lo que la Naturaleza dejó sembrado allí para que los hombres lo transformaran un día en alimento, en vestuario, en medio de riqueza para darse salud e instrucción, grande, mayor, es lo que la *segunda naturaleza* de América sembró allí para que sus hijos tuviesen siempre a mano la luz y la orientación, la guía y la seguridad de sus pasos.

¿A qué llamamos segunda naturaleza de América? Al mundo de doctrinas, de principios, de ética, de juridicidad, de cultura en una palabra, que España trasfundió allí desde los primeros años inmediatos al Descubrimiento. Una extensa e intensa estructura jurídica, nacida de una moral cristiana, sirvió de armazón para el edificio de un mundo que se superponía al de la decadente sociedad americana precolombina.

Ese edificio, recordémoslo siempre, estaba en ruinas, aparte de las deficiencias y defectos del paganismo. Las culturas indígenas de América hallábanse en avanzado grado de decadencia. Los imperios y reinos venían siendo devorados por las guerras civiles; las viejas formas llenas de vigor cultural, de imaginación poética, de capacidad administrativa, habían entrado en quiebra. Cuando los españoles llegaron al Nuevo Mundo hallaron allí un mundo tan viejo, culturalmente hablando, tan gastado e ineficaz, que constituyó *una auténtica señal de Dios, señal de salvación en medio del naufragio, la llegada de los españoles.*

III

El español cargó en peso su propia cultura, que vivía en esos instantes un periodo cenital, de energía, de dinamismo, de fe religiosa a alta tensión, y lo derramó sobre América. Él era muy fuerte, y el mundo a que llegaba era muy débil. Ya no se sostenían allí las estructuras carcomidas. Las leyes estaban en decadencia. Este hecho era hemisférico, total: aztecas, mayas e incas atravesaban por la misma zona de crisis; de los núcleos inferiores en cultura, no hay que decir. ¿Cómo asombrarse de la rapidez con que América se dejó ganar por la poderosa filosofía de la existencia, por la fascinante concepción religiosa, por la inagotable vitalidad de la raza, por el habla enérgica y por los gustos de los recién llegados?

La adaptación, la asimilación de los principios ofrecidos por los españoles a los indios se produjo con tal rapidez en los medios civilizados que equivale al ansia con que un sediento se arroja sobre el agua acercada a sus labios. Yo diría que América estaba soñando con la llegada de otra religión, de otras gentes, de otras formas de vida. Moctezuma no podía dormir en paz desde mucho antes de la llegada de Cortés. Los augures, intérpretes de los sentimientos recónditos del pueblo, hablaban continuamente de que llegarían hombres blancos, venidos del cielo, ángeles enviados por Dios para detener la corrupción, revigorizar el imperio, levantar y salvar la sangre. Las premoniciones menudeaban por todas las tierras donde había gente culta, y parece que desde los albores del siglo XV, en América, los poetas y los sacerdotes no hacían más que vislumbrar entre las tinieblas del futuro la anunciación de una llegada.

Cuando esa llegada se materializó, el «impacto», como ahora decimos, fue maravilloso. Esa capacidad única para digerir y conformar a su imagen aun a las piezas humanas más reacias, que es distintiva de lo hispánico (el portentoso estómago de España se digiere a un Carlos V o a un Greco *en menos de lo que canta un gallo*, y lo pare redivivo español puro), pudo ejercitarse en América a pleno pulmón. Los sacerdotes y los capitanes, los hombres del fisco y los hombres de la ley, iban recorriendo sin descanso aquellos territorios humanos y dejando como huella de sus pasos, en cada ser y en cada cosa, la calimba de la cruz. Sobre la blanda cera del alma del indígena grababan los españoles la cruz, y con la cruz la concepción jurídica de un Estado nuevo, de una economía nueva, de unas nuevas normas de vida cotidiana y de vida trascendente. A poco se había añadido a la naturaleza primitiva, otra naturaleza: un enriquecimiento.

El conjunto de esas riquezas espirituales trasfundidas por España al Nuevo Mundo es lo que llamo *segunda naturaleza* de América. Esas riquezas son el otro montón de oro sobre el cual se sienta el mendigo.

IV

Tiene América al alcance de la mano, con sólo inclinarse sobre sí misma y buscar en sus entrañas, las respuestas para todos sus conflictos y problemas. Los economistas se han cansado de demostrar que si se vence el subdesarrollo, o sea si son puestos en producción los recursos que hoy duermen bajo y sobre tierra, la América Hispana puede alimentar una población veinte veces mayor que la actual. Anda por los 200 millones, y de esos no sabemos exactamente si 50 ó 70 están

desnutridos, hambreados, viviendo en condiciones infrahumanas.

Pero, al mismo tiempo, queriendo vencer ese estado, no acierta a buscar en su otro tesoro, en la panoplia de su espíritu propio, las armas adecuadas para el combate. Y tiende sus manos hacia afuera, como si no tuviese raíces, como si por allí no hubiese ocurrido una de las más gigantescas aventuras del espíritu humano, cual fue la de trasladarle, injertarle, trasfundirle, el orbe católico de las ideas jurídicas, económicas y sociales, hasta hacer carne y sangre propias de América la carne y la sangre de los civilizadores. Con la sangre iba el espíritu, con la carne iba la historia. ¡Y qué historia, y qué espíritu!

Porque no han perdido vigencia las ideas fundamentales, las normas fundacionales de aquel gran experimento histórico. Cristóbal Colón —para decirlo en términos del día— puso a girar en derredor de España un satélite maravilloso, el Nuevo Mundo. Pero inmediatamente Isabel la Católica se aplicó a la tarea de tomar entre sus manos ese satélite, amorosa, maternalmente, y ponerlo a girar en derredor de Dios. Para diosificar, cristianizar a América, la Reina comulgó con los hijos de aquellas tierras, se identificó con ellos a través de Cristo, y, sencillamente, de un golpe, regaló a aquellas sociedades los monumentos de leyes, fueros, cédulas, que hacían de la España de aquel tiempo *el más justo, moderno, liberal y democrático* país de Europa.

V

La América Hispana fue así troquelada en unos tórculos excepcionales, que nadie más ha tenido en su cuna. ¿Se han agotado las normas jurídicas, los principios, las esencias de una estructura cristiana de la sociedad, tal y como fueron volcadas allí por la voluntad de Isabel la Católica? La gente cree que un pedazo de oro enterrado siglos y siglos no se corrompe ni deteriora, y que es siempre valioso el oro; pero no cree lo mismo de las ideas. Se piensa por muchos —cierto que conocen poco el asunto— que «las ideas del siglo XVI» son inaceptables hoy, por muertas, por esclerotizadas, por *viejas*. ¿Saben quienes esto dicen cuáles eran las ideas del siglo XVI, las ideas-ideas, no las anécdotas peculiares de aquel siglo? Es que se olvida que esas ideas no eran de tal siglo, sino de mucho tiempo más atrás, de tan atrás como de cuando Cristo apareció sobre la tierra.

La palabra de Dios, ¿puede envejecer? Las normas nacidas con fidelidad a lo cristiano, ¿pueden pasar de moda? Así como en la búsqueda de recursos naturales —para combatir el subdesarrollo económico— no son aprovechables todos, exactamente todos los terrenos, árboles, yacimientos, y se precisa elegir aquellos que respondan al propósito perseguido por los técnicos, en la búsqueda de las doctrinas, de las orientaciones; hay que escoger también las que de entonces poseían rasgos permanentes más afines con los requeridos por los problemas de hoy.

Hay tanto donde escoger en el terreno de las ideas y de las pragmáticas, como en el terreno de los recursos naturales. Si pensamos por ejemplo en el tema del día en América, en la Reforma Agraria, ¿cómo podemos empatar esa idea, que muchos consideran novísima, con lo ocurrido en el siglo XVI? ¿Es, se dirá algún filoneísta, que podemos pensar en los días de Felipe II para estudiar y resolver un problema de los días de Janio Quadros y de Fidel Castro?

Pues sí. No sólo podemos, sino que, según mi criterio, *tenemos* que pensar en aquellos tiempos fundacionales, para buscar en ellos las raíces, las recetas probadas ya, las fórmulas autóctonas, las ideas propias. Para dejar de ser mendigos a la puerta de los templos extraños. Porque en tiempos de Felipe II, precisamente de Felipe II, se produjo la primera Reforma Agraria en América.

VI

El historiador colombiano Indalecio Liévano Aguirre ha refrescado muy recientemente toda la prodigiosa historia, toda la gran aventura espiritual de la dación de una segunda naturaleza a América. Se ha detenido muy bien en lo de la Reforma Agraria.

Hacia 1590, la vida en la América Hispana mostraba ya en carne viva todos los conflictos que en el curso de un siglo producen aquellos humanos que se lanzan a la conquista de las riquezas y del poderío. Una cosa quería para América la Corona, regida por Isabel la Católica, Madre de América, y otra cosa querían para sí muchos que iban a América, no a cristianizar, sino a medrar. Esa lucha de fieras se pretendió contenerla, frenarla, con las leyes. Los gobernantes y gobernados llamados a cumplirlas, cuando caían en el vértigo de la ambición de las riquezas, volvíanse contra la ley, sembraban el sufrimiento en torno y tendían a encadenar a los hombres para explotarlos sin límites y sin misericordia.

A la Corona llegaban de continuo las quejas por la mala conducta de los ambiciosos, de los explotadores. Frente a ellos estaban los funcionarios cumplidores de la ley, los hombres que, autoridades o no, respetaban a sus semejantes y obedecían al Rey. Y estaban los sacerdotes, que se colocaron desde el primer momento junto a *los nuevos miembros de la cristiandad»* que esto eran para el Trono y para la Iglesia los habitantes del Nuevo Mundo. Para los aventureros, para los explotadores, los indígenas, en cambio, no eran sino fuentes de riqueza. Toda la colonización de América es el maravilloso espectáculo de una batalla, de una polémica, de una lucha a brazo partido, entre los buenos y los malos, entre los fieles a la voluntad del Trono y los burladores de esa voluntad, que se inauguran con Cristóbal Colón.

Hacia 1590 ya han pasado y pasan tantas cosas desagradables, que el Rey Felipe II toma cartas en el asunto. Y las toma a su manera, enérgica, radical, tajante. Como de la propiedad de la tierra han hecho los infieles, los malos, lo que han querido, pues el Rey se lanza y ordena toda una Reforma Agraria... *La primera Reforma Agraria que habría de cumplirse en el Nuevo Mundo.*

VII

Las cédulas que fijaron su alcance y características fueron promulgadas por Felipe en El Pardo. Venían ellas a enmendar los yerros y transgresiones que sobre lo dispuesto en 1525 en materia de tierras habían hecho los conquistadores y los encomenderos. Por eso se abría la Reforma Agraria con la orden real de revisar todos los títulos de propiedad.

Sabía la Corona que una merced de 500 hectáreas se había convertido misteriosa, o amañadamente, en un latifundio improductivo de 20.000 hectáreas, cuando la condición esencial que se señalara para otorgar aquellas 500 era la de labor. Sabía también la Corona que, contra sus disposiciones, los indios se habían quedado sin tierra, contraviniéndose la orden real de formación de ejidos comunales y de ejidos particulares. Éstos, para ponerlos en mano de los indios, a quienes sólo se les fijaban estas dos condiciones: mora y labor. Es decir, vivir en la tierra, no estar ausente de ella, y hacerla producir. Con esas Cédulas, Felipe II obtuvo la reconquista para la Corona —el Estado— de una enorme cantidad de tierra, que fue distribuida de nuevo entre los indios y entre los nuevos pobladores y emigrantes.

Decía el Rey, textualmente, el día 1 de noviembre de 1591:

«Aunque yo he tenido y tengo siempre voluntad de hacer merced o repartir justamente el dicho suelo, tierras e baldíos, asignado a los lugares y Consejos lo que pareciere que les convenga para que tengan suficientes Ejidos, propios e términos públicos la calidad de los dichos lugares y Consejos, y asimismo a los naturales

Indios y Españoles para que tengan tierras en propiedad en que poder labrar y criar más, la confusión y exceso que ha habido en este por culpa e omisión de mis Virreyes, Audiencias y Gobernadores pasados, que han consentido que unos con ocasión que tienen de la merced de algunas tierras se hayan entrado e ocupado otras muchas sin título, causa ni razón, e que otros las tengan e conserven con títulos fingidos e inválidos de quien no tuvo poder ni facultad para poderlos dar, es causa que se ha ocupado la mejor y la mayor parte de toda la tierra, sin que los Consejos e indios tengan lo que necesariamente han menester e que ninguno lo posea con justo título, habiéndose visto e considerado en mi Consejo Real de Indias y consultándose conmigo, ha parecido que conviene que toda la tierra que se posee sin justos y verdaderos títulos se me restituya según y como me pertenece para que, reservando ante todas las cosas lo que os pareciere necesario para plazas y Ejidos, propios, pastos y baldíos de los lugares y Consejos que están poblados, así por lo que toca al estado presente en que se hallan como al porvenir e al aumento e crecimiento que puede tener cada uno y repartiendo a los indios lo que buenamente hubiere menester para que tengan en qué labrar y hacer sus sementeras e crianzas, confirmándoles en lo que tienen de presente y dándoles de nuevo hasta los que le fuere necesario, toda la demás tierra quede y esté libre y desembarazada para hacer merced y disponer de ella a mi voluntad. Y para este efecto os mando que luego proveáis que dentro del término que para ello señalaréis exhiban ante vos y ante las personas de letras, ciencia y conciencia que nombraréis para ello, los títulos que para ello tuvieren de las tierras, estancias, chacras e caballerías que cada uno tiene e emparándolas en las que con buenos títulos y recaudos poseyeran, se me vuelvan y restituyan las demás para disponer de ellas a mi voluntad sin que haya ni pueda haber sobre ello pleito alguno más que la declaración que vos y las personas que tuvieren Vuestro Poder y Comisión hicieren acerca de ello, que para el dicho efecto a vos y a ellos os doy e concedo tan bastante e cumplido poder como se requiere.»

VIII

La Reforma Agraria había pretendido asegurar la alimentación de los indios, así como la posesión por éstos, con título de propiedad, de un pedazo de tierra. Pero los resultados de esa Reforma, al igual que los de aquéllas hechas en tiempo de los romanos, nos dicen que es preciso estudiar a fondo las consecuencias económicas y sociales de una ley de esa índole, *porque una extraña tendencia o fatalidad la llevó y la lleva a producir catástrofes económicas, a desarticular la producción y a frustrar el abastecimiento.* Para luchar contra esto se aplicó la fórmula mixta.

Tanto en la reforma de 1591 como en las reducciones jesuíticas del Paraguay, los españoles se adelantaron a resolver el problema inicial de toda Reforma Agraria, que es el creado por la proliferación del minifundio y sus efectos desastrosos sobre la producción. Crearon, con el reparto de tierras individual, los centros de producción colectiva. Cada uno era propietario de su campo, donde producía lo que quería y cuando quería; a ese campo individual se le llamaba Campo del Hombre. Pero, al mismo tiempo, ese propietario estaba obligado a trabajar dos horas al día en el campo colectivo, para la producción comunal; a este campo colectivo se le llamaba Campo de Dios.

Es decir, que al tiempo que por el reparto se creaba el minifundio, se mantenía un latifundio, de carácter público, en el cual se explotaba aquello —ganadería por ejemplo— que requería una gran extensión de tierra y un cuidado especial para ser económicamente productivo.

De esta manera mixta se evitaba el llegar a la colectivización socialista, que va indefectiblemente unida a una forma totalitaria de producción y de gobierno, pero no se caía en el error de dividir toda la tierra disponible en pedacitos de *confetti*.

IX

Baste ese ejemplo de la Reforma Agraria para ilustrar nuestro pensamiento. Podíamos hablar de la creación de la ley de ocho horas, del descanso dominical retribuido, de la libre contratación, del salario mínimo, ideas todas de la España del siglo XVI puestas en práctica por Felipe II en América. En cada una de las Cédulas que sustanciaban esas ideas para ponerlas en marcha, hallamos hoy materia muy útil de orientación. Pero lo importante es que en todas está presente el espíritu cristiano, la otra naturaleza impuesta sobre las almas americanas. Lo importante es que, detalles más, detalles menos, está intacto el tesoro de actitudes, de *respuestas*. Es tan vasto el repertorio, que podemos encontrar un antecedente para cualquier situación planteada hoy, no importa cual sea ésta, en lo moral o en lo material. El montón de oro es inagotable, y de una belleza infinitamente superior a la que pueda tener una catarata de mineral áureo. Aprovechar ese tesoro es obra de *reconstrucción de la continuidad*, de volvernos hacia aquello que nunca debimos abandonar: la fuente nutricia, el cordón umbilical fuertemente unido al vientre proficuo de España.

No haya temor a la palabra *continuidad*. Se trata de volver a vivir a la luz de las ideas que no envejecen, de las ideas de Dios, tal y como fueron llevadas a América por la paridora de naciones. Se trata, diría yo para evocar un radiante nombre olvidado, de hacer de la América Hispana, otra vez, una Lesbia.

X

¿Lesbia?, se preguntará algún lector. Lesbia, que misteriosamente es además un anagrama de Isabel, era un nombre indígena que en tierras de la araucanía quería decir «Sol rápido». Una doncella india que llevaba este exquisito nombre, Sol rápido —como si dijéramos diamante efímero—, era hija de un *ulmen*, un cacique. Se hizo cristiana. Amó a Cristo de tal modo, que se consagró a sí misma como Esposa del Señor. Cuando Lepal (Bola rápida), hijo de Capoulicán, quiso tomarla por esposa, Lesbia rompió la gran tradición milenaria de la raza. Dijo no a quien nadie podía rechazar. Y ante el propio Capoulicán, que le exigía acatar las leyes, ella respondió que ya nadie podría desviarla de su camino. Vinieron los hechiceros para exorcizarla, pues los suyos estaban convencidos de que se trataba de un maleficio, y la doncella mantúvose firme.

Fue condenada al fuego, fue llevada a la hoguera, y no cedió. Con el nombre de Cristo en los labios se entregaba a la muerte llena de felicidad. Chocaban dos mundos, el Viejo y el Nuevo, el paganismo y el cristianismo. Instantes antes de morir, Lesbia habló, y de su boca salieron profecías. Anunció al omnipotente Capoulicán «próximas derrotas y una muerte sin gloria». Predijo el triunfo cierto de la religión de Cristo, la dominación española durante varios siglos, y, finalmente, la independencia total del país que llevaría consigo la desaparición de la tetrarquía bajo un nuevo poder.

Lesbia fue la primera mártir cristiana en el Nuevo Mundo. Murió alimentada por la nueva riqueza, por el oro que sembraba en el espíritu la calimba de cruz con que los españoles marcaron para Dios las almas y las tierras de allende el océano. No vivió ni murió como mendigo sentado sobre un montón de oro. Ella era la imagen de América. Lesbia, Isabel, la doncella y la reina, América indígena y España misionera.

Madrid, octubre de 1962.

GASTON BAQUERO

Nuestra raza no es racista

Cada 12 de octubre celebramos aquel memorable día en que Colón, sollozando de júbilo y de victoria, besó tierras de América y alzó en ellas la cruz. Mas, no solemos ahondar en la impresionante paradoja de que, gracias a un error venturoso, pudo acertar Colón.

Porque él pensaba que la esfera terrestre era mucho menor de lo que es en realidad, y cuando pretendía solamente abrir nuevo camino para las Indias y creía estarlas tocando, topó de hecho con un enorme continente que se alzaba a mitad de su carrera y que ni en sus sueños desmesurados existía.

Pero quedó así integrado el mundo, y quedó potencialmente incorporado nuestro hemisferio a la civilización y al cristianismo. Que estas grandes repercusiones suelen tener los grandes propósitos, y aun a despecho de los yerros humanos, suele Dios coronar con imprevistas verdades el tesón de la heroica voluntad.

* * *

Aquella empresa sustancialmente española —sea cual fuere el rincón nativo de Cristóbal Colón, puerilmente disputado—; aquella empresa acariciada en La Rábida, suspiciada por Fray Diego de Deza, acometida en nombre y al impulso y amparo de los Reyes Católicos, con el concurso decisivo de los Pinzones y con naves y gentes españolas, inauguró el contacto, doloroso y glorioso, de Europa con América; inauguró la efusión y la fusión de sangres que gestaría el alumbramiento de nuestros pueblos. Acaso por ello ha venido designándose el 12 de octubre como el *Día* de la *Raza*.

Sin embargo, raza no significa para nosotros exclusión altanera, sino amorosa compenetración; no implica la teoría materialista y pagana de un racismo aislante, sino al revés, la doctrina espiritualista y cristiana de un ecumenismo integrador.

Integrador en nuestro caso —dentro de la vasta hermandad de todos los hombres— de esta egregia comunidad espiritual que llamamos la Hispanidad. Común denominador, signo unitario que no borra, sino levanta a superior armonía, las diferencias étnicas, las aportaciones locales, los valores autóctonos.

* * *

Nuestra raza no es racista. Al contrario. Nutridos de sustancia católica, vale decir universal, somos auténticamente hispanistas, y por eso —nótese bien: por eso— somos auténticamente indigenistas.

Quisiera alumbrar este concepto, que suele andar tergiversado y confuso; porque las palabras mismas —indigenismo, hispanismo— parecen plantear una alternativa, facilitando así el equívoco y tendiendo la emboscada.

El indigenismo —cierto indigenismo al uso, que acaso quiere monopolizar el título— suele prescindir del hispanismo y aun repudiarlo, quedándose con el indio en vivas plumas.

El hispanismo, en cambio, al afirmar lo hispánico, afirma precisamente lo indígena, que no es ya cosa contrapuesta ni ajena a la hispanidad, sino fundida con ella en una totalidad étnica e histórica objetivada por veinte pueblos.

Basta ejemplificarlo con lo que tenemos más a la mano. ¿Qué fue lo que integró a esta patria nuestra? ¿Qué es lo que forjó y lo que constituye la nación mexicana?

Ella no existía, ciertamente, cuando núcleos aborígenes, extraños y aun enemigos entre sí, ocupaban zonas más o menos distantes, y carecían de comunidad de idioma, de comunidad de territorio, de comunidad de régimen jurídico y social, de comunidad de ideales.

Lo que hizo posible, lo que creó de hecho la nación mexicana, fue, por el pensamiento y por la acción, el aporte hispánico; la cultura católica y europea, de personalísimo sello, que con España recibimos; que amalgamó y dio nexo de unidad a lo heterogéneo; que imprimió carácter, fisonomía, modos genéricos que a lo largo de nuestra patria —y de manera semejante a lo largo de toda la América Española— percibimos fácilmente como signos de hermandad.

* * *

Lo hispánico no excluyó ni despreció lo indígena. Al contrario.

¿Qué fue entre nosotros —insistimos— lo que vinculó a las diferentísimas tribus o comunidades aborígenes, a menudo adversarias? Nada tenían de común los tarascos o los mayas con los aztecas. Éstos tiranizaban cuanto podían a los tiaxcaltecas, a los zapotecas, a los miztecas, a otros grupos étnicos. No eran hermanos, sino enemigos. Por eso, para pelear contra sus opresores, los tiranizados se aliaban con Cortés. Lo que puso unidad en aquella diversidad heterogénea y antagónica fue el régimen español, fue el mensaje hispánico.

E igual en la lengua. Respetando y estudiando el hervidero de idiomas y dialectos que separaban a los aborígenes, les comunicó España la maravilla de su propia lengua, con que pudieron ellos salir de su oscuro aislamiento particularista, hermanarse entre sí, insertarse en la cultura universal.

Lo propio en la religión. Ante la babel de dioses primitivos —a menudo feroces y rivales—, llegó el cristianismo que, además de abolir los sacrificios sangrientos y la antropofagia, levantó a los indios a un plano superior de convivencia amorosa, de dignidad humana y de común fraternidad.

Y lo mismo en la geografía. Ocupaban las diversas tribus regiones relativamente cortas, discontinuas, dispersas. El territorio de la Nueva España —y aun nuestro mermadísimo territorio actual—, no es, simplemente, lo que tenían los indios. Es ello y muchísimo más, que se descubrió, se pobló y se civilizó por el asombroso esfuerzo hispánico. Es ésa gran totalidad traída a nexo político por el régimen virreinal.

* * *

Por eso es una insigne y apocadora tontería el que se designe a México, según se hace a menudo, como la «nación azteca». No. Nuestro conjunto étnico, nuestra lengua, nuestra religión, nuestra cultura, nuestro territorio no son los de los aztecas; rebasan y superan con enormidad aquella cosa exigua, restricta, adversaria y opresora de los demás pobladores.

En cambio, la Hispanidad sí es —para nosotros como para los otros pueblos de América— lo que he llamado «el común denominador», que no excluye sino incorpora lo indígena; el común denominador, que así como en aritmética sirve para sumar quebrados, así integra aquí lo fraccionado, lo inconexo, lo «quebrado», en un espléndido total, en una suma generosa.

México, octubre de 1962.

A L F O N S O   J U N C O

El Código de los mayas revela sus secretos

El doctor José Quintela Vaz de Mello ha dedicado gran parte de su vida al estudio de antigüedades. Encerrado en su biblioteca particular, rodeado de un laberinto de 18.000 volúmenes, en su residencia de Belo Horizonte, capital del Estado de Minas Gerais, trata de revelar los misterios de antiguas civilizaciones. Aunque ha nacido en Río de Janeiro, desde hace medio siglo reside en Belo Horizonte. Hoy, con sesenta y dos años de edad, hojea antiquísimas obras que no se encuentran ni en el Museo Nacional. El doctor José Quintela Vaz de Mello habla correctamente y traduce las lenguas siguientes: portugués, francés, inglés, alemán, italiano, castellano, hebreo, árabe, griego y latín. Lee y traduce otros idiomas, que son: siriaco, palestino, sánscrito, geórgico (sacerdotal), chino, japonés, copto, etiópico, samaritano, sumerio y acadio, además de los jeroglíficos egipcios, cuneiformes, mayas y proto-jeroglíficos, como atestigua la enorme cantidad de sus libros publicados. El doctor José Quintela Vaz de Mello—hombre-enciclopedia—ha sido condecorado con la Cruz de Hierro del Ateneo Internacional de Cultura, en virtud de los distinguidos servicios por él prestados a la cultura y a dicha institución.

Entre sus numerosas obras publicadas, fruto de pacientes investigaciones, se destacan: «A Etimologia da Palavra Azebre» (1937), «Estudios de Filologia» (Alarife, 1941), «O A da Palavra Abismo» (1944), «Rascunhos Filolóficos: ION, IAO o IOANTE?» (1945), «Addo a luz da Paleologia» (1949), «Por qué o nome de Eva?» (1950), «Um Anacronismo no Candelaria», «Os Ex Ossibus Meis» (1953) y, en 1955, «Ignotum Per Ignotius».

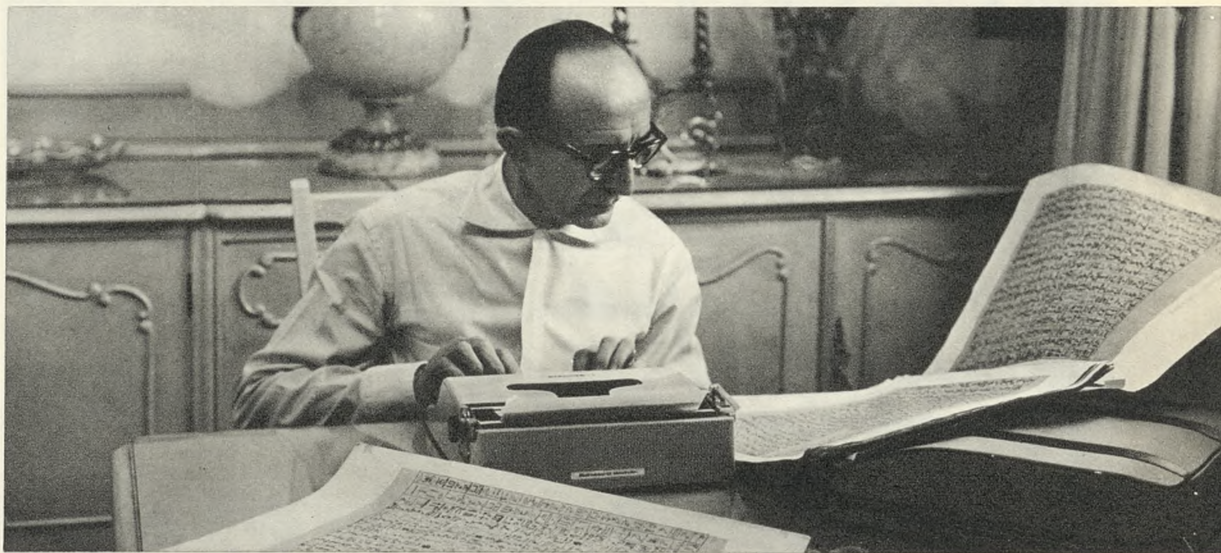
Pertenece a numerosas entidades culturales de ámbito internacional y es un destacado maestro universitario. Es catedrático, entre otras cosas, de Filología Románica, en la Pontificia Universidad Católica de Minas Gerais, Facultad «Santa María»; profesor de Filología Arabe Comparada en el Instituto Brasileño de Cultura Arabe. Y, asimismo, es profesor de Letras Clásicas y Lenguas Orientales.

Por eso creemos de interés traer a estas páginas su colaboración en un problema tan intrincado como es el de la escritura maya.

Un científico brasileño ha dedicado diez años al descifrado de la escritura calculiforme

Una lengua capicúa: muchas de sus palabras pueden leerse empezando por la izquierda o por la derecha

Por JOSE QUINTELA VAZ DE MELLO



El doctor José Quintela Vaz de Mello, trabajando en su despacho de Belo Horizonte.

La historia de los mayas—los griegos de América—data de hace más o menos unos mil ochocientos años; es decir, de la primera parte del siglo IV de nuestra era, cuando los propios mayas primitivos comenzaron a grabar en piedra las inscripciones hoy conocidas.

Tal contribución abarca doce siglos de la era cristiana, a saber: 317-1541. Algunos historiadores dicen que ese pueblo procedía de California o Florida, sin considerar a esas dos regiones como punto inicial de partida. Otros sostienen su origen asiático, y niegan que se trate de una inmigración china, sino posiblemente mongólica.

Otros refiérense a Tule—localidad que ha sido situada en diferentes lugares al norte del hemisferio—, e inclusive un científico británico ha llegado a indicar como punto de referencia a Groenlandia, que en épocas anteriores estuvo unida al continente, tiempo en que se efectuó o se procedió a la emigración.

Aun existen quienes, al aceptar la existencia de la Atlántida—continente que ocupó parte del «Gran Océano» que se extiende entre el Nuevo y el Viejo Mundo, y del cual parecen ser vestigios las porciones insulares que en él se encuentran, como las Canarias, Cabo Verde, las Grandes y Pequeñas Antillas—, sostienen, convencidos, que vinieron del Este, cruzando esa región, posiblemente procedentes de Caldea o de Egipto.

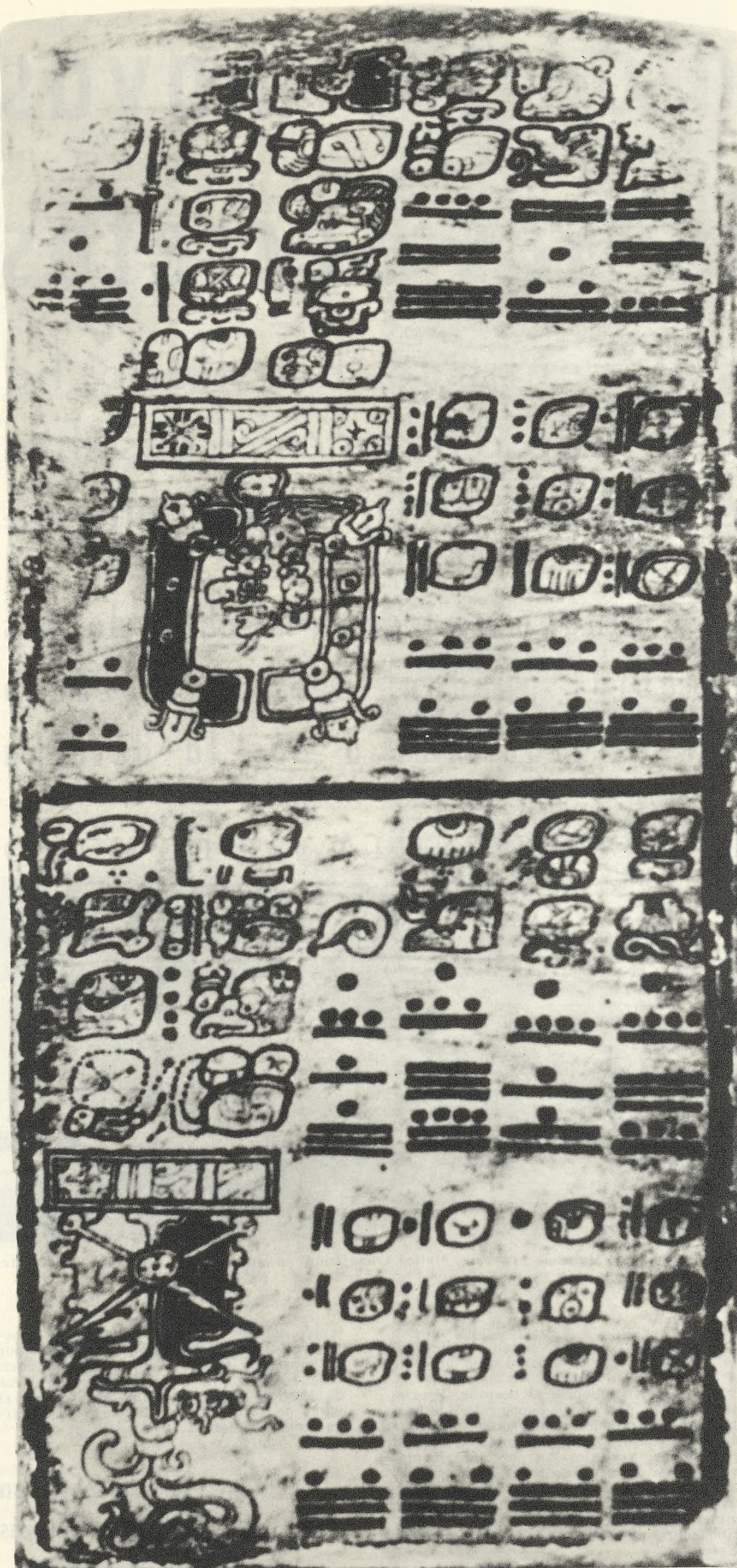
Los puntos de contacto existentes entre egipcios y mayas afirman tal teoría, admitida con reservas.

De acuerdo con las tradiciones y el contenido del libro de *Chilâm Balâm de Chucmayel* (obra que poseo), peregrinaron por «tierras muy frías y campos muy cálidos».

Se asegura que se dirigieron hacia el sur de México, y que les llamó la atención el istmo de Tehuantepec, «la perla de la garganta de la tierra».

sólo se conservan tres códigos mayas

Pero, de todo esto, poco interesa a los lectores la historia propiamente dicha. Pasemos a la del Código, mucho más interesante y menos conocida.



El grabado corresponde al texto de la «aparición de la estrella». En la parte superior se ve el «perro del rayo» y la pirámide y el volcán que guardan el fuego sideral. Luego las preces del maíz y el dios, con un hacha, que protege la germinación de este cereal.

Comencemos por los manuscritos en lengua y caracteres mayas. De éstos, después de la irresponsable destrucción perpetrada por Diego de Landa, en 1561, no restan sino tres Códigos, constituidos, como la mayoría de los manuscritos mexicanos precolombinos, de fajas de papel de magüey o agave, cuyas páginas están dobladas sobre sí mismas, como las hojas de un biombo, y que estiradas alcanzan varios metros de largo.

Tienen un fondo de tenue barniz yesoso y blanquecino y están divididos, en partes desiguales, por líneas negras y rojas, a lo ancho. En cada una de ellas están pintadas, en colores vivos, algunas figuras que recuerdan el tipo nipón, representando príncipes, sacerdotes y, en su mayor parte, líneas de caracteres constituidos por pequeños cuadriláteros, con inscripciones internas, ángulos redondeados, conteniendo cabezas humanas, de perfil (de frente, sólo tres, en el Código de Dresde: planchas XXXVI, XLVI y LVIII), y de animales, señales diversas y variados puntos, trazos, etcétera.

Además, existen los Códigos en caracteres latinos, poscolombinos, como los *Libros de Chilâm Balâm*, el celebérrimo *Popol Vuh* —libro sagrado de los mayas guatemaltecos, de 1782, la *Biblia de los Maya-Quichuas*—, que poseemos en fotocopias.

Aparte de los anteriores, contamos con infinidad de inscripciones, que sobrepasan la cifra de dos millares, sobre temas religiosos, mágicos, históricos, cronológicos; esculpidas en piedras, en las paredes de los templos, en obeliscos, altares y particularmente en columnas; talladas en las maderas de los travesaños, o pintadas en terracotas.

Tal acervo constituye un verdadero *Corpus Inscriptionum Mayarum*, en espera de un editor generoso. Desde la tentativa demasiado simple del obispo de Landa, que pretendió formar un alfabeto (del cual poseo una fotocopia) para la lectura de los Códigos, nadie, durante trescientos años, se ha preocupado en descifrarlos integralmente, ni siquiera de interpretarlos.

Sabido era que los mayas se servían de dos medios para registrar la historia de sus acontecimientos: el ZIB, o pintura decorativa, y el VOOH, o escritura, cuyo vocablo significa letra o signo.

Hasta hace poco no se tenía certeza sobre si tal escritura—llamada calculiforme, por la forma de sus signos—era ideográfica, fonética o mixta; alfabética o silábica, pictórica o figurativa. Ni siquiera se estaba de acuerdo sobre el sentido de la lectura: si de derecha a izquierda, o a la inversa; si de arriba hacia abajo, o si de abajo hacia arriba; en columna o en parte de columnas.

A las inscripciones murales los mayas dábanle el nombre de *katunica*, derivada de *katun*, de donde proviene la escritura así denominada, habiendo dudas respecto al significado del vocablo, que tanto puede equivaler a «período de veinte años» (como signo cronológico) como también a «piedra de consulta».

Los signos numéricos, compuestos de puntos y rayas horizontales, son fácilmente comprensibles. A éstos añaden nombres de algunas divinidades de los puntos cardinales (Este, amarillo; Norte, rojo; Oeste, blanco; Sur, negro), presididos por BACAB, de constelaciones, de localidades, etc.

El estudio del calendario abrió la puerta a muchas investigaciones, como finalmente veremos.

El Código de Dresde—que tuvo por título *Fac-similé d'une peinture originale mexicaine*—es el más antiguo de los Códigos mayas, siendo el menor de ellos y el más difícil de todos, por el esoterismo de sus jeroglíficos.

Ese precioso e interesante documento fue encontrado en Viena, en 1739, por Humboldt, escrito en una especie de papel hecho de magüey o agave y recubierto de tenue y casi imperceptible capa de revestimiento calcáreo, para asegurar la conservación.

Parece que se trata de un TONALAMATI, o ritual religioso, astronómico y astrológico. Sólo es anterior al de Dresde, el Código de CHIMALPOPOCA (del cual po-

seo, así como de todos los demás conocidos, respectivas fotocopias), de fecha controvertida e incierta, tal vez anterior al siglo x de nuestra era.

El Código peresiano fue descubierto en el año 1859, en París, por Rosny. Ese Código es sólo un fragmento, en su estado actual, y fue encontrado en un cesto de papeles viejos. Por eso se ha aprovechado sólo una de sus partes originales; mide 1,45 metros de largo, constando de 11 hojas, o 22 páginas, ninguna en blanco.

El Troano fue descubierto por Basseur de Bourbourg, en 1866. El Cartesiano, encontrado por aquella misma persona, en el año 1875, mide 7,15 metros y consta de 56 hojas, o 112 páginas, ninguna en blanco.

El Código de Dresde está en colores. Predominan el rojo oscuro y claro, el azul, el amarillo, el pardo (sepia), el verde y el negro fuerte. Abierto mide 3,50 metros de largo, y tiene 39 hojas, o 78 páginas, cuatro de ellas en blanco, todas de 20 por 9 centímetros. La plancha XLIV prácticamente es ilegible, así como las partes del medio y del final de la plancha III.

La lectura obedece a la dirección de las figuras humanas o a la posición de las figuras animales en forma de jeroglíficos, o calculiformes, como en los jeroglíficos egipcios, y se lee de izquierda a derecha, horizontalmente; mientras la plancha XXX, en su parte final, parece que debe ser leída verticalmente, de arriba hacia abajo, en pares de columnas de derecha a izquierda, aun como en ciertos papiros. Es el texto que hace referencia a la «Aparición de la estrella».

Con excepción de la plancha XXIV—«Calendario de Venus»—y de las que siguen hasta la XXVIII, no se nota división en partes, de las cuales hemos hablado.

Lo que es digno de destacarse es que la primera información sobre el período venusiano haya sido encontrada en un antiguo calendario mexicano. El primer paso de Venus fue observado en Santa Lucía Octotumazpa, donde el paso del planeta, en fecha 24 de noviembre de 416 de la era cristiana, fue registrado como símbolo de estilo tolteca, en forma de una estrella. Así quedó señalado, por primera vez en el mundo, el paso de Venus.

Las planchas LI-LVIII—tablas de eclipses solares—presentan 405 lunaciones, alrededor de treinta y dos años y tres cuartos, dispuestos en 69 grupos separados. ¡El calendario de Venus podía ser usado por el espacio de trescientos ochenta y cuatro años!

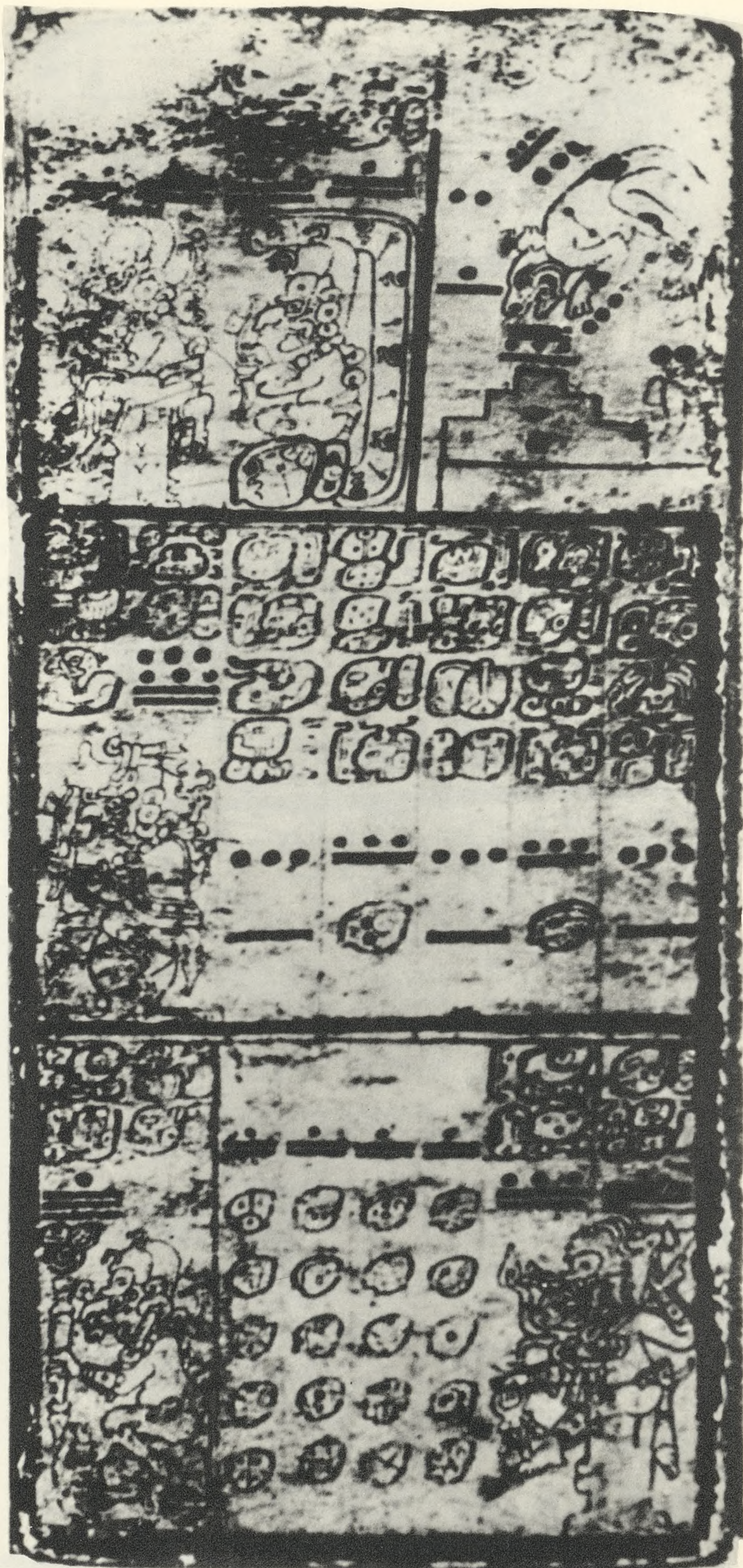
La descripción minuciosa de las planchas no interesa a los lectores. La última trata del Diluvio. En ella se ve a EK CHUAH —el sexto dios negro de la guerra—con la siniestra ave MOAN sobre su cabeza. Esto aparece 40 veces en los Códigos mayas, según he comprobado.

A pesar de que el lingüista alemán Paul Schellah afirmó que «el desciframiento de la escritura maya es un problema insoluble», resolvimos, hace aproximadamente diez años, haciendo frente a toda suerte de dificultades y de obstáculos que de tales tareas provienen, tratar de descubrir el secreto de la escritura dresdense, habiéndonos llevado a esa empresa el conocimiento de los jeroglíficos egipcios, chinos, japoneses, baums, etc., que hace más de treinta años venimos estudiando con dedicación y paciencia.

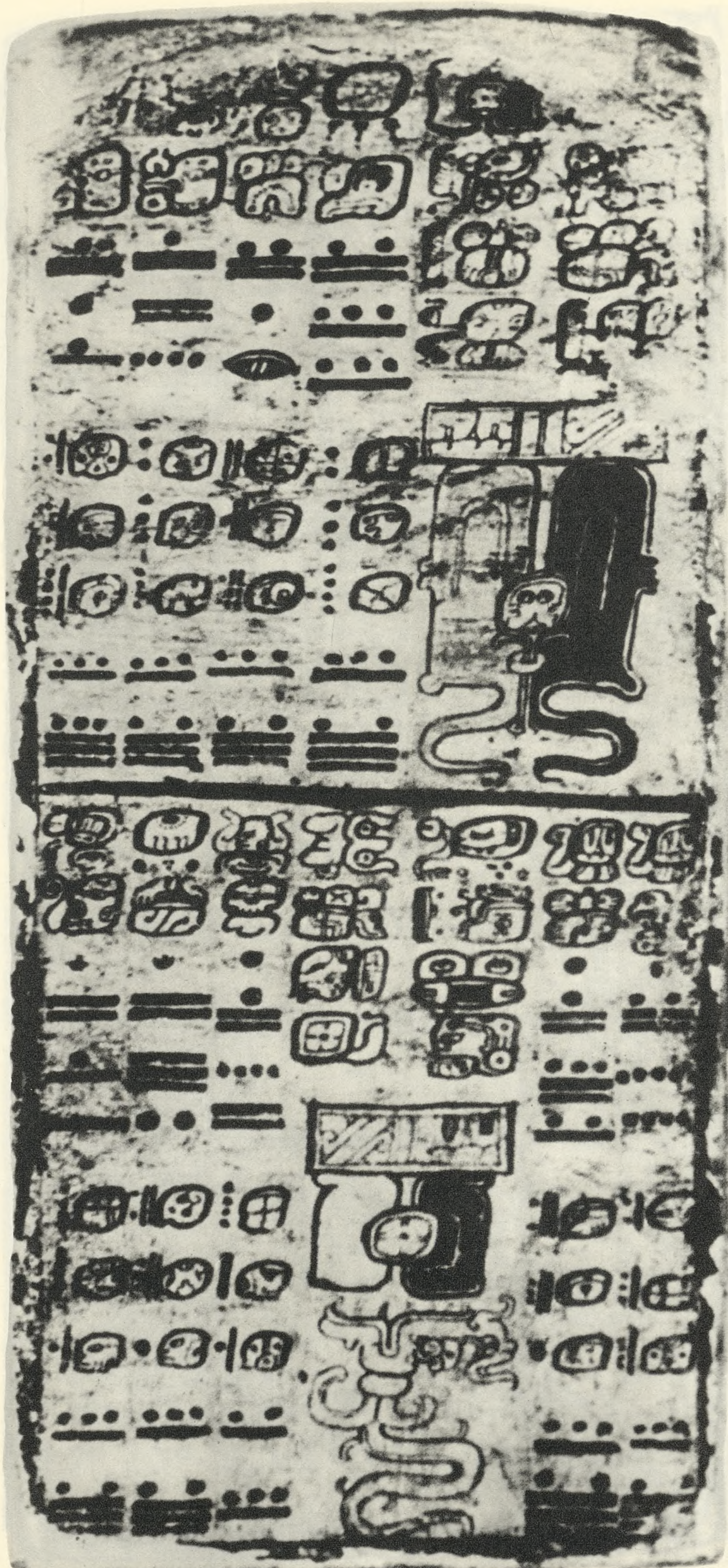
Sin el apoyo de nadie, enfrentando a veces la misma imposición de la resistencia mental, que nos incitaba, por el desánimo y por el agotamiento, a abandonar tal empresa, luchamos por llevar a buen término nuestro propósito, que hoy es realidad.

Encontramos la clave del escrito en la plancha del Diluvio—la última del Código (LXXIV), que lo sabemos de memoria, debido al manejo de tantos años—, y nos entusiasmamos más (o ¿nos desanimamos menos?) al confrontamiento con las otras. Y así, registramos los datos estadísticos acerca de la presencia de ciertas palabras que, por su frecuencia y repetición, parecían ser sustantivos, pronombres, verbos, etc.

Pero... ¿Y el problema de la sintaxis? ¿Y el de la correlación fraseológica? ¿Y la facilidad en la lectura? ¿Y la sistemática verbal?



Estos jeroglíficos mayas contienen el llamado «Texto de la Resurrección».



Continuación del llamado «Texto de la Resurrección». Este jeroglífico consta de nueve palabras.

Nueva serie de desengaños y desesperaciones... El deseo, aparejado con la constancia y con la voluntad de descifrar el misterio de la escritura de los mayas, no nos dio tregua, ni siquiera durante la noche. El hombre ama lo desconocido, lo misterioso. De acuerdo con las palabras de Mateo—«Nada hay de encubierto que no haya de revelarse, ni de oculto que no haya de saberse», X, 26—, proseguimos resueltos y confiados, en la esperanza de que algún día podríamos mostrar al mundo el fruto exhaustivo de nuestro esfuerzo en favor de la paleolingüística americana. Y fue lo que hicimos.

Cuando hace poco leímos en el libro de Lucien Barnier *La nueva ciencia de los soviéticos* (1959; páginas 248-9), de la versión portuguesa, que Iouri Knorozov consiguió traducir el Código maya (¿cuál de ellos?), nos regocijamos, pues sólo así nos sería posible la confrontación de los textos, en caso de que su trabajo se hubiera basado en el manuscrito de Dresde. El trabajo perdido, por su originalidad, me valía la gloria de la certeza de mi estudio en un campo antes nunca trabajado.

Pero el asunto sólo se quedó en la afirmación de que la lengua maya no comprende 900 caracteres, sino solamente 270, habiendo el «joven sabio terrible» (expresión de Barnier) traducido las palabras pavo, perro y cisne (*kutz, tsulx, mut*) y la siguiente oración: «El sol quema todo en cierta época del año y la lluvia fecunda la tierra.»

En el Código de Dresde no recuerdo haber encontrado tal oración.

Posteriormente, otra revista (*Manchete*, 471, página 29, de 29-IV-61) repitió la noticia del joven soviético, en una nota lacónica, donde se afirmaba que él había traducido en Dresde (no el Código de Dresde) unos manuscritos mayas, y que durante seis meses de estudio había conseguido descubrir palabras claves que significan lluvia, sol, trueno. Y de ahí la formación de las palabras y reglas fijas de la conjugación de los verbos, revelando (lo que yo ya había dicho dos años antes en la revista *Mundo Ilustrado*, número 64, página 41, de 14 de marzo de 1959, en una entrevista que concedí para referir al *Papiro Prisse*) que los mayas tenían asombrosos conocimientos de astronomía y de agricultura.

Recientemente llegó a mis manos otra revista en la que se afirma que en Siberia tres jóvenes científicos habían descifrado las escrituras mayas por medio de una máquina electrónica, y que consiguieron traducir sólo el 40 por 100 de todos los textos de los manuscritos de Dresde y de Madrid, lo que constituye sólo 600 frases descifradas.

Modestia aparte, me enorgullezco del gigantesco esfuerzo por mí realizado, pues, mientras la electrónica trabajó sin cesar doscientas horas para los Códigos y realizó miles de millones de cálculos, yo trabajé a solas durante diez años, día y noche, y conseguí traducir más del 75 por 100 del Código de Dresde, además de la preparación de un diccionario para el desciframiento de las escrituras mayas y afines, y de un esbozo de su gramática.

una escritura jeroglífica

Hubo una razón para que el porcentaje de la traducción de los siberianos sea sólo un 40 por 100 de los referidos manuscritos. ¿Cuál? En la lengua maya, en ciertos casos—como en el de los textos mágicos, que se encuentran también en esos manuscritos—, los vocablos pueden ser leídos tanto de derecha a izquierda como de izquierda a derecha—en forma palíndroma—, sin mudar o alterar el sentido o la significación de las palabras. Así: KAK, fuego; AMA, anciano; POP, estera, trenza; LAB-bal, viejo, caduco; AB-Ba, aliento, soplo; OK-KO, viento, espíritu; ZAZ, claro, luminoso; KIK, sangre; LEL, esperma; IB-Bi, feto, movimiento; OC-Co, ir, andar; EZ-Ze, hechicería, malicia.

Lo mismo observamos en hebreo: LAB-

Bal, corazón. En copto: ENEH-HENE, eternidad. En egipcio: RA-AR, sol. En etíope: BAS-SAB, hombre. En caldeo: TAAR-TAAR, puerta. En sirio: ANOCH-NACHO, hombre... Todo considerado como metátesis esporádicas.

Aquí, de paso, puede ser incluido un ejemplo a lo coránico, para fines de confrontación: RBKKBR (Kaabir, vigilante), basado en la ciencia de las letras o «simia». En la llamada operación cabalística TEKSIR, de la cual Doutté nos da noticias en su libro clásico de magia, escrito en árabe: *Chems El Maarif El Kovra Oua Lata If El Aouarif.* (El Cairo, 1318-1319.)

Asimismo, el Talmud, apoyándose en el sistema de trasposición, o «Ath-Basch», dedujo la «Ley Halakuica», capaz de sugerir al misticismo infinitas y casi abusivas aplicaciones.

La escritura maya es jeroglífica, no se puede negar. Ya lo habíamos aseverado en 1950. Es una escritura combinada. En ella hay fonogramas, ideogramas y determinativos. Los números representan un papel importante en los Códigos, por las estadísticas que realizamos.

Tan es así, que en el manuscrito de Dresde, los números 8, 9, 13 y 17 aparecen en correspondencia, en paralelismo, con el número de vocablos de los textos.

Para confirmación científica de lo alegado, sirva la plancha XV, en la cual el número de palabras es de 17; en la XI, 13; en la XXX, 30, etc.

El año TZOLKIN, con sus doscientos sesenta días—plancha XIX—, que constaba de veinte meses de trece días cada uno, no es otra cosa que el resultado de veinte veces trece, donde leemos: YUM-KAAX, el dios del campo bendice la sementera (la tierra). En la parte del medio: ZAL A EK I U CAT PA, la cópula sexual de la vida con la muerte, bajo la mirada del alma del antepasado. Parte final: A-EK-CHAAL..., la madre entre los gérmenes vitales pide al dios del campo la fecundación de la tierra y que (su oración) no sea oída por CHAAK, dios de la tempestad.

El árbol de la vida (¡coincidencia genésica!) está representado por el jeroglífico TA.

En la plancha XXX—«Texto de la Aparición de la estrella»—vemos (arriba, parte superior) el perro del rayo; la pirámide, el volcán que guarda el fuego sideral. En la parte central se lee la oración al maíz (jeroglífico CABAN, ZA, maíz), y se ve el dios con un hacha (símbolo fálico), que protege su germinación y la presencia.

La plancha LVI (y siguientes) es el «Texto de la Resurrección». La primera, con ocho palabras, y la segunda, con nueve, con un total de 17, que es la suma de siete más diez. Para satisfacer la curiosidad de los lectores, aquí va su traducción literaria:

«La fuerza de la vida, para no ser aniquilada,
transmítese a aquel que vive.
El germen vital es extraído del agua.
Por el (calor del) fuego

(Ocho jeroglíficos.)

su marca (?) da el impulso vital
que se eleva y evapora.
El germen es sacado después
y llevado al seno del agua.

(Nueve jeroglíficos; total, 17.)

La fuerza vital del germen se eleva purificada;
la que posee es sacada del agua
que seca y evapora con el fuego.

(Nueve jeroglíficos.)

El viento (espíritu) hace circular la fuerza vital
que está colocada en medio de las aguas para ser purificada
por medio del secado y evaporación del fuego.»

(Ocho jeroglíficos; total, 17.)

símbolo esotérico del texto

La parte superior contiene los dos elementos de la claridad (día) y de la sombra (noche), que encierran, enmarcando, la cabeza del antepasado.

Las cuatro flores de los cantos—diferentes unas de otras—corresponden a los cuatro vientos representantes de la energía revigorizadora o vital.

El marco donde está encerrada la efigie del muerto está hendido arriba y abajo, y sobre la grieta superior el emblema del Sol, que se eleva (KIN) para romper el claustro: el vientre maternal de la Tierra.

La otra parte: jeroglíficos del mundo diurno y nocturno, con el emblema del Sol y la Cruz del movimiento.

El símbolo del día y de la noche, en posición inversa a la de la parte superior, donde el día está a la izquierda y la noche a la derecha del lector, apoyado sobre la boca completamente abierta de una serpiente, que significa la garganta terrestre y la tempestad.

Así como el germen humano es una mezcla de elementos masculinos y femeninos, también el germen solar consiste en una simbiosis de principios luminosos y oscuros. De ahí la posición invertida de los colores de los jeroglíficos en contraste, en una y otra parte del mismo texto.

¡El esoterismo de los opuestos!

Y es bastante, como pequeña muestra de un esfuerzo ingente.

Con la protección de los hombres públicos (que poco o nada se interesan en asuntos de esta naturaleza), tal vez podamos el año venidero sacar a la luz nuestra traducción literal y literaria, con minuciosos comentarios paleolingüísticos, lingüístico-comparativos, mitológicos y cabalísticos, traducción acompañada de pequeño léxico, que ya hemos organizado, y de las primeras nociones de gramática jeroglífica maya, para deleite de los pocos que se dedican a estos estudios agobiantes, cansadores y nada remuneradores de paleolingüística.

Pero bien dice el proverbio que «más vale un gusto que cien panderos».

J. Q. V. M.

(Reportaje gráfico de Fiel.)



El doctor Quintela Vaz de Mello examina unos complicados jeroglíficos mayas para efectuar su difícil traducción.

Dentro de diez o veinte años, será juzgada nuestra generación por los frutos que haya obtenido en su lucha contra el hambre, las enfermedades, la miseria y la ignorancia en todo el mundo. Dag Hammarskjöld (1958)

Hacer la vida más fácil a la humanidad, preservarla del hambre, enfermedades, miseria y calamidades: he aquí la misión de nuestro tiempo. La industria química con sus múltiples productos contribuye eficazmente a la solución de estos problemas. Hoechst trabaja en vanguardia para ello. Sus investigadores se ocupan sin cesar en hallar nuevos productos y procedimientos. Con toda su energía y entusiasmo trabajan en pro de una vida mejor. Ayudar a la humanidad es la misión de la industria química, para la que

...el hombre es lo primero de todo.



La Farbwerke Hoechst AG., es una empresa de la gran industria química con sucursales y filiales en 73 países. Número de colaboradores: 53.000, de los cuales 2.000 son científicos. Volumen anual de ventas en 1961: 2.800 mill. DM (Ptas.42.000 millones). En el mismo año se desembolsaron 120 mill. DM (Ptas.1.800 millones) para trabajos de investigación. Las inversiones llevadas a cabo ascendieron a 460 mill. DM (Ptas. 6.900 millones).

Las múltiples actividades de Hoechst abarcan los siguientes campos: colorantes, productos auxiliares textiles, productos intermedios, medicamentos, productos químicos, materias primas para barnices y lacas, disolventes, materias plásticas, fibras, láminas, fertilizantes y productos fitosanitarios, incluidos el planeamiento y construcción de instalaciones químicas modernas.

Farbwerke Hoechst AG. Frankfurt, Alemania

Representantes en España:
Hoechst Iberica S. A. Tuset, 8-12 (Edificio Monitor) Barcelona (6)



RA 29 - Sp



LA CUARTA CARABELA

Etayo y los suyos quieren "descubrir" América

DON Hilarión es el celador del puerto de Guetaria. Se parece a Javier Ochoa, aquel «León Navarro» que anduvo por las cuadradas selvas del *ring*. Ha bogado hasta la carabela sin resoplar ni rechistar. Cuando estamos al lado, dice:

—Como mala facha, no tiene. A pesar de los adelantos modernos, claro.

Charlar un poco con Cristóforo Etayo Colombo y con su tripulación nos lleva costado a Henecé y a mí los 480 kilómetros que van desde el paseo de la Florida, de Madrid, a San Sebastián, los que separan San Sebastián de Pasajes y los que distan de Pasajes a Guetaria.

Ya estamos aquí, a Dios gracias. En el prólogo norteño del redescubrimiento. En el norte hispánico de La Rábida. Don Hilarión pregunta:

—¿Hay escala de gatera?

—No.

A la pregunta del celoso celador del puerto de Guetaria ha contestado un marinero. Los «descubridores» hablan poco.

La carabela poscolombina tiene trece metros de eslora y dos y medio de calado. No se bambolea apenas en el hoy sumiso Cantábrico. Está hecha de pino navarro, de abeto de los Pirineos. De airosa curvatura. La mesana y el palo mayor apuntan al cielo de estaño.

Gracias a don Hilarión, aunque no haya

Antonio corrige la atadura de una verga.



Ya se han efectuado las últimas revisiones para la gran aventura.

escala de gatera, logramos que nos hagan algún caso a bordo.

—Oiga, que venimos de Madrid nada más que para esto.

—Todos dicen que vienen de Madrid.

Un hombre mayor con el pelo blanco y los ojos azules, un viejo marinero con mucho sol en la cara, es el que nos trata tan duramente. Don Hilarión tercia:

—El capitán no está.

—¿Dónde está?—pregunto.

—En San Sebastián.

—¿Volverá?

—¿Y yo qué sé? Los capitanes no explican adónde van ni cuándo van a volver.

Lo que más impresiona de la cuarta carabela es el tamaño. Nunca podía imaginarse uno que aquellos caballeros de 1492 utilizaran una barcaza como ésta. Hay muchos yates más grandes en el puerto. Se ven remaches y clavos, maderas sin barnizar, velas plegadas y cordajes.

Aparecen otros dos marineros. Son jóvenes y fuertes. También hablan poco, y se conoce que obedecen al marino viejo. Desde una boya, Henecé retrata y retrata. Está ligeramente pálido, quizá porque—ahora recuerdo—no sabe nadar en absoluto. Ni una brazada.

Los tres marineros maniobran con celeridad y precisión. Si estuvieran aquí los hermanos Pinzón, no podrían *aparcar* mejor la carabela en el puerto. Verlos maniobrar y gritarse entre ellos da cierta confianza. Uno ata la estacha al noray.

Ya en el puerto, les proponemos comer juntos y esperar al capitán. Dudan un momento. Como siempre, es el más viejo el que habla:

—Vamos.

LA TABERNA DEL PUERTO

Sobre la mesa está el marmitaco. Antes de empezar, lo dijimos:

—La misma comida. Comida de marineros.

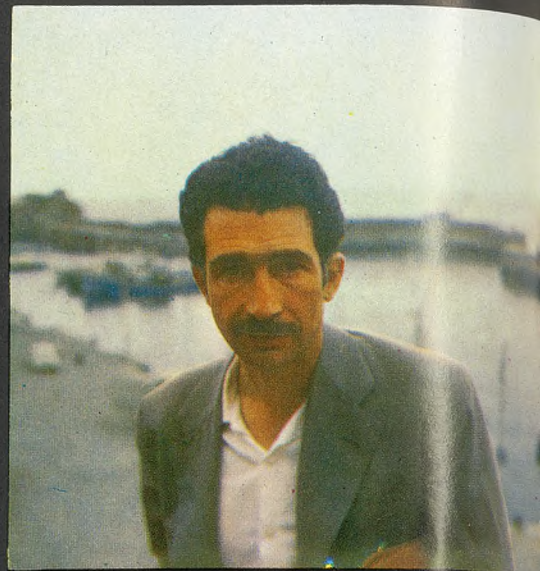
La «Niña II» cabecea en el mar esperando el impulso de la partida



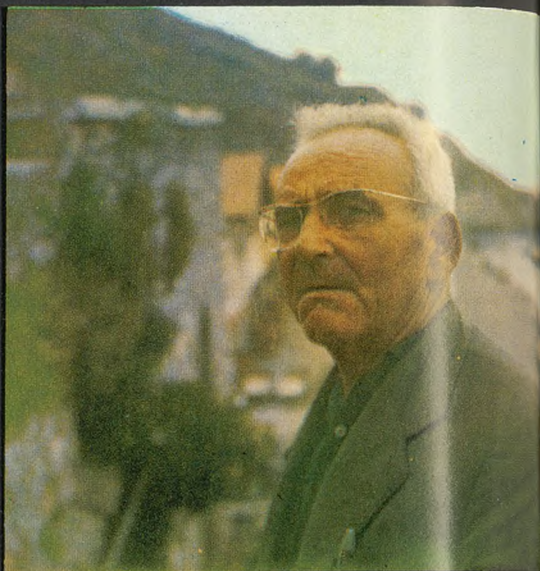
Un detalle de la estrechez de la carabela



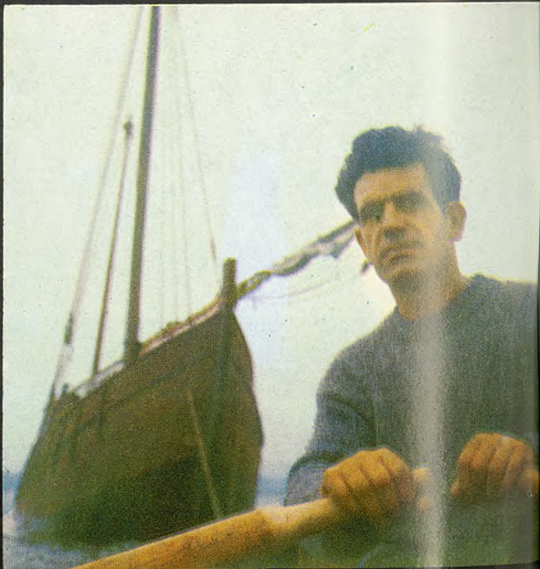
Vista de la nave hacia popa



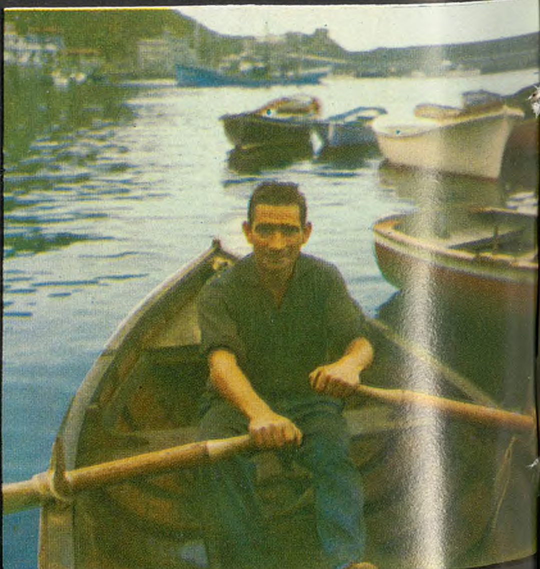
El capitán, don Carlos Etayo



Nicolás Bedoya, el contramaestre



Antonio Aguirre, de Fuenterrabia



José Valencia, de Pasajes

La taberna, muy cercana al puerto, al lado de los astilleros y las barcas pintadas de azul eléctrico, de vehemente rojo, de airado verde y amarillo, es una maravilla de taberna. Para quedarse. En este momento hay doce clientes dentro. Doce boinas. Beben vino y hablan en puro vasco. Al lado de la taberna, como pasa siempre, hay una iglesia armoniosa, preciosa, con un letrero que indica a todo el que quiera leer que se trata de un monumento nacional. La taberna también debía ostentarlo. Enfrente de ella hay una tienda de efectos navales, llena de redes, luces de situación anilladas de corcho, anclas y cañas. Junto a la tienda, una taberna. Otra. En la calle asan sardinas, y a su chamuscado olor se mezclan los aromas portuarios, la brea y el iodo que vienen de la mar. Llueve despacio. Debe de ser el chirimiri ese, que empapa al lucero del alba.

—Los herederos de Juan Sebastián Elcano dicen que estamos locos.

Lo ha dicho el marinero viejo, y lo ha dicho con un deje irónico, como molesto con la hermosa población donde hay un monumento al fabuloso paisano.

El marmitaco humea sobre la mesa de la espaciosa taberna. Una chica joven y alegre sirve la comida. Ya se van definiendo los tres marineros: el viejo es Nicolás. Sesenta y nueve años.

—Sesenta y nueve años y doce días, pero no ponga los días porque me van a hacer muy viejo.

El viejo Nicolás es el contramaestre. Navega desde los catorce años. Un viejo lobo con una vista de lince. Una vida entera en la mar sin tirar ni una ilusión por la borda. Es fuerte y concreto como un escálamo.

—La galerna nos va a pillar en las Antillas.

Pedimos más vino.

Otro marinero se llama Antonio. Es de Fuenterrabía y tiene ahora cuarenta y dos años. Es pescador de oficio y tiene un apetito impresionante.

—Pues en la mar como mejor que en tierra.

El otro se llama José. De Pasajes de San Pedro. Marinero y conductor de coches. Treinta y nueve años.

Los tres han sido escogidos entre muchos. Los tres son tres hombres cabales y tres marineros de verdad. Aunque en Guetaria y en tantos sitios los tengan por locos.

—Si va alguien de Guetaria en la carabela, yo no voy—dice Nicolás.

De pronto, todos miran hacia la puerta:

—¡El capitán!

LLEGA EL CAPITAN

—¡Vino para el capitán!

Carlos Etayo Elizondo, antiguo teniente de navío, navarro, es un hombre enjuto, moreno, afable. Habla con mucha rapidez, nerviosamente. Se lo figura uno corriendo en la olimpíada de San Fermín delante de toros de dos velas desplegadas. El ha inventado la cosa. Unas 900.000 pesetas—se dice—de carabela y sueño son el presupuesto de esta jovencísima *Niña II*.

—¿Qué tripulación es necesaria, mi capitán?

—Siete hombres, como mínimo.

—¿Llevan médico?

—No. Un veterinario francés.

—¡Hombre!

—También hay un cura voluntario, un paisano mío.

—¿Joven?

—Treinta y un años.

El capitán y los tres marineros hablan de sus cosas: vientos ceñidos, pruebas, vientos a proa...

—Es necesario saber los nudos, mi capitán—dice Antonio.

—Mi capitán, el barco orza—dice José.

Traen café y copas.

Observo que José y Antonio le hablan de de usted a Nicolás, pero sólo cuando están en tierra.

—¿Por qué?—pregunto.

—Por respeto.

—¿Y en el mar no?

—En la mar todos de tú.

Me vuelvo hacia Etayo:

—¿Por qué los ha escogido?

El viejo contramaestre de pelo blanco y ojos azules se adelanta a la respuesta:

—Por nuestro historial.

Hay un gran orgullo en sus palabras.

—Y después de esto—sigue diciendo—, nuestro historial quedará asentado para siempre en el Archivo de Indias.

Carlos Etayo los mira sonriente.

—Estoy muy contento con ellos—me dice—. Con gente así se puede ir a cualquier parte.

En la mesa más cercana hay un hombre que come solo, al que debe de cargarle tanto hablar del viaje y quiere quitarle mérito a la cosa. Tercia en la conversación:

—Ahora es más fácil... Hay cartas marinas.

—¡Oiga, que nosotros vamos sin cartas, eh!

Para molestarle, en justa reciprocidad, el contramaestre Nicolás dice:

—De Guetaria no se ha apuntado nadie, por si acaso.

La chica que sirve la comida replica rápida:

—Los hombres valientes de Guetaria están en la mar.

El aludido se defiende:

—En Guetaria no va nadie porque todos viven bien.

—Oiga, que yo también vivo bien, y sin embargo voy.

Es Antonio el que ha contestado.

Se habla de otras cosas. Del patrón de yate norteamericano que les acompañará camino de San Salvador; del naufragio que tuvo el contramaestre allá por sus veintiocho años, en el Caribe: treinta horas nadando en el agua caliente, sin perder el cuchillo. Si alguien se acerca a un náufrago, lo probable es que se hundan los dos.

—Al timón hay que suplementarlo, mi capitán.

Colón y los suyos llevaban ballestilla, cuadrante, cartas y tablas náuticas. Etayo y los suyos, cuatrocientos setenta años después, llevarán las mismas cosas. Quieren que el homenaje colombino sea realizado con las mismas armas. No piensan fumar en el trayecto, no piensan comer patata ni utilizar ningún alimento enlatado. Todo igual. Sabiendo adónde van; pero por lo demás, lo mismo.

—¿Mujeres?

—Traen mala suerte a bordo.

—En Cornejo, de Madrid, están encargados los trajes de época para la llegada.

—¿Pero hay probabilidades de llegar, capitán?

—Yo creo que sí. Lo peor va a ser el golfo de México. Y el Cantábrico. De aquí a La Rábida lo pasaremos mal, costeando Portugal. Luego vendrán los alisios... Es un viento que nunca falla.

—¿Por qué hace esto?

—La aventura vale la pena, ¿no cree?

Le pregunto a Nicolás Bedoya que de qué se acordarán más sus sesenta y nueve años durante la travesía.

—De la familia y de la buena comida de Guipúzcoa.

—¿Y usted, José?

—De las cosas del sentimiento.

—Y Antonio, ¿en qué va a pensar más?

—Ya pensarán ellos en nosotros—dice Antonio.

En la calle sigue lloviendo despacio. Una lluvia cernida y constante. Camino del puerto, bajando una escalinata de piedra, se ve a la *Niña II* bambolearse un poco, erguida toda su gentil arboladura hereditaria.

Etayo se para, se apoya en la baranda de piedra y la mira a lo lejos.

—¿A que está bonita?

MANUEL ALCANTARA

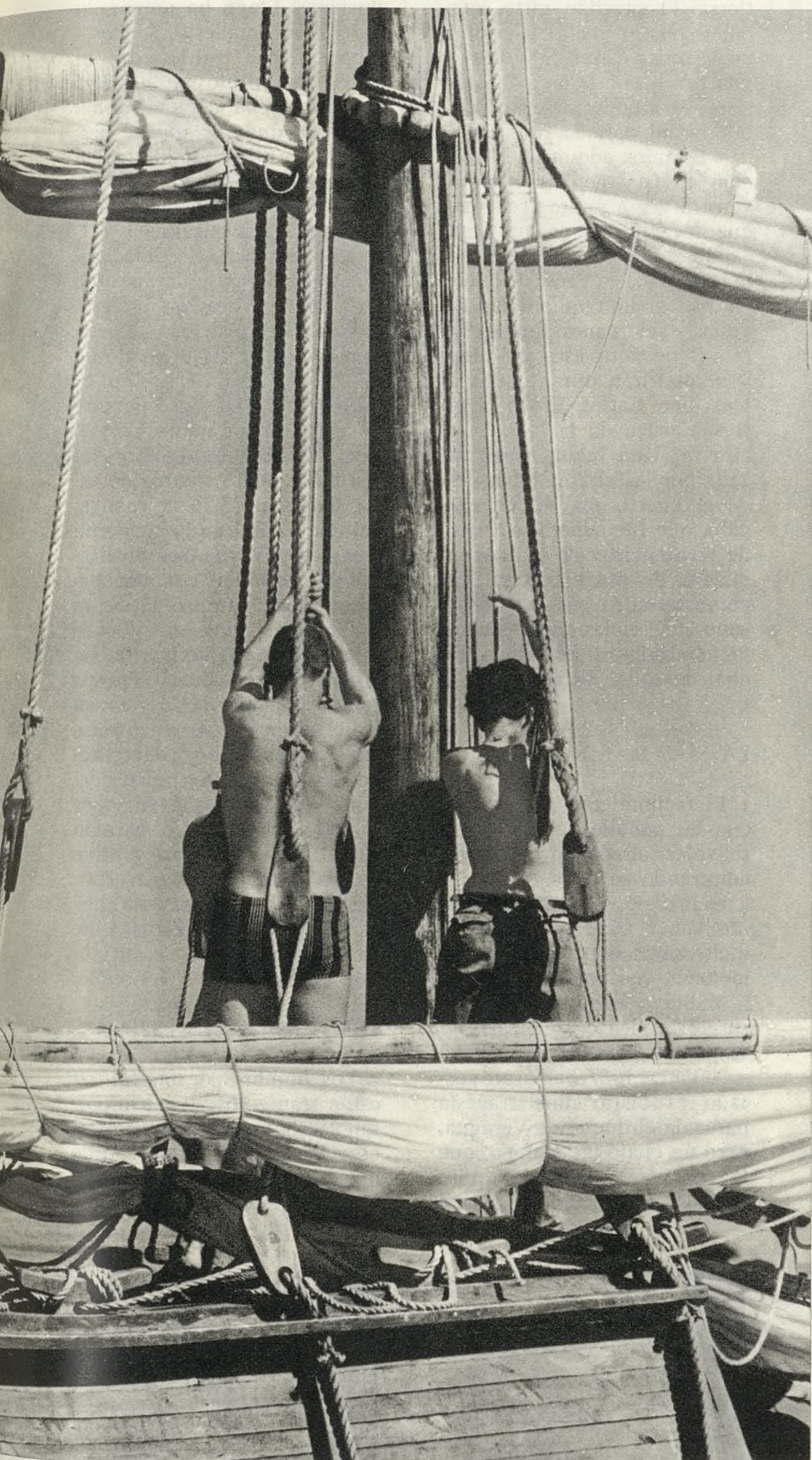
(Reportaje gráfico de Henecé, en color y negro.)



Comienza la maniobra para la salida del puerto de Guetaria.

470 años después de la gesta colombina

La "NIÑA II" ha zarpado



Las velas comienzan a ser izadas.

DURANTE días y días en Huelva no se ha hablado de otra cosa. Cada mañana, los hombres de Moguer, los veraneantes de Punta Umbría, los niños de Palos, miraban al mar y se preguntaban:

—¿Cuándo llegará la *Niña*?

La última semana de agosto salía del puerto de Guetaria, en olor de chacolí, una nave intrépida, la *Niña II*, pilotada por la mano audaz del navarro Carlos Etayo. Iba a surcar, cuatrocientos setenta años después de la proeza de Colón, el mismo camino que llevó al genovés hasta el Nuevo Mundo. Un grupo de valientes empezaba en Guetaria una gran aventura.

Pero la gente de Huelva andaba preocupada. Según los cálculos, la embarcación utilizaría en esta etapa preliminar, antes de dar el salto definitivo, alrededor de seis días. Cerca de veinte habían pasado, y nada se sabía de Etayo y sus hombres. La *Niña II* empezó a ser una obsesión.

—¿Se sabe algo de la *Niña*?

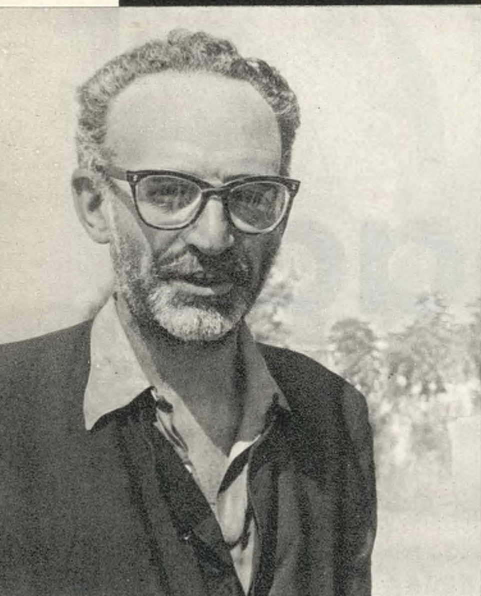
Por fin, el día 12 de septiembre—veinte días después de zarpar de Guetaria—, a las ocho y media de la mañana, la *Niña* oteaba el puerto de Huelva. La primera etapa había terminado.

LA RUTA DE COLON

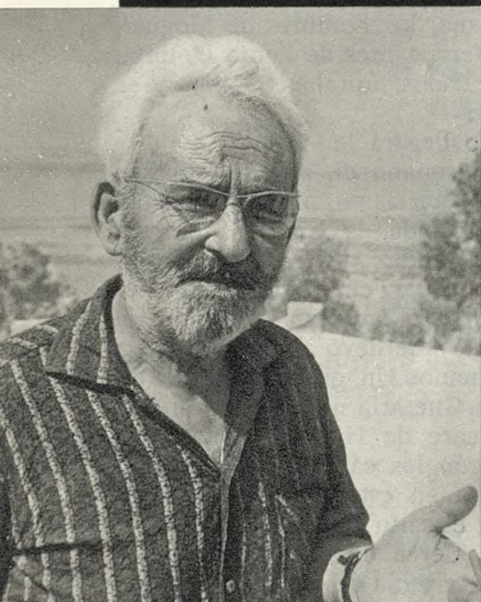
Anclada en el muelle de la Rábida, cerca de Palos, la nave ha sido blanco durante unos días de las miradas curiosas de los descendientes de aquellos onubenses que vieron zarpar, un agosto de hace



El capitán Etayo.



Padre Sagaseta.



Nicolás Bedoya.

siglos, a Cristóbal Colón. El asombro de los hombres que se han acercado a la nave es, sin embargo, mayor que el que debieron sentir sus antecesores de hace cuatrocientos setenta años.

Ante Huelva, toda la tripulación salió a cubierta. Empezó el relato de esta travesía inicial, llena de dificultades. Un prólogo caracterizado por su dureza, por los elementos en contra, por la improvisación, por el cansancio. Una singladura de sorpresas y penalidades: de sed, de hambre, de falta de luz, de vientos desatados, de privaciones...

Quizá los hombres que acompañaron al Gran Almirante estaban más curtidos que estos que van con Etayo, y que se llaman: José Valencia de Pasajes, Nicolás Bedoya, Michel Vialans, Robert Marx, padre Sagaseta, Antonio Aguirre y Manuel Darnaude. En la primera etapa, de Guernica a Palos, ha viajado también en la *Niña II* —y se ha dejado la barba en ella—, Jesús Hermida, periodista español, que en Palos ha cedido su sitio en la nave a Darnaude. Marx es americano; Vialans, francés; Sagaseta, navarro, ingeniero industrial y sacerdote.

Hermida, que ha nacido en Huelva y sabe lo que es la mar, pidió tabaco nada más tocar tierra. Se había llevado sólo seis o siete cajetillas, que a la semana de navegación no eran más que un recuerdo, un sueño para las noches al raso.

Los demás hicieron lo mismo. Y, con el tabaco, la charla se fue animando bajo el sol. Palos había calmado por unos días su impaciencia.

LA LUCHA CON EL MAR

Al día siguiente, el capellán Sagaseta celebró misa en Huelva. Después volvió a la nave, para colaborar con Etayo en solucionar el problema de los víveres. Durante la travesía inicial se les habían podrido varios sacos de alimentos, que hubo que tirar por la borda. Veinte días de viaje habían terminado con muchas cosas. Incluso el agua se había corrompido.

—Estamos un poco cansados—empieza diciendo el capitán de la *Niña II*—. Este asedio de la gente es agotador. Ayer eran las cuatro y todavía no había podido comer ni descansar...

Etayo, Sagaseta y Darnaude vuelven a tierra en una lancha. La madre y la hermana del capellán le esperan en tierra. El capellán viste sotana, y por el cuello le asoma una camisa caqui. Etayo lleva una camisa blanca y pantalón gris; va a comprarse un pantalón azul para la travesía.

—Estamos adquiriendo muchas cosas y poniendo la nave otra vez a punto. Tenemos que llevar lo mismo que llevó Colón.

La harina se transformará en pan si lo requiere la travesía. «Los panes que llevaremos de aquí estarán duros y se pudrirán durante el viaje», dice Carlos Etayo. Esto forma parte de la lucha con el mar. Una lucha caracterizada por la falta de agua desde el cuarto día de navegación, que fue superada a base de resistencia y de ayudas recibidas de otros buques. Un combate en el que la *Niña II* supo de nieblas y de sustos, de vendavales y de calma chicha, de sol y de sed.

LA MAS MARINERA

El recibimiento fue a tono con las penalidades. La gente se volcó alrededor de Etayo, admirando su nave.

—¡Yo no sé cuántas cosas nos van a traer para que las incluyamos entre los víveres: melones, harina...!

Y Etayo nos cuenta cómo surgió la idea de realizar este viaje.

—Ya en 1957 había proyectado efectuar una travesía parecida el duque de Veragua, pero no cuajó la idea. Yo, que la encontré estupenda, quise llevarla a la práctica, y hace dos años que estoy preparando esta aventura.

El capitán, barbudo y nervioso, tiene gran confianza en la empresa:

—Estamos convencidos de que llegaremos a San Salvador. La carabela *Niña* fue la más marinera y la que llevó la parte más importante de la navegación en el viaje de Colón. Y ésta es una copia exacta de aquélla.

Todo está previsto para que la *Niña II* cruce el Mar Tenebroso con su arboladura de ilusiones. Etayo ha preparado todos los detalles cuidadosamente. Tiene publicado un libro, que tituló *La «Niña», la «Pinta» y la «Santa María»*. Sabe, sin duda, lo que se pesca. Ya en 1951 anduvo a la búsqueda del tesoro del capitán King, aunque le saliera mal aquella aventura.

La *Niña II* fue cuidadosamente reparada después de esta dura navegación preliminar. Un experto en navegación a vela se ha ocupado de los desperfectos. Hasta el timón sufrió las consecuencias de esta áspera etapa previa. Pero los hombres confían en esa nave, de 13 metros de eslora máxima, 3,36 de manga, 1,96 de puntal en la cuaderna maestra y 93 metros cuadrados de velamen, con dos palos y dos aparejos, latino y redondo. La *Niña* era—y es—marinera. Hay que confiar en ella. Hay que confiar en sus remos y en sus velas, en su ballestilla y en su astrolabio, en su cuadrante y, sobre todo, en el sextante, único adelanto que lleva la nave sobre lo que Colón reunió para la suya. El sextante hará posible que la *Niña II* pueda acertar, después de esta travesía histórica, con la incógnita de San Salvador.

MIENTRAS PALOS ESPERA

Los hombres de la *Niña II* están tranquilos. ¿Qué importan las horas de remo del recorrido lento junto al borde occidental de la Península? ¿Qué importa el miedo a los



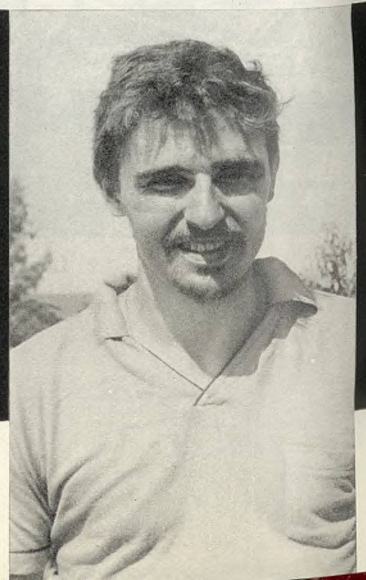
Antonio Aguirre.



José Valencia.



Manuel Darnaude.



Robert Marx.

Los tripulantes de la «Niña II» apoyándose en una verga.

petroleros en medio de la niebla espesa, la falta de luz, la sobra de cansancio y el «sota, caballo y rey» del arroz, las habas y las lentejas?

Unas bombonas de cristal forradas con hojalata constituirán, por medio de aceite y mecha, la base del alumbrado. Unas colchonetas de hoja de palma serán el lecho para estos hombres dispuestos a todo.

Y con eso, la esperanza. Una esperanza que el sevillano Manuel Darnaude cuajará, si Dios lo quiere, en un grito poderoso y emocionado ante las costas americanas. Será, como el de su paisano Rodrigo de Triana, hace cuatrocientos setenta años, el grito de la afirmación de la tierra, de la raza y de la fe. El grito de unos conquistadores del siglo XX, que, de la mano de Dios, habrán actualizado de nuevo la verdad de una historia memorable. Y habrán afirmado, en la dura ruta del mar, la presencia de España en el mundo que un puñado de españoles, también desde un cascarón, vieron una mañana imborrable de 1492.

LA SALIDA:
19 DE SEPTIEMBRE DE 1962

Una nave española. la *Niña II*, emprende de nuevo la aventura de Colón, la de los hombres que descubrieron el Nuevo Mundo.

Desde las primeras horas de la mañana había actividad en la ría de Huelva, entre los muelles de la Punta del Sebo y de la Rábida. Los tripulantes de la *Niña II* se habían levantado temprano. El capellán ofició la santa misa en la Rábida. Después, la tripulación y sus familiares se trasladaron a la *Niña II*. Había llegado el momento del adiós heroico. Un grupo de españoles iba a iniciar la travesía histórica.

Al finalizar la misa, el superior, franciscano padre Germán Olmeda, impuso a cada navegante una medalla de plata de la Virgen de los Milagros. El capitán de la *Niña II* hizo entrega a la Universidad de la Rábida de dos de sus obras: *El descubrimiento de América* y *Arqueología naval de la «Niña»*.

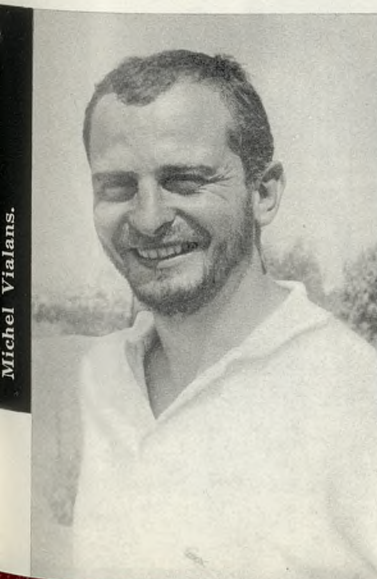
Los tripulantes han recibido otros regalos. La Hermandad de la Virgen de la Cinta, de Huelva, les ha hecho entrega de un tríptico de la patrona, y la Hermandad sevillana de la misma advocación, por su parte, ha entregado a Etayo y a sus hombres un cuadro en pasta y cuero de la Virgen de los Milagros. La *Niña II* lleva también un escudo de Moguer, regalo del alcalde.

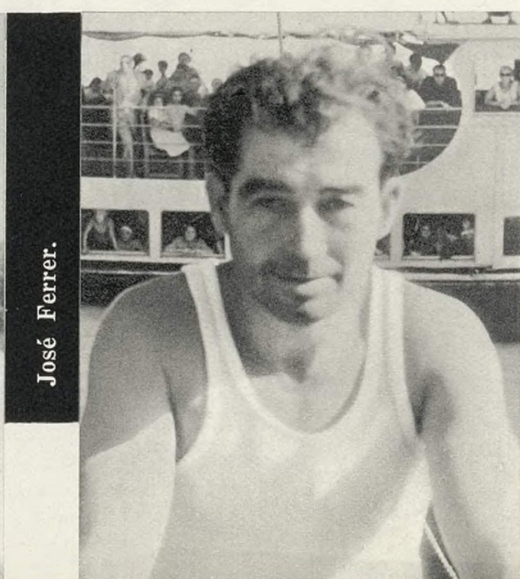
Desde las siete de la mañana los tripulantes se han dispuesto para la partida. La hora ha cogido de sorpresa a mucha gente, que sabía que iban a zarpar, pero algo más tarde. A las ocho Carlos Etayo dio orden de izar la primera vela. Desde el muelle de la Rábida hasta la corriente de la ría, frente al mar de América, la carabela fue remolcada por el bote de la *Niña II*. Dos hombres llevaban la cuerda desde el bote: Aguirre y Ferrer.

El caso de José Ferrer Robles es otra de las emociones que se han producido en torno a esta nave. Ferrer, que ha estado ayudando a la tripulación de la *Niña II* durante su estancia en La Rábida, es un marinero de Palos, de treinta y nueve años, soltero, que no sabía a qué carta quedarse. Mientras Aguirre y Ferrer remaban hacia el mar, arrancando a la carabela de estas aguas sosegadas, en las que se ha mecido durante una semana, cuatro hombres —Darnaude, Valencia, Bedoya y Vialans—lo hacían desde la propia *Niña II*.

Fueron unos momentos emocionantes. Los familiares iban en una lancha, prolongando el adiós y dando a estos hombres valerosos las últimas recomendaciones. Allí estaban la madre del capellán, viuda de Sagaseta, y su hermana María Diana; las hermanas de Darnaude; Ana María, la hermana de Etayo, con su marido, Joaquín Valenzuela, y el duque de Béjar.

A la altura del monumento a Colón, en la Punta del Sebo, el capitán de la *Niña II* disparó el primer cañonazo, que marcaba una hora inolvidable. Los relojes de Palos se han parado un momento. Había empezado una hazaña fa-


Michel Vialans.


José Ferrer.

La vela Santa Clara estrena los vientos de la salida.

bulosa. Los hombres de la carabela izaron entonces la vela de popa, y la nave empezó a surcar más rápidamente estas aguas gloriosas de Huelva, que supieron, hace cuatrocientos setenta años, de la gesta colombina. Las embarcaciones de Punta Umbría, de Huelva, de Palos, se acercaron entonces a la *Niña II*. Los hombres del pueblo y las autoridades se fundían en la misma riada de entusiasmo. Una a una, con emoción y esperanza, se han ido aproximando las diversas barcas a la carabela. La palabra «suerte» decía poco. La gente de Huelva intentaba transmitir a Etayo y a sus hombres la ilusión y los buenos deseos de una comarca entera, la fe que en una pequeña embarcación a vela—que no llevaba dentro más que un entusiasmo sin límites y una confianza en Dios a toda prueba—han puesto unos hombres de España.

Mientras, la *Niña II* avanzaba en su viaje y en la historia. Cerca de la costa blanca de la playa de Mazagón aparecían ante ella los modernos petroleros anclados en estas aguas. Etayo, con su carabela, saludaba a las demás naves, que pitaban y encendían bengalas en su honor. Han sido unos momentos indescriptibles. Miles de personas tenían puestos sus ojos en la vela de la *Niña II*. Los fotógrafos disparaban sin pausa, y el viento empujaba suavemente la embarcación, destacando la cruz pintada sobre la vela onda del palo mayor y la divisa de Santa Clara. Sagaseta, el capellán, hacía funcionar otra vez el pequeño cañón de popa; Valencia izaba el pabellón real, mientras otros barcos disparaban al aire cohetes. Tres millas de navegación..., y nadie quería decir adiós del todo.

A la altura de la llamada Torre del Loro, a más de diez millas de la Punta del Sebo, Antonio Sagaseta, solemnemente, disparaba una vez más. Era el disparo de la despedida. Los aviones aún seguían evolucionando en el aire.

LA TRIPULACION DEFINITIVA, NUEVE HOMBRES

Ferrer Robles decidió entonces subir a la *Niña II*. También le ha ganado la aventura de América, sus triunfos y sus posibles amarguras. Con él son nueve los que emprenden la gran travesía. Harán escala en Canarias, antes de dar el salto definitivo, Etayo, Bedoya, Aguirre, Valencia, Sagaseta, Vialans, Marx, Darnaude y Ferrer.

Todo a punto para que la gesta se repita. Los vientos tienen la palabra. Nueve hombres quieren escribir otra vez la historia. Han cogido al siglo XV y lo han metido, con ellos, en una pequeña embarcación. Todo lo que la *Niña II* lleva tiene el sabor de la época colombina. La bodega se ha llenado de los víveres de esta región, de los mismos víveres que llevó Colón: diez cajas de tomates y cincuenta melones de Palos, cinco cajas de higos de Lepe, cinco cajas de anís, seis cajas de vino de Moguer, varias cajas de sardinas de Isla Cristina, leña y carbón de Huelva...

Es la historia del Descubrimiento resucitada por un grupo de españoles en 1962.

FERNANDO GELAN

(Reportaje gráfico de Europa Press.)

La carabela, rumbo al mar abierto.



LOPE DE VEGA Y EL NUEVO MUNDO

ANGEL RODRIGUEZ BACHILLER

Casa de la calle de Cervantes donde vivió y murió Lope de Vega.

Un siglo había pasado y nadie en el teatro se había hecho eco del descubrimiento de América. La comedia heroica en tres actos y en verso de Lope de Vega fue —dice Menéndez Pelayo— «la más antigua producción dramática consagrada al descubrimiento del Nuevo Mundo». Acababa España de ser rectora del mundo con sus armas y su cultura. Ahora, sin haber renunciado en cuanto a lo segundo, rememoremos episodio tan histórico como trascendente, porque España, metida como siempre en su concha, no dejó de sentir lo americano, ni lo europeo, ni lo mundial, ya que los glóbulos rojos de su alma quijotesca y la linfa amarillenta de su sangre sanchopancesca, dibujados ambos en su bandera y unidos al unísono en vibrante armonía, irradiaron de su venera, derramándose por doquier con liberalidad, amor y lozanía.

Pues bien, veamos uno de tantos destellos en la comedia de Lope. No le bastaron las que escribiera sobre



Iglesia de San Ginés, donde se casó Lope.



Templo parroquial de Santa Cruz, en el que contrajo segundas nupcias.

Oratorio de Caballero de Gracia, en el que había profesado su hija.





Convento de las Trinitarias, desde el que Marcela vio pasar el cadáver de su padre.

Iglesia de San Sebastián, en la que se dio sepultura al Fénix.



Arauco domado y *Brasil restituido*. Era preciso abarcar todo el continente, y Lope, enraizado en ansias de hispanidad, lanza a la escena *El Nuevo Mundo descubierto por Colón*. Dícese en las observaciones preliminares de la edición de la Real Academia Española (tomo XI) que «la filosofía del descubrimiento significa para Lope de Vega el triunfo y ensalzamiento de la cruz y la salvación de infinitas almas». Tal es la idea que palpita en la famosa carta de Colón, tan brillantemente editada y comentada por el colombófilo Carlos Sanz. Y es que en la obra de Lope «el descubrimiento está entendido a la española y con sentido común». El motivo ideal de tal hazaña es la exaltación de la fe cristiana, muy por encima del oro que mueve a los conquistadores, tal vez al mismo descubridor.

Comienza la comedia narrando los vanos intentos de Cristóbal Colón para encontrar en Portugal una ayuda a su empresa, y termina presentando aquél a los Reyes Católicos valiosos dones del Nuevo Mundo recién descubierto. Junto a los personajes históricos y verosímiles toman parte otros, alegóricos; por ejemplo, la providencia, la cristiandad, la idolatría..., al estilo de los autos sacramentales. Colón obra movido por una inspiración cuando dice:

¿Qué es esto que ha entrado en mí?
¿Quién me lleva o mueve ansí?
¿Dónde voy? ¿Dónde camino?
¿Qué derrota, qué destino
sigo o me conduce aquí?

A los grandes genios se los ha tildado de locos, y no escapa al Fénix de los Ingenios esta observación, porque cinco veces al menos aparece en el texto. El rey de Portugal le dice: «El hombre más *loco* has sido—que el cielo ha visto y criado», y «vete en buen hora; procura cura para tu *locura*». El duque de Medina Sidonia se dirige a Colón: «Habéis venido a cosa que es *locura* tratar de ella», y al de Medinaceli: «Ved lo que tiene aqueste *loco* impreso.» En efecto, Colón de ellos dice: «No están dos dedos de llamarme *loco*.» Sólo pudo llevar a cabo tal hazaña quien poseyó la «locura de la cruz», que es locura de España, y Colón ardía—lo hemos ya apuntado—en sentimientos cristianos, en amores seráficos. Sólo pudo realizar tamaña empresa quien puso en Castilla y Aragón todas sus esperanzas, y Colón encontró en Isabel y Fernando calor de protección y ayuda eficaz para tal histórico cometido.

Lope de Vega desarrolla el argumento del descubrimiento de América de una manera sencilla, natural, imaginativa, original en lo que cabe. Parece que únicamente se informó en los historiadores Oviedo y Gómara. De ahí que haga nacer a Colón en Nervi, aldea de Génova. Es que se dejó llevar por la leyenda, sin vislumbrar siquiera los acicates de la crítica histórica moderna. Lope, grande en pensamiento y en amores, no pudo por menos de simpatizar con el pensamiento y los amores del almirante español, llevados a cabo en vida tan ajetreada. Ante el argumento no pueden exigirse las tres famosas unidades de acción, tiempo y lugar. No obstante, subsiste una acción principal, la unidad de la gran empresa, a la que concurren varias acciones subordinadas. Una de éstas, cuando en seis hermosas décimas describe el poeta el momento de pisar la tierra americana; otra, cuando pone nueve redondillas en labios de los indios que adoran la cruz; digna es también de la mención la del marino que arriba a la isla de Madeira y lega a Colón el secreto de la navegación a las Indias. Alude el gran navegante al libro VI de la *Eneida*, donde se habla de las tierras que él va a descubrir. ¡Lástima que no hubiera leído Lope a Platón, a Séneca y a otros escritores de la antigüedad!

Joya de valor inestimable son los versos que el Fénix pone en boca del personaje alegórico «la Imaginación»: «Pienso que el que es pobre y sabio — muere en el mundo sin fama.» Tuvo Colón alternativas de pobreza; era «el de la capa raída». «Sabio» le llamó una vez el cardenal Mendoza. Y si hasta cierto punto murió sin fama, de nada valió la zancadilla de Américo Vespucio, porque si éste dio nombre a un Continente, los pueblos honraron a Colón con grandiosos monumentos y bellas estatuas. Si grillos le pusieron en vida, pedestales levantaron a su muerte. Fue la savia hispana la que hizo llegar hasta las playas de América el nombre de Occidente, no porque allí el sol se ocultara, sino porque allí caía todo el peso acumulado de la cultura europea, semilla que fue de vida gloriosa e inmortal.

Lope ha leído la famosa expresión de Gómara sobre el hecho histórico del descubrimiento, y no sabiendo él cómo acertar para ensalzar la figura señera de Colón, escribe estos dos versos lacónicos:

Serás, Colón, sin segundo
y no has tenido primero.

Lope de Vega escribe la comedia cuando todavía están calientes los decretos de la expulsión y van saliendo de España judíos y moriscos. Es la España de Felipe III, la misma de hacía más de un siglo. De ahí que Colón encubriera su origen. En sus ojos brillaba el centelleo del genio, que halló en Castilla quienes le comprendieron y ayudaron, y en el corazón castellano se oyeron los últimos aleteos de la *columba* prevista por Isaías. De este modo, él ha sido después el mensajero de la divinidad y de la Hispanidad. Lope de Vega vivió Lepanto, la Invencible, Flandes, y, español de pura cepa, supo imprimir en su obra el sello de lo hispánico, alcanzando a destacar los tipos heroicos de nuestra historia. Quienes allende los mares lean al Fénix español, piensen que fue de los primeros que tendieron el cable de la Hispanidad, porque América era para él un tesoro «de más quilates que el oro», descubierto por Cristóbal Colón en los mares de Occidente, y enraizado en la cristiandad por los Reyes Católicos, si no por la Reina de Castilla, cuya bandera de castillos y leones ondeó por vez primera en tierra americana. En versos de Lope de Vega:

Por Castilla y por León
Nuevo Mundo halló Colón.

A. R. B.

(Reportaje gráfico: Henecé.)



Estatua de Lope de Vega en la plaza de Rubén Darío.



LOS BENDITOS INDIOS DE AMERICA

Por MANUEL DE HEREDIA

Cuando en Panamá veía los buenos indios de las islas de San Blas, o los del Darien, o cuando en México me sorprendían aquellos innumerables grupos de indios aztecas hablando, más que rezando, a su amorosa Madre la Guadalupana, o antes, en Quito, llamaban mi atención los humildes indios ecuatorianos, y luego, en Guatemala, seguí a los guatemaltecos por las principales avenidas de la ciudad capital, y en Chichicastenango los admiré o simplemente departí con ellos en los caminos de la antigua Capitanía General de Centroamérica, una sensación de alivio recorrió mi espíritu de español.

En América hay muchos indios. Buenos y benditos indios. Su presencia física bastaría para destruir una buena parte de la «leyenda negra». Los españoles no acabaron con esa raza, ni los indios guardan malos recuerdos de los españoles. El indio no fue destruido por España, sino, en todo caso, removido en su existencia estática, alterada su alma dormida, agobiado por el encuentro de una civilización insospechada que llevaba horas diferentes, inevitables, fatalmente nuevas, con España o sin España.

Hace más de cien años que las naciones de América se independizaron, y los indios siguen sin reaccionar al choque de los continentes, el viejo y el nuevo; porque el mundo del indio, el único mundo suyo, se había quedado trágicamente solo, sin otros horizontes que el cielo y la mar; sin posible diálogo y con las preguntas fuertes y las respuestas en silencio. Por eso, al cabo de más de una centuria, las naciones libres de América no han podido hacer todavía por los indios más que lo que España hiciera durante la época de sus virreinatos, no de su «colonialismo», seamos exactos.

Y allá van ellos, los benditos indios, en nuestra hora inmensa, esta de los astronautas y del átomo, la de la transición decisiva, la del ser o no ser de la humanidad. Allá van los indios, siempre con su lentitud, su paso cauteloso, su falta de fe en el tiempo y en los tiempos; quietos en los días, por más que los días sumen y hagan años; avanzando sin sentir ni ser sentidos, como si fuesen por las intrincadas y cerradas selvas; identificados con la luz y la sombra, tras la eternidad que sienten ahí mismo, en el secreto del paisaje inamovible.

Así, un día, camino de Atitlán, el lago de las maravillas, sólo comparable al Nahuel Huapi, en los Andes, cuando aún faltaban muchas millas hasta llegar a Panajachel, mis compañeros de viaje, ingleses, por cierto, se apiadaron de un viejecito indio,

un cackchiquel o zutuhil o quitché, las tres tribus de pura sangre maya que pueblan aquellas regiones, y le invitaron a subir al automóvil.

Indio cargado con las piezas de cerámica que lleva al mercado de Chichicastenango (Guatemala).

—¿Va a Panajachel, abuelo?

Dijo sí con un gesto.

—Suba, le llevamos. Todavía queda mucho camino...

El indio negó con la cabeza.

—No le va a costar nada, buen hombre—aclaró otro de mis amigos.

El indio volvió a denegar.

—Pero si lo hacemos con mucho gusto...

—Grasias, tata... Pero vosotros vais rápidos, y yo no podría ver mi país poquito a poco... Y ya me queda poco tiempo, tata.

No supimos añadir más. Sólo sabíamos que cuando nosotros estuviésemos en Panajachel al viejo indio le quedarían horas hasta llegar al pueblo, pero—y ésta es la filosofía de todos los indios—el término será siempre el mismo. Sólo que el camino habrá sido más largo para él que para nosotros.

En el argot modernista se suele decir que a estas gentes «se les ha parado el reloj». El nuestro, naturalmente. Sabiéndolo, ya no extraña mucho que los indios de Chichicastenango, el día de Santo Tomás o durante la Semana Santa, de impresionante belleza e interés, cuando la liturgia de los ritos mayas se ha quedado en las nubes de incienso sobre las rotas gradas del templo católico, al entrar en él y saludar al señor cura o «buen Tata», besando respetuosos la mano del sacerdote, el jefe quitché, con honda devoción, y con él luego todos los demás indios, cofrades solemnes y trascendentales del Santo, aseguren que en sus oraciones pedirán a Dios por «la vida» del buen rey Carlos, refiriéndose, claro

Los indios quitchés conservan



está, al César de España, Carlos I. Como en Panajachel, nos damos cuenta de que «hemos llegado antes», pero ni para los indios ni para nosotros ha cambiado el paisaje. Ellos marchan como si el don de la vida lo quisieran gastar poco a poco; tan poco a poco, que de los siglos hacen años, y de los años minutos... Será por esto por lo que la mirada del indio es misteriosa: una lejanía y un encuentro, que es fin, término, quietud definitiva. Silencio, para cuyo silencio se amasó este ir y venir sin ruidos; con palabras de dioses, que no poseen sonido, y así hablan con ellas a los montes, a los mares, a los lagos, y esperan siempre de ellos la muerte antes y la resurrección después. Frente a los volcanes, los indios están seguros de que su sangre y su fuego no se extinguen jamás, y hoy mismo, ellos, los benditos indios, siguen presentes en todo instante y no quieren apartarse aún de aquel grandioso momento de la Historia que marcó un amanecer todavía en trance de luz, cuando Carlos I dio hechura al mundo nuevo que pusieron en sus manos Fernando e Isabel. O en México, oyendo esas frases tiernas, de un amor sin tiempos, que dedicaban a la Virgen María las cuatro generaciones de toda una familia india, cuando abandonaba la basílica, de regreso al lejano hogar, sin dar la espalda a la puerta principal, hacia la que mira la Virgen, diciendo dulcísimas palabras en una interminable y hermosa letanía. O en Guatemala; en cualquier escondida iglesia, en las procesiones y en la máxima explosión de fe, en Chichicastenango,

su aire de ascendencia maya.



Santo Tomás de Chichicastenango. En las gradas del templo los indios ejecutan sus ritos mayas, para después, en el interior, entregarse a la fe cristiana.

advertí la seguridad de un camino que va a recorrerse decididamente, pero sin prisas; con la obsesión del viejo indio de Panajachel: «ver su país poquito a poco», y no gastar con exceso la vida. Nada importa que unos—nosotros—estemos al final y ellos—los indios—casi al principio. Sólo el camino es la verdad, y el camino lo hace el paisaje.

En la marcha paralela de esos seres, su mundo y el nuestro convergen en un hallazgo de encuentros permanentes, según haya o no haya algo que merezca la pena. Para los indios de América, para los muchísimos indios americanos, debió de merecer la pena, y sigue mereciéndola, la presencia de España, por la que conocen a Cristo, rezan en español y *todavía* poseen un rey que se llama Carlos I.

¡Señor, Señor!... Cuando aún no conocíamos América, habíamos oído «tantas cosas de los pobrecitos indios», que al ver luego de cerca el mundo de estos hermanos nuestros se nos encendía el orgullo, y con el orgullo, un infinito desdén por todos aquellos que pretendieron manchar con la infamia de la calumnia el santo nombre de España.

M. H.

FRANCISCO UMBRAL

AMERICA EN OCHO PREGUNTAS

experiencia de cinco viajeros españoles

1 ¿CUAL ERA SU IDEA GENERAL DE HISPANOAMERICA ANTES DE VISITARLA?

2 RESUMA SU EXPERIENCIA AMERICANA.

3 ¿CREE QUE TODO ESPAÑOL DEBIERA HACER, CUANDO MENOS, UN VIAJE A HISPANOAMERICA, PARA CONOCER AQUELLA PROLONGACION DE ESPAÑA?

4 ¿QUE LE HA APORTADO AMERICA A USTED COMO PROFESIONAL Y COMO PERSONA?

5 ELIJA Y DEFINA UNA DE ESTAS CLAVES DEL ACTUAL MOMENTO HISPANOAMERICANO: ECONOMICA, RACIAL, POLITICA, CULTURAL.

6 PRESENCIA DE ESPAÑA EN AMERICA.

7 POSIBILIDADES DEL ESPAÑOL, COMO INDIVIDUO, EN EL MUNDO DE LA HISPANIDAD.

8 ¿QUE TELEGRAMA CURSARIA USTED A LOS PUEBLOS HISPANICOS EN ESTE 12 DE OCTUBRE?

«Interviú a Hispanoamérica» podría titularse esta encuesta. Se trata de un puñado de preguntas a varios viajeros de ultramar. Preguntas con respuesta pagada en gratitud y atención por cuanto cada uno de ellos nos enseña con su particular teoría y experiencia americana, creando una sensación de inmediatez entre España y América en este octubre y su día 12 ultramarino, hispánico y descubridor:

MONSEÑOR ZACARÍAS DE VIZCARRA

"América necesita economistas con vocación de santos"

1 **Por haber hecho mis estudios en la Universidad Pontificia de Comillas, conviví con jóvenes americanos y filipinos, a más de los españoles, naturalmente, candidatos al sacerdocio. Cuando más tarde me trasladé a Suramérica, donde residí durante veinticinco años, tenía ya el conocimiento y convencimiento de que las naciones hispánicas del Nuevo y Viejo Mundo eran una gran familia preparada por la providencia para ejercer en el mundo entero una influencia benéfica.**

2 **Resumiré en pocas palabras mi experiencia americana. He palpado allí la necesidad de trabajar sin descanso en la consolidación de las dos grandes columnas de la Hispanidad: la columna temporal de su estructura social y la columna espiri-**



Monseñor Zacarías de Vizcarra.

tual de su perfeccionamiento religioso. Estos dos factores dinamizarán la misión mundial que la providencia le tiene reservada a América, según lo descubre el curso lógico de su historia.

3 Creo que los españoles cultos y amantes de lo hispánico deben conocer el escenario de lo que en el futuro será, para las inmigraciones de todo el mundo, el gigantesco y noble crisol católico de la Hispanidad.

4 Como hombre y sacerdote, y como profesional del ambiente literario, he podido corroborar en América mi impresión de las necesidades religiosas de nuestros hermanos de aquel hemisferio, y no sólo éstas, sino también las que se señalan en la pregunta siguiente como claves del actual momento hispanoamericano.

5 Aunque las riquezas de Hispanoamérica son enormes en potencia, la distribución actual de las mismas es deficiente. América necesita economistas con vocación de santos para cerrar el paso al comunismo. La ausencia de prejuicios raciales es una de las glorias de la civilización hispánica. Pero sería necesario cuidar más la elevación espiritual de los indios. Deseo vivamente que todos los pueblos de la Hispanidad honren y apoyen a los políticos verdaderos que Dios les conceda, y sepan aislar a los inevitables politiqueros. Sería muy conveniente, en cuanto a la cultura en Hispanoamérica, la creación de cuerpos especializados en ciencias y letras, y la celebración de congresos de autores y editores hispánicos. Pero, ante todo, haría falta asegurar la permanencia de nuestra lengua común, así como la organización de sesiones generales interhispánicas de las Academias Nacionales de la Lengua Española.

6 Me parece que sería de recíproca utilidad una mayor presencia de España en América.

7 Los buenos profesionales españoles que actualmente trabajan en América prestigian a nuestro país y allí son generalmente apreciadas sus cualidades. Pero hay otros españoles que llegan allá en condiciones muy distintas. Agitadores políticos, intelectuales agriados o gentes sin profesión, que son inevitables en todas partes y que dañan el prestigio de España en América.

8 «Gobernantes y gobernados de todos los pueblos de la Hispanidad: Comunismo, socialismo, capitalismo y todas las sectas anticatólicas codician a los pueblos hispánicos. Es preciso fortificar las bases de la unidad, la tradición cristiana y la justicia social, de acuerdo en esto último con la *Mater et Magistra*. La Iglesia Católica, como "Madre y Maestra", ofrece a todos la vía recta que deben seguir hacia la felicidad temporal y eterna.»

JOSE LUIS CASTILLO PUCHE

"América es lección y esperanza para los españoles"

1 Difícilmente se puede tener una idea de lo que no se conoce. Antes de visitar nuestra América, tenía de todo aquello unas vagas y románticas sugestiones. Creía que las naciones hispánicas formaban un bloque conjunto. Pensaba en una América más pequeña y menos diferenciada. Me imaginaba pueblos primitivos y gentes sencillas. Me había hecho a la idea de una América sentimental, párvula, patriotera y retórica. América era la antología de nuestras virtudes y defectos, sólo que en embrión.

2 No es fácil resumir una experiencia así. Dentro de uno va surgiendo un concepto más racional de América. Y un conocimiento mucho más objetivo y serio, eliminando tópicos y encasillamientos de antaño. Mi experiencia americana ha sido de decepción por una parte y de apasionamiento por otra. De decepción, porque América no representa todo lo que debía representar en el mundo. De apasionamiento, porque sólo viendo de cerca a América y a los americanos se pueden calcular las posibilidades de proyección de esos pueblos, en trance ya de maduración muchos de ellos. De Hispanoamérica puede surgir una fuerza universal de verdadera eficacia histórica. El avance de los pueblos iberoamericanos, de pocos años a esta parte, es notorio y muy significativo.

3 Está bien dicho lo de "cuando menos, un viaje", porque yo pienso que un viaje es imprescindible para todo español que se mueve en áreas del pensamiento e incluso en zonas aparentemente pragmáticas, como el comercio, etc. La sensibilidad del español necesita del choque americano. Y no en un viaje esporádico y parcial, sino en viajes estudiados y precisos. Yo no comprendo cómo algunos españoles que disponen de medios no han sentido nunca esta curiosidad de lo americano.

4 Como profesional, el beneficio ha sido grande. Y no lo digo tan sólo porque allí haya encontrado temas en abundancia para libros y artículos. América es lección y enseñanza para los españoles más que para nadie, y me ha colocado en una plataforma superior desde donde veo todos los problemas del mundo con más perspectiva y detalle. Mi viaje fue un estupendo ejercicio tanto físico como moral. Junto a algunos momentos depresivos y amargos he pasado allí buenos ratos de mi existencia, con encuentros y diálogos de los que algún día escribiré despacio.



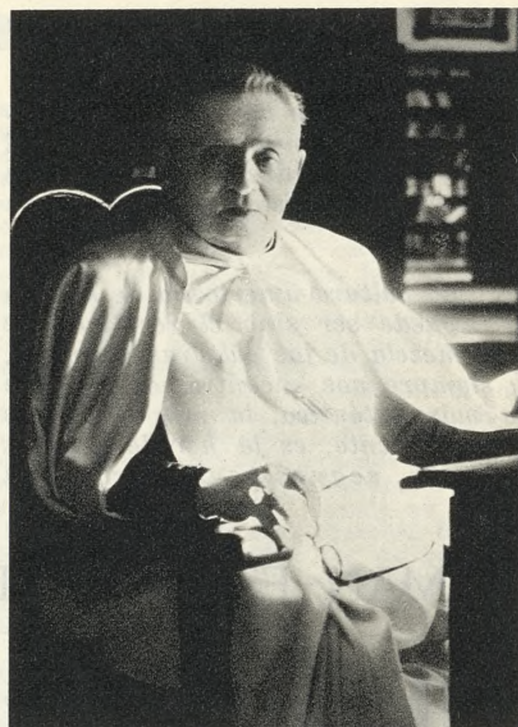
Don José Luis Castillo Puche.

5 La cosa no es tan hacedera. Una clave involucra la otra, y en este momento histórico el proceso americano es un fundido de todas ellas. América está viviendo su crisis fusionadora. Va hacia un destino común dentro de las fronteras de todo el continente. En la clave social, con sus repercusiones económicas gravísimas, está el fundamento un tanto movedizo del continente. Se imponen ciertas reformas sociales que a América podían llegarle ahora muy oportunamente. Todo el mensaje último de la literatura americana está cargado de advertencia y sátira social. Apenas se conoce el esfuerzo que aquellos pueblos están llevando a cabo para superar el atraso. En Hispanoamérica se prefiguran formas de progreso y de adaptación a los postulados del mundo moderno. ¡Ojalá la Alianza para el Progreso favorezca de verdad la marcha de Hispanoamérica entre las naciones civilizadas!

6 Nuestra presencia en América, hoy día, no puede ser más que la del prestigio personal y nacional. Hemos de sentar allí plaza de hombres eficaces.

7 Hace falta que América nos valore por razones del presente, no por el antiguo y heredado magisterio. Debemos intentar seriamente ser algo sustancial e insustituible en la educación del americano. El americano nos está sometiendo a revisión constantemente. El español podrá mucho en América si va, más que a traerse, a llevar.

8 Sería un telegrama muy barato: "Lo que importa es el futuro."



Don Antonio Rey Soto.

ANTONIO REY SOTO

"Siempre he considerado compatriotas a los nativos de Hispanoamérica"

1 Con profundo dolor viví aquel día de primavera de 1898 en que oficialmente se nos confesaba la verdad sobre América. Más tarde se me llenaron los ojos de lágrimas al poner los pies sobre el sollado del «Oquendo», en la bahía de Santiago de Cuba. Consideré siempre como compatriotas a los nativos de cada nación hispanoamericana.

2 Al llegar a La Habana en el año 21, instantáneamente se me hizo miembro de honor del Centro Gallego, que era algo así como mi amada Coruña, pero multiplicadísima en el número de sus habitantes. Luego pasé a México, Argentina, Brasil y Uruguay. En Argentina tenía contratadas una veintena de conferencias, pero tuve que regresar a España por enfermedad. Vuelto allá por segunda vez, Guatemala fue para mí como el reencuentro con la vieja Valladolid de Castilla.

3 Sí; pero todo español que se halle imposibilitado de hacerlo debe realizar ese viaje a través de los estudios americanos, a través de los libros. Mucho he lamentado que en España no exista una preparación docente para todo el que piensa viajar a América. Yo propondría que el título de maestro nacional y el de graduado en Literatura fuese válido para el libre ejercicio en España y América indistintamente.

4 Como sacerdote, me aportó el conocimiento de los indígenas centroamericanos, en los años 25 al 30. Ellos son, regenerados por Cristo, de lo mejor de la masa humana del planeta.

5 Para mí, la indiscutible clave de Hispanoamérica, hoy, es: evangelio, evangelio, evangelio.

6 Si Dios hizo a España descubridora del Nuevo Mundo, ¿cómo ha de negarle ahora los medios de proseguir su obra?

7 Al igual que todo hispanoamericano se encuentra en España como en su propia casa, así acontece con el español cuando va a cualquiera de aquellas repúblicas.

8 «Pueblos hispánicos: Como Santiago aunó la cultura medieval europea y con su camino en el cielo y en la tierra, dando sentido de peregrinación a la vida humana, sembró los gérmenes de todo cuanto hoy se gloría el Occidente, y al grito de los conquistadores y misioneros—"Santiago y cierra España"—sembró esos mismos gérmenes en el Nuevo Mundo, sed fieles a esa fe, a esa cultura, y acrecentadla sin fin, observando el hito de la misma que, como nuevo camino de Santiago, está trazado en la toponimia americana desde Santiago de Chile a Santiago del Estero, pasando por Santiago de Oaxaca y Santiago de Cuba y Santiago de los Caballeros... La fidelidad al pasado será fundamento del éxito venidero.»

MERCEDES BALLESTEROS

"Todo español debería asomarse al espejo de América"

1 Es imposible condensar en una sola respuesta la idea que se tiene de todo un continente. En conjunto, de lejos, los americanos parecen dominados por dos pasiones, tal vez heredadas de España: el fanatismo político y la violencia, exacerbados por el grave problema de la desigualdad económica, que reclama una urgente justicia social. El peligro es que quieran resolver el problema valiéndose de sus dos pasiones dominantes.

2 La literatura hispanoamericana que conozco—para ceñirnos a la experiencia literaria—se caracteriza por un vigor impresionante en lo narrativo. Pocas novelas como las del venezolano Rómulo Gallegos, o como las colombianas "La vorágine", de José Eustasio Rivera, o "El Cristo de espaldas", de Eduardo Caballero Calderón, pueden superar semejante fuerza creadora de tipos y paisajes.



Doña Mercedes Ballesteros.

3 Todo habitante del planeta Tierra debería considerarse obligado a conocer cuanto más le fuese posible de este extraño universo en que vivimos, y, muy particularmente, el español debería asomarse al espejo de

América para ver mejor sus propios rasgos característicos.

4 *América me ha aportado la mitad de la sangre que alimenta mi corazón. Mi madre, la historiadora Mercedes Gaibrois de Ballesteros, era colombiana.*

5 *La cultura americana de hoy no puede ser sino el resultado de una mezcla de las culturas europeas, y siempre nos encontramos con que la más auténtica, la más sincera e independiente, es la heredera de la española, seguramente porque esa tradición no la han recibido sólo a través de lecturas, sino que la llevan en su propia sangre.*

6 *Consecuencia de la comunidad de culturas es la presencia viva de lo español en América y la obligación de los españoles de mantener esa ininterrumpida corriente de pensamiento.*

7 *Contestado en la pregunta anterior.*

8 *"Feliz cumpleaños", que es lo que se dice, en familia, en estos casos.*

ROMAN ESCOHOTADO

"El español vive con el alma en medio del Atlántico"

1 Pensaba en todo aquello—con la visión romántica que el español tiene del pasado histórico—como en una unidad. Pero me equivocaba. Lo que llamamos Hispanoamérica—y más justo sería, tal vez, decir Iberoamérica (aunque los nombres den lo mismo), puesto que no se puede prescindir del Brasil—es una realidad constituida por veinte naciones diferentes—tan distintas son Cuba y el Perú, por ejemplo, o Paraguay, como lo sean Suecia y las islas Canarias—, que, sin embargo, forman una familia. En cierto sentido, ahí está la grandeza de la obra española en el Nuevo Mundo. Lo que allá fundamos fueron veinte pueblos con una misma alma y, consiguientemente, un mismo destino.

2 Mi experiencia personal no importa. Viví en Iberoamérica diez años, y en diez años florecen dentro del corazón las más variadas experiencias. Puedo decirle que me alegro de haber perdido allí la mitad de mi vida, ya que la vida verdadera transcurre entre los treinta y los cincuenta. Y una cosa aprendí, tras tanto tiempo: que allá se quiere y se respeta mucho a España.

3 Todo español es mucho. Pero, desde luego, ciertos españoles sí deberían ir. Aunque tal vez fuese todavía más razonable y útil que los iberoamericanos vinieran a España. Algunos vienen, ya lo sé, sobre todo estudiantes. Pero deberían venir más.

4 Profesionalmente creo que muy poco. En lo humano, un mundo de recuerdos. Vivir es fabricar recuerdos. Debo muchos a América. Y le debo también esos placeres melancólicos a los que en Portugal y en el Brasil, utilizando una de las palabras más bonitas del mundo, denominan *saudade*. La sentí allá de España, y mientras viva la sentiré de América.



Don Román Escohotado.

El español vive con el alma en medio del Atlántico.

5 Lo racial casi no quiere decir nada, y menos en América, que es un crisol de razas. Lo político siempre es localista. Es en lo económico y en lo cultural donde está la clave. Y en el amor y la confianza mutuos, por supuesto.

6 España, en el idioma, la cultura, las costumbres, los sentimientos, las creencias, y en la realidad física y espiritual de los millones de españoles o descendientes suyos que viven allí, siempre está presente en América. ¿Quiere usted más posibilidades que ésas?

7 Creo que cualquier español tiene en América todas las posibilidades. Desde luego, muchas más que en ningún otro sitio de este mundo.

8 En realidad, ése es el día en que nacieron, hace cuatrocientos setenta años. Les diría: «Feliz aniversario.»

MIENTRAS el mundo entero—los Estados Unidos, Europa, Asia y Africa—han aprovechado los años de la postguerra para cambios y avances extraordinarios, Iberoamérica ha perdido el tiempo.»

Estas palabras, de un prestigioso dirigente chileno de la F. A. O., pueden servir como símbolo de la angustiada queja que el hombre iberoamericano formula ante su inmediato pasado. Directamente ligada a ella aparece otra cuestión aún más grave: ¿se continuará en este lado del continente americano perdiendo el tiempo?

El drama del presente parece hacer radicalmente imposible la inoperancia. Pero también es cierto que la perspectiva bifronte que hoy se ofrece para el inmediato futuro es notablemente confusa y desesperanzadora.

1) ESQUEMA DE UN DRAMA: DECRECIMIENTO DE LA RENTA POR HABITANTE

Si hubiera de simbolizarse en un gráfico el drama actual de la vida iberoamericana, sin duda ninguno tan expresivo como el de la curva de la tasa anual de crecimiento de la renta por habitante. Viene, naturalmente, como resultado de la deducción de la tasa anual de crecimiento de la población a la tasa anual de crecimiento de la renta.

Para 1957, las tasas de crecimiento anual fueron:

—De la renta: 6,9 por 100.
—De la población: 2,4.
—De la renta por habitante: 4,5.

Para 1958:

—De la renta: 3,8.
—De la población: 2,5.
—De la renta por habitante: 1,3.

Para 1959:

—De la renta: 2,9.
—De la población: 2,6.
—De la renta por habitante: 0,3.

Una altísima tasa de crecimiento de la población, que aumenta sensiblemente cada pocos años, se encuentra con una tasa de crecimiento de la renta que sufre una espectacular caída. El drama se ha ido acentuando. Lo que en 1959 era un peligro inminente, en 1960 se ha hecho realidad terrible. La tasa de crecimiento de la renta por habitante se ha hecho negativa.

Según datos provisionales, las tasas de crecimiento para el conjunto iberoamericano fueron en 1960:

—De la renta: 1,6 por 100.
—De la población: 2,6.
—De la renta por habitante: —1.

El iberoamericano de 1960 es en un 1 por 100 más pobre que el iberoamericano de 1959.

Muchas causas provocan este desesperanzador resultado. Para algunas mentes simplistas o mal intencionadas, todo se debe al extraordinario desarrollo demográfico. Pero la teoría económica actual ha reaccionado ya contra esta clase de malthusianismo. Y si no bastaran las razones teóricas, aquí está, en el caso de Iberoamérica, la hondura del problema para demostrar que el mal es otro. Si una práctica masiva del control de la natalidad hiciera descender la tasa de crecimiento de la población de un 2,6 a un 1,6, tendríamos el mismo problema: no por eso saldría Iberoamérica de su atraso económico.

Existe otra serie de causas, enlazadas unas con otras, que componen la verdadera trama paralizadora. Hay una economía ligada a los productos primarios, que sufren una depreciación constante en el mercado mundial (Colombia recibió en 1961 de la Alianza para el Progreso 150 millones de dólares, mientras por otro lado perdía 450 millones de dólares por la baja sufrida en el precio del café). Y de esa economía pri-

IBEROAMERICA TIENE APLAZADA UNA DECISION

Por JOSE LUIS RUBIO

maria no se sale, porque existe una estructura político-social oligárquica, montada sobre la monoproducción, y en conexión con los intereses económicos de las potencias consumidoras.

La superación de estos motivos de encadenamiento exige cambios profundos y rápidos. Iberoamérica se encuentra ante la necesidad de una decisión revolucionaria.

El marxismo cubano y la Alianza para el Progreso se ofrecen hoy como posibles respuestas. Sin embargo...

2) LA REVOLUCION MARXISTA DE CUBA

La experiencia de la revolución cubana ofrece dos vertientes: de un lado, lo que resulte para la propia isla antillana; de otro, lo que signifique para el conjunto iberoamericano.

No se sabe aún lo que va a salir de ese confuso, singular y contradictorio experimento cubano en la propia isla. Pero sí sabemos que, en cuanto al conjunto iberoamericano, esa experiencia, por unos años, está totalmente imposibilitada de extenderse.

En 1959, cuando el fidelismo se presentaba como un «humanismo», como la unión de pan y libertad—«Ni pan sin libertad, ni libertad sin pan», decía Fidel—, la revolución de Cuba era la revolución de Iberoamérica: algo indetenible. Su reforma agraria consolidó la adhesión de los más amplios sectores iberoamericanos, mientras instituciones fundamentales mantenían ante ella simpatía o neutralidad.

Pero la revolución socialista y humanista de Cuba se fue definiendo como marxista-leninista. Y la revolución cubana perdió inmensos sectores que eran suyos, mientras que las instituciones simpatizantes o neutrales se colocaron frente a ella. Sólo los grupos comunistas o muy marxistizados —evidentemente en bastante mayor número que unos años antes—siguieron al lado del castrismo.

Así, la revolución indetenible, la revolución iberoamericana, que realizaba su primer paso en Cuba, se quedó aislada, encerrada en sí misma. Los grupos castristas de otros países no tienen ya el apoyo masivo ni las actitudes neutrales que les podrían permitir el asalto del poder. Para hacer triunfar su revolución tendrían que reunir dos condiciones de las que la definición marxista los ha privado: que «quiera» esa revolución la mayoría y que «puedan» hacerla los que quieren. Esas condiciones ya no se reúnen por los grupos castristas en ninguna parte: las reservas ante la experiencia cubana han alcanzado ya a las mismas masas populares. Y todos los poderes e instituciones se han endurecido en una actitud defensiva que hace imposible no ya la revolución marxista, sino cualquier revolución social.

La revolución cubana pudo ser el agente incitador de la revolución total de Iberoamérica. Por falta de ambición, de seguridad en sí misma, al acogerse a un colonialismo ideológico marxista-leninista, se ha convertido en la vacuna contrarrevolucionaria de Iberoamérica.

¿Cuántos años tendrá eficacia esta vacuna?

3) LA REVOLUCION DEMOCRATICA DE LA ALIANZA PARA EL PROGRESO

Frente a la experiencia cubana, sometida a total aislamiento, los Estados Unidos han levantado su propia doctrina revolucionaria para Iberoamérica: la Alianza para el Progreso.

La Alianza es—a pesar de sus omisiones—un verdadero programa revolucionario, pues exige cambios en las estructuras agrarias, cambios en el sistema impositivo e integración económica. Lo malo es que muy difícilmente va a poderse realizar. La Alianza está rodeada de contradicciones, como he expuesto en otra parte («IN», Madrid, número 6):

1. La contradicción de frenar para acelerar el desarrollo: Es necesario eliminar la exigencia demasiado radical de levantar el edificio del desarrollo sobre lo que se llama «economía ortodoxa», bajo las directrices del Fondo Monetario Internacional, que es precisamente lo que ha frenado hasta el desastre la economía iberoamericana. Pero tal vez sea esta contradicción la más superable y que tenga en los textos iniciales de la Alianza más indicios positivos.

2. La contradicción de que la oligarquía dirija la revolución antioligárquica: Tal vez sea esta contradicción la más difícil de superar por parte de Iberoamérica. Los Estados Unidos echan sobre los dirigentes actuales la tarea de hacer un profundo cambio estructural, piden a las oligarquías que sacrifiquen sus intereses particulares en beneficio de los generales. Y esto es precisamente lo que no puede hacer la oligarquía, es lo que no pudo hacer nunca, lo que la constituyó en definitiva como tal oligarquía. Sus firmas y sus palabras no significan en este terreno absolutamente nada.

3. La contradicción, enlazada con la anterior, de excluir de la reforma a los reformadores: No se pueden pedir reformas y desconfiar por principio de todos los reformadores. Lógicamente, la oligarquía beneficiaria de la situación vigente no puede dirigir el cambio de esta situación; han de hacerlo los perjudicados, los movimientos de amplia base popular, que no suelen ser en lo exterior tan ortodoxos como los de la oligarquía.

4. La contradicción de la ayuda sin estabilidad en los precios: Esto es claramente una farsa. Se presta lo que por otro lado se detrae; se presta a Iberoamérica una parte del dinero que se le defrauda progresivamente, deteriorando sus términos de intercambio. Posiblemente sea esta contradicción la más difícil de remontar. Pero ella sola, si no se resuelve, puede invalidar totalmente la Alianza.

Por estas contradicciones es difícil que la Alianza pueda significar la profunda revolución que preconiza. No conseguirá, probablemente, una gran tasa de desarrollo. Conseguirá, posiblemente, detener, eso sí, la curva descendente.

No será la solución. Pero permitirá que el problema no se agrave. ¿Por cuántos años?

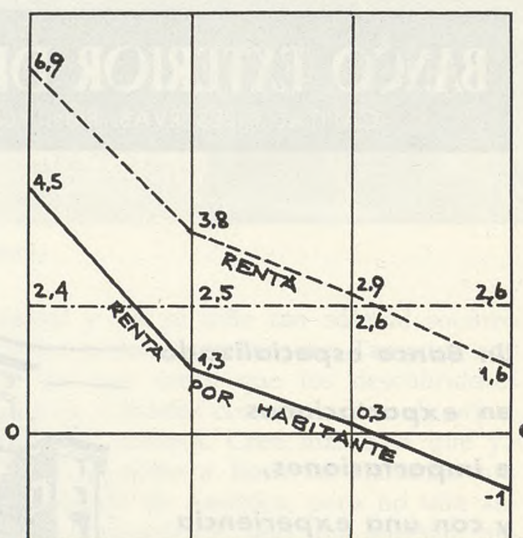
4) AÑOS DE ESPERA

¿Por cuántos años esta «guerra fría» en el seno de América mantendrá al mundo iberoamericano con su necesidad revolucionaria congelada, en espera?

El inmediato pasado ha sido tiempo perdido. Lo va a ser el inmediato futuro.

Pero dentro de tres, de cuatro, de cinco años, a lo más, a las puertas de Iberoamérica llamará de forma definitiva la gran necesidad. No habrá más aplazamientos posibles. ¿Será entonces la ocasión de un cambio radical, fruto propiamente iberoamericano, sin enfeudamientos a nadie; de una aportación auténticamente nuestra, auténticamente humanista, resueltamente mestiza?

TASAS DE CRECIMIENTO DE LA RENTA POBLACION Y DE LA RENTA POR HABITANTE EN IBEROAMERICA



1957 - 1958 - 1959 - 1960

LAS ISLAS CANARIAS, puente entre España y América

Por

J. L. Castillo Puche



Fuerteventura.

PARA mí que no se ha destacado todavía lo suficiente la importancia de las islas Canarias en el descubrimiento de América.

Desde el primer momento se ve clarísimo que Colón considera a las islas Canarias, por su situación estratégica cara al mundo que se había de explorar, como una especie de puente intermedio y de plataforma suministradora para la genial operación.

Esto, que podía haber quedado tan sólo como una previsión de cálculo, se convierte en realidad tan pronto las carabelas se hacen a la mar.

Es en las islas Canarias, en distintos puntos clave de las islas Canarias, donde Colón y sus compañeros iban a encontrar la zona de seguridad e intendencia antes de dar el gran salto.

Por lo pronto, la carabela accidentada, la *Pinta*, es en un enclave de Canarias donde se repara y cambia de timón. Dejemos a los historiadores que descubran o discutan sobre el enclave concreto en donde se detuvo Alonso Pinzón para esta reparación. El caso es que de las islas Canarias salió la *Pinta* totalmente repuesta de su avería.

Pero no es esto sólo. Ya en el primer viaje las tres carabelas se proveen en distintos puntos de las islas Canarias de leña, carnes, agua, como más tarde se abastecerían de plantas y animales con que enriquecer, a su manera, el Nuevo Mundo.

Toda esta operación previa, en las vísperas de echarse al Mar Ignoto, ¿no presupone una ayuda y un socorro por parte de la incipiente población española? Es de suponer que sí. Por lo pronto, para Colón ya era un argumento de confianza, y también de moral para sus hombres, que hubiese, frente al misterio, una tierra firme y amiga que pudiera servir de avanzadilla en la temeraria empresa.

Según Las Casas, lo último que vieron las tres carabelas al internarse en el mar desconocido fue «un gran fuego de la sierra de la isla de Tenerife, que es muy alta en gran manera».

Todo esto es verdad, pero no es más que una verdad fría y elemental en cierto modo.

Para mí tengo que la aportación de las Canarias al hecho americano es trascendental y no se ciñe tan sólo al socorro de los primeros embarques. Tampoco soy de los que creen que los descubridores pisaban Canarias como una base de orientación y control. Creo más bien que ya desde la primera hora las Canarias son la antesala de América, pero no una antesala diplomática, sino una antesala humana y ferviente, que, en cierto modo, sirvió de inspiración y de fuego alentador a la gran quimera. Como que a través del tiempo las Canarias se iban a con-



Santa Cruz de la Palma.



Las Palmas de Gran Canaria.

vertir, nada más ni nada menos, que en la estación depuradora del gran trastrueque hispanoamericano. Pasajeros, mercancías, ideas, modos de convivencia, estilos de toda índole, iban a quedar grabados en las islas tanto a la ida como a la vuelta, pero sobre todo a la ida.

Los historiadores, empeñados en deslindar de una vez para siempre la estancia de las carabelas, ya en arribo voluntario y en determinadas fechas, ya en arribo forzoso otras, no se han detenido en aquella otra fase más permanente que, por este movimiento de sístole y diástole entre la Península y ultramar, viene a hacer de Canarias como un corazón repartidor del transvase sanguíneo y cultural. Si la expedición a América hubiera sido un acto aislado o una serie de actos sucedidos en contadas fechas, la importancia transfusora de Canarias, incluso como un pequeño compendio de la metrópoli, hubiera sido significativa, pero pasajera y casi accidental. Pero como el intercambio, desde el instante del descubrimiento, es permanente, casi cuotidiano, la presencia de las islas Canarias cobra un alto valor representativo.

¿Han insistido convenientemente los filólogos en lo que hay en Canarias de antena receptora y transmisora de unos acentos de expresión peculiares y muy reveladores? El tránsito de España a América y de América a España, con ser tan brusco en lo que a música del lenguaje se refiere, tiene una zona de suavización y de matiz benévolo justamente en estas islas melodiosas aun dentro de su tragedia cosmológica. De volcán a volcán, de valle a valle, parece ser que hayan funcionado a través de la historia—naturalmente, del espacio también—unas antenas sensibles que han dado al hablar canario, dentro de la robustez del tronco hispano, una flexibilidad y una gracia como sólo puede darse en el área del Caribe, pongo por caso.

¿Han estudiado los arquitectos todo lo que fuera preciso lo que representa Canarias en orden a un trasplante genuino de la más pura y también combinada plasmación de la casa castellana, la casa extremeña, la casa andaluza, con su escueto fundamento, con sus fantásticos miradores y rejas, con sus alegres e iluminados patios? De esto hablaremos más adelante.

¿Se han fijado los folkloristas en el tono intermedio de los bailes canarios entre lo que es la dureza de algún baile castellano y lo que habría de ser el americano, punteado que se adelgaza y suaviza justamente en las islas Canarias? No es ya sólo que las figuras de ciertos bailes canarios estén más cerca de América que de la Península, sino que incluso hay ritmos, pasos y hasta voces que suponen la devolución de América una vez recibido el baile original.

Incluso desde el punto de vista geográfico el paisaje canario va a ser en cierto modo como un resumen o síntesis del paisaje castellano, y sobre todo del paisaje americano, quedándose en la zona media en cuanto a vegetación, clima, etc. Todavía se podía llegar a más, y es estudiar el tipo físico del canario como una entidad biológica equidistante de la Península y de América, tipo que precisamente por estar en este cruce de caminos podría decirse que ha tomado de cada proximidad lo mejor, produciendo en estatura, color, etc., tipos de una belleza y gallardía inconfundibles.

Y es que las islas Canarias no iban a ser algo casual y accidental en la ruta de América. Las Canarias son algo causal y experimentador en el salto definitivo del Atlántico.

Hay historiadores que suponen que Colón conocía bastante bien las islas y que sus citas y alusiones a la Gomera, Tenerife, Hierro, etc., no son un modo de salir del paso, sino una constante motivación en cálculo y en recuerdos.

Las Canarias, e incluso Tenerife, eran para Colón algo familiar y muy conocido. La tabla de distancias de un punto a otro siempre la hace poniendo a Canarias como signo de orientación y punto de referencia.

Y no sólo en estas valoraciones externas y casi como de tránsito. Reiterativamente, constantemente, cuando ve montañas, cuando ve selvas, cuando ve grandes manchas de verdor o ve picos volcánicos, surge la comparación rápida e instintiva: Canarias está en su pensamiento. Cuando quiere describir a los nativos de las Indias, dirá: «...y ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos; eran de color aceitunado, como los canarios o los campesinos tostados por el sol; las mujeres, no muy negras, salvo menos que canarias».

¿Será porque era lo último que había visto? No parece que sea tan sólo por esta razón pasajera. Parece haber alguna razón más fundamental. Siendo las Canarias el puerto o los puertos intermedios entre Castilla y las Indias, ellas, por sí mismas y solas, van a representar para él como el compendio del Imperio. Puede

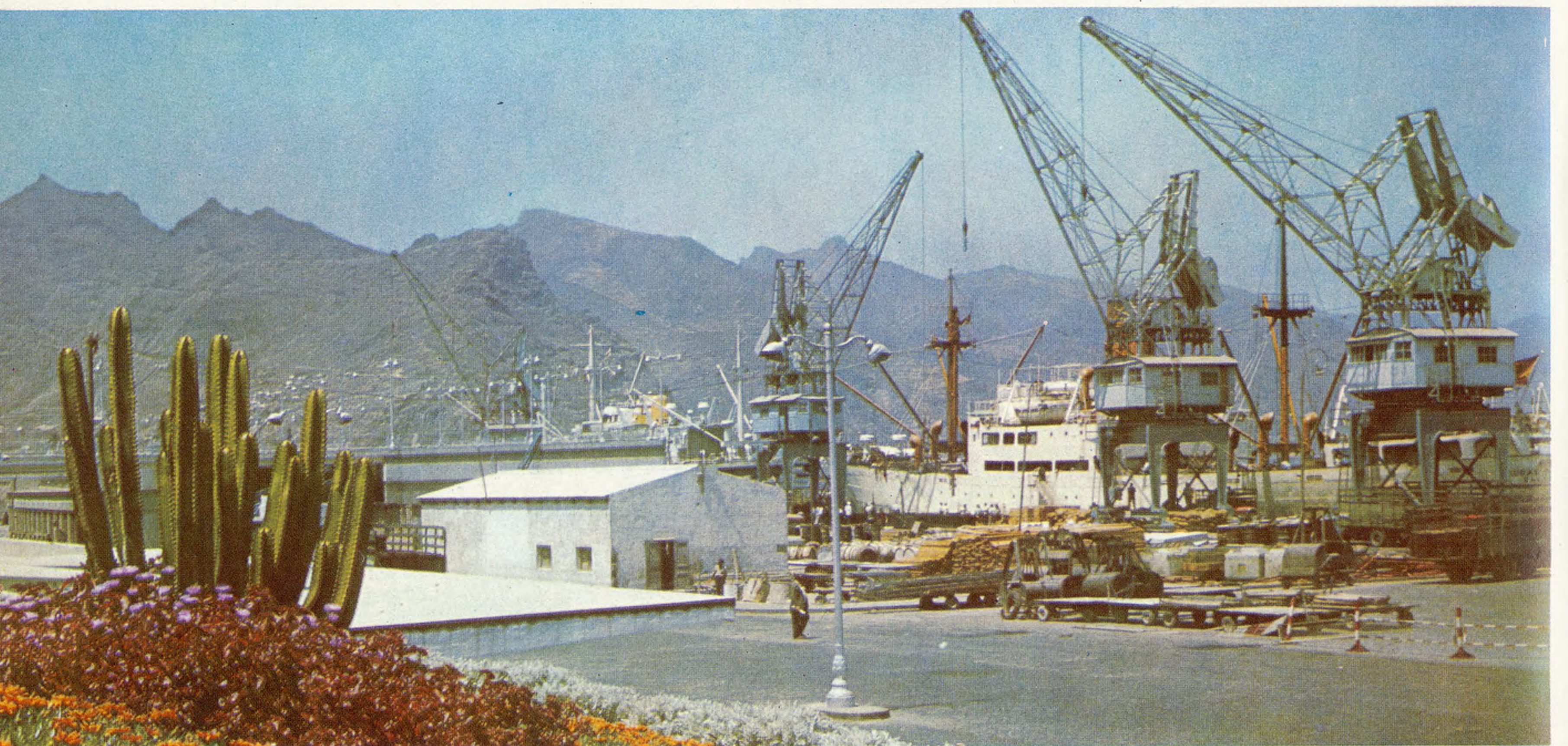
Montaña de Fuego, Lanzarote

El Medano, Tenerife





Playa de las Canteras, Las Palmas



Puerto de Santa Cruz

Puerto de la Cruz, Tenerife

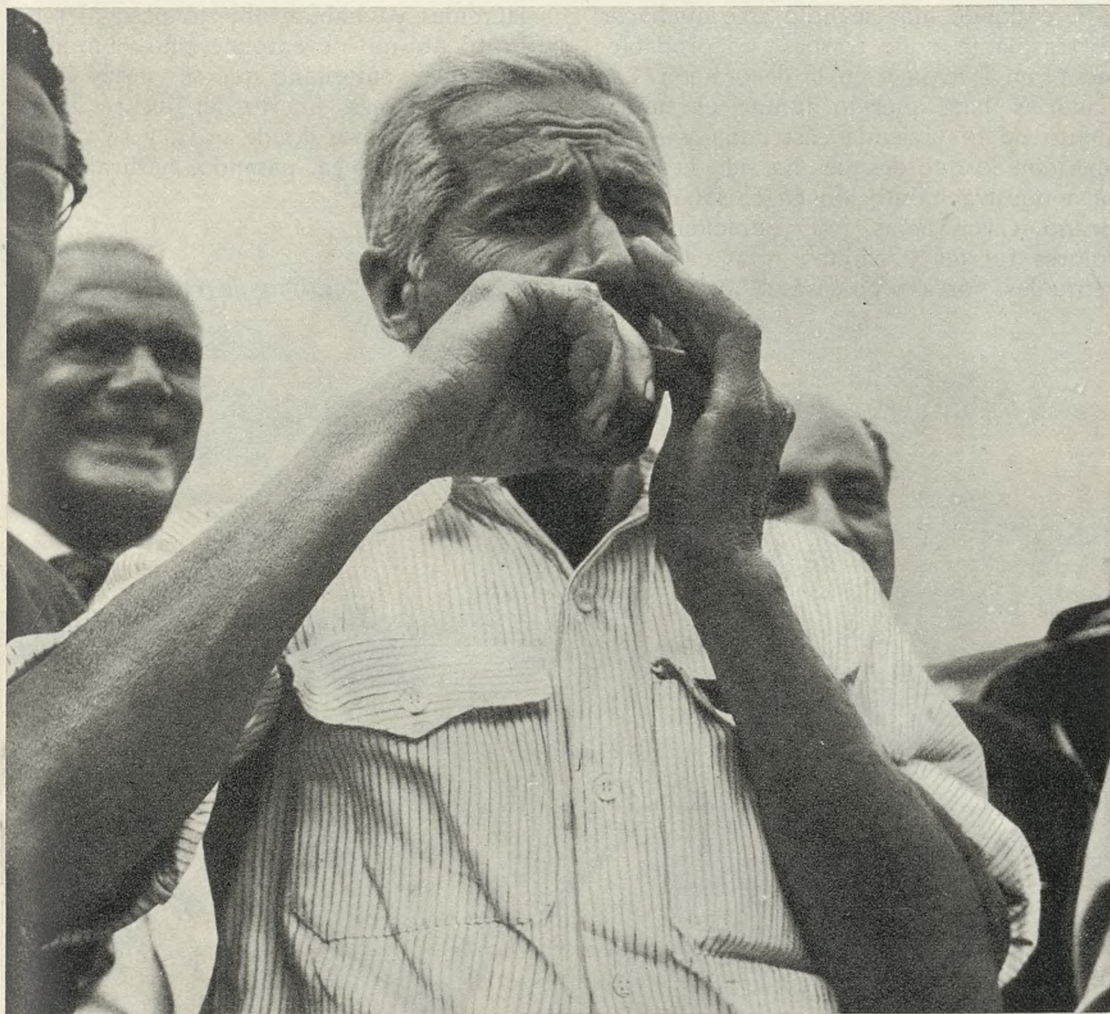


hacerse tranquilo a la mar sabiendo que en las Islas Afortunadas podrá comprar animales y semillas, plantas y leña. En Canarias se abastece repetidas veces de las cosas necesarias, refrescando así sus bodegas. Es en Canarias donde montará los puercos, becerras, cabras, ovejas, gallinas, etc., que después le harán decir al propio Colón: «...y ésta fue la simiente de donde todo lo que oy ay acá de las cosas de Castilla salido.» Cuando se trata del ganado, dice: «...cabras se han traydo de España y de las islas de Canarias... e algunos hatos hay deste ganado, e las que mejor acá prueban son las pequeñas de... aquellas islas.» Naturalmente, para los conquistadores fue una gran comodidad poder disponer ya en ruta de una despensa tan rica y sustentadora. Se sabe positivamente que de Canarias salieron las simientes de los melones, las naranjas y de muchas hortalizas. La misma tierra de las islas, a pesar de que en ellas abundan los desiertos, los arenales y las lavas negras, era como una previa selección y un anticipo de las tierras americanas, donde, a distancia de las zonas de verdor y opulencia, existen también paisajes desolados y desérticos. A quien ha recorrido América en sus diversas versiones de selva, páramo y surco calcinado, por fuerza tiene que impresionarle este compendio breve, pero matizado de bosque y de arenal, que son algunas islas. Cuando en el valle del Urubamba nos hemos maravillado del cultivo en graderío, era porque no conocíamos los delicados y fabulosos andenes que el canario ha tenido que levantar para robar agricultura y riqueza a la montaña, a veces casi desnuda. El esfuerzo del canario, en cierto modo, tiene relación con el de los incas, con la salvedad de que los incas habitaron geografía siempre próxima a grandes y fertilizantes ríos.



Mar de lava en Lanzarote.

Que las islas Canarias, en la empresa de la conquista de América, no sólo se contentaron con *ver pasar*, lo demuestra el gracioso episodio recogido por casi todos los historiadores, y que ha quedado catalogado como el caso del «canario corredor». Dice don Fernando Colón: «...Y entre aquellas mujeres que prendieron había una, mujer de un cacique, que sólo la pudo coger difícilmente un canario velocísimo y muy valiente, que el almirante había llevado consigo.» El texto de Las Casas es más o menos igual: «...la una era la señora del pueblo, y por ventura, de toda la isla, que, quando la tomó un canario que el Almirante allí llevaba, corría tanto que no parecía sino un gamo.» Quien ha visto trepar a los canarios por las montañas y escalar con una pértiga en pocos minutos los picos más arriesgados y difíciles, por fuerza tiene que entender muy bien esta presteza del canario que apresó sobre la marcha a aquella huida beldad en el arribo a una isla...



Un silbador de La Gomera.

Lo cual quiere decir que Canarias no sólo prestó a Colón mercancía barata. Y que Colón no sólo usó del almacén canario por razones de distancia y economía. El canario tenía su psicología preparada para el hecho de la conquista. Canarias no iba a prestar solamente cabras y queso para hacer llevadera la travesía, sino que iba a poner a disposición del Almirante una humanidad intrépida y soñadora, como suele ser siempre la gente de las islas.

A este respecto me ha impresionado mucho encontrarme en Canarias con un pueblecillo llamado Trujillo. Del Trujillo extremeño, donde se cuece en cierto modo la parte más loca y entrañable de la aventura, se salta al Trujillo de Canarias y se comprende el vuelo de la pequeña localidad. Luego tendremos pueblos llamados Trujillo en las islas de Santo Domingo y Cuba, en una bahía de Chile, en Honduras un puertecillo encantador, en El Salvador, en México—casi media docena de Trujillos—, en Venezuela, Colombia, Puerto Rico y, sobre todos, el que fundara el propio Pizarro en el Perú.

En Canarias, pues, se impuso desde el primer momento la escala forzosa de los descubridores, escala que pobló de ansias de ver de cerca y de palpar la realidad del Nuevo Mundo a los nativos, y por eso toda América está sembrada de



La Gomera.

apellidos canarios, y no es posible recorrer América sin dar con la presencia de la sangre y del esfuerzo del canario. No olvidemos que esa mancha de verdor que son los platanares y los campos de caña de azúcar tiene su patria de origen y su puerto de exportación en las islas Canarias, según recuerda el historiador Miguel Santiago. Recientemente, en Las Palmas, visitábamos la ermita de San Antón Abad—donde es leyenda que oró Colón antes de enfilar la ruta de las Américas—, y algunos de mis compañeros pusieron muchos reparos a esta tradición. Yo tampoco tenía razones para afirmar nada, por supuesto, pero me callé. He visto demasiadas capillas e imágenes en América dedicadas al mismo simpático santo, patrono de toda esa animalería que fue el regalo de Occidente a las nuevas gentes recién bautizadas.

Colocadas las Canarias en el disparadero isleño del Atlántico, su papel tenía que ser lo que ha sido: puente, refugio en la adversidad y en la ventura, fonda grata de una pasajería en trasiego permanente, estampa exótica de lo presentido más allá de los mares, canal de salida de todo un mundo de inquietudes, necesidades, aportaciones y entronques. Desde este punto de vista las Canarias vienen a facilitar enormemente la tarea. En su suelo cabe el pino y el ciprés, reina como dueña y señora la palmera, se desgarra impotente el cacto, se expande aliviadora la sombra del drago y aparecen de tarde en tarde, como muestras sacramentales, la espiga y la viña. En Canarias está el roble y el naranjal, la cidra y el almendro incluso. Todo está allí como en un muestrario de ensayo. Más que producción lo que hay es ejemplaridad. En Canarias se adaptaron formidablemente el tabaco y la patata, el aguacate, la guayaba, la chirimoya, el tomate..., todo lo que vino de allá.

Pero donde más se nota este quehacer de trasplante y de traspaso es probablemente en la casa y en la decoración. Las Canarias han querido juntar el fundamento de la vivienda castellana y andaluza con lo que después ha sido la réplica a nuestra habitación en el solar americano. Casas bajas, muy enlucidas, con colores fuertes y cálidos, rejas casi conventuales, pórticos de casas señoriales, miradores corridos de madera artísticamente trabajada, patios umbrosos sostenidos por columnas y con corredores como jaulas fabulosas, todo eso se ve en el interior de Canarias—y también en las grandes ciudades, donde ni el funcionalismo ni el turismo han podido matar estas formas de expresión tan genuinas y primitivas—con una fuerza y una autenticidad arrolladoras. Hay momentos en que uno, al recorrer ciertos pueblos de Canarias, se cree estar recorriendo una calle de Cartagena de Indias o de La Antigua, de Cuenca del Ecuador, o de Cuernavaca, en México, y aun de la misma Lima. Sin ser enteramente Castilla, ni Extremadura, ni Andalucía, las islas Canarias tienen una clara raíz peninsular, sin haber perdido sus notas peculiares. Sin ser las islas Canarias Santo Domingo, ni Puerto Rico, ni La Habana, tienen mucho de todo aquello.

A la estructura de los pueblos y de las casas responde también ese algo indefinido e impalpable que es la cadencia en el hablar o esa nota tan plástica y sugestiva como es la inercia y la gracia de ciertos movimientos. En las danzas y en las canciones, sobre todo, Canarias repite como un eco muchos aires y pasos que un día ella misma vio pasar como repertorio magistral del cante y del baile español. Por eso, en el folklore canario se da ese proceso decantador y sutil de un pueblo que, sin renunciar a su pura esencia, ha sabido a ratos asimilar, como isleño apasionado y de gusto, todo lo bello que le ha llegado de aquí y de allá.

¡Qué curioso resulta, por ejemplo, que un poeta canario, ese estupendo poeta Tomás Morales, le dedique su poema *La espada* a Santos Chocano y el de *La honda* a Amado Nervo! Como que Tomás Morales es el cantor de las gestas atlánticas, y el título de su libro es *Las rosas de Hércules...*, eso cuando las columnas de Hércules ya habían abierto paso al tenebroso abismo de entonces, hoy luminosa América: castellano que se canta, Cristo al que se reza, huerto del que se vive y mar abierto por donde se va y se viene a la casa solariega, pasando, naturalmente, por Canarias.

J. L. C. P.

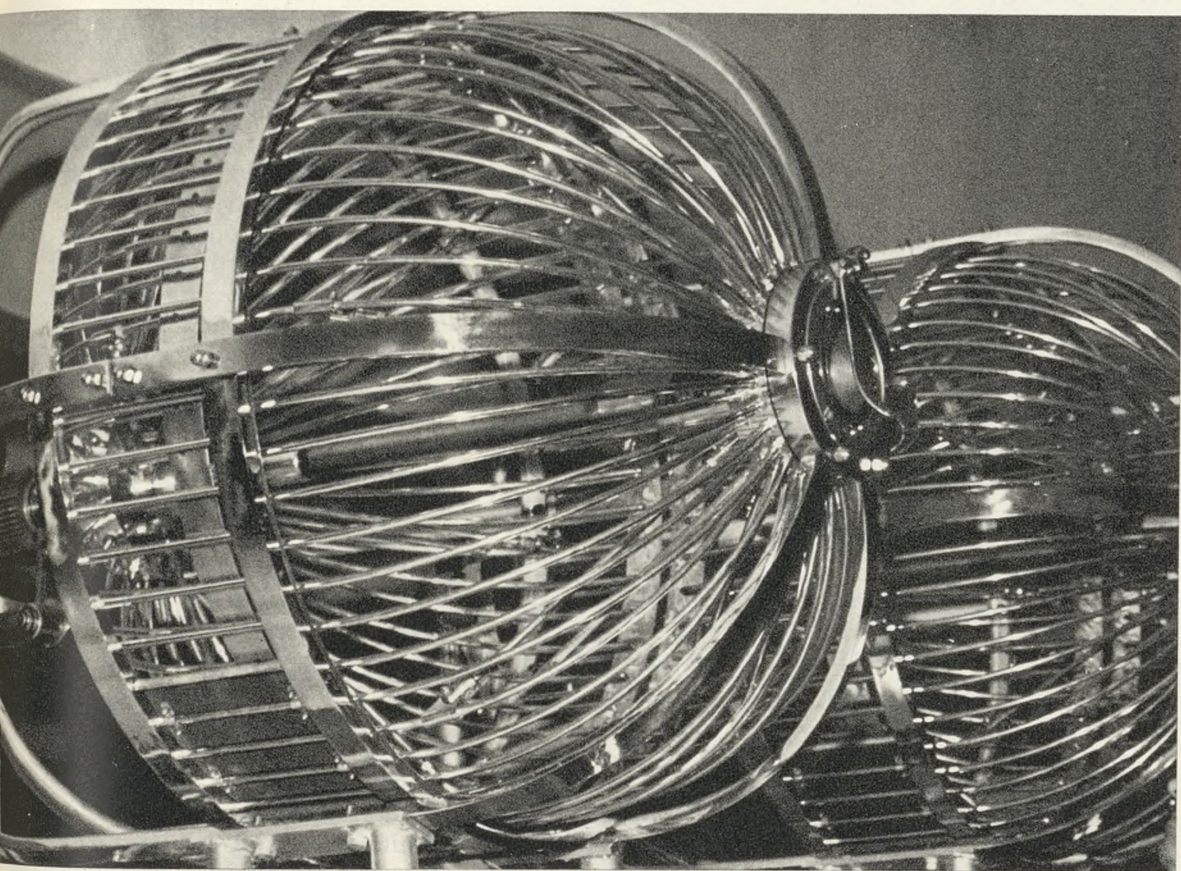
(Reportaje gráfico de Henecé.)



Tenerife.



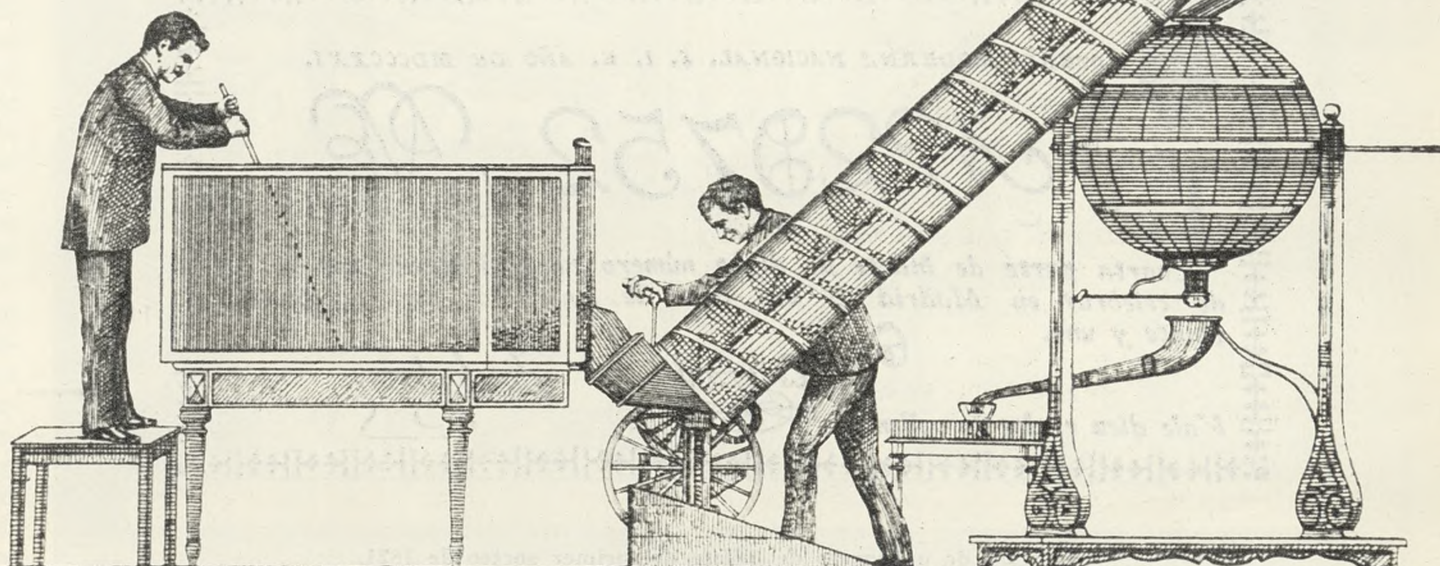
LA LOTERIA NACIONAL DE ESPAÑA ante su bicentenario



Los bombos automáticos que funcionarán en el nuevo edificio de la Lotería.

Síntesis de la Lotería en diversas naciones de ámbito hispánico

Por José Altabella



El antiguo bombo con la elevación de bolas por el sistema helicoidal.

- **El IV Congreso Mundial de Loterías Nacionales, con sede en Madrid.**
- **Inauguración del nuevo edificio de la Lotería Nacional.**
- **La Exposición Nacional de Motivos Lotéricos.**
- **El nuevo sistema de sorteos con cinco bombos.**

LISTA DE LOS NUMEROS,

Que salieron premiados en el Sortèo 56. de la Real Loteria, que se celebrò el dia 17. de Agosto del año de 1776.

NUMEROS	PREMIOS	NUMEROS	PREMIOS	NUMEROS	PREMIOS	NUMEROS	PREMIOS
19177	19000	69526	29000	19635	49000	49563	9200
89149	9200	29109	9500	19180	9200	109852	19000
9216	9200	59787	9200	49109	9200	89886	9200
69950	9200	39160	9200	119053	9500	39139	9200
69118	9200	59412	9200	79234	9200	109862	9200
29843	9500	69568	9200	19378	9200	129497	9200
59030	9500	69102	9200	109007	19000	39235	9500
89602	9500	69032	9200	119820	9200	19778	9200
129355	9200	79242	9200	89908	89000	9036	9200
59915	9200	69770	9200	19480	9200	69231	9200
9013	9200	29840	9500	89847	9200	79299	9200
19392	9500	39873	9200	39979	9200	39811	9200
69161	9200	99983	9200	9952	9200	19178	9200
69969	9200	79879	9500	59692	9500	79683	9500
19554	9200	79710	9200	129498	9200	89125	9200

Una lista de números premiados del año 1776.

LOTERÍA MODERNA NACIONAL. S. I. E. AÑO DE MDCCCXXI.

T. Nº 29752

Cuarta parte de billete de dicho número para el sortèo que se ha de celebrar en Madrid el dia once de Enero de mil ochocientos veinte y uno.

6

Vale diez reales de vellon.

Estefani   Itabalceta

Facsímil de un cuarto de billete del primer sorteo de 1821.

Se prepara en Madrid el IV Congreso Mundial de Loterías Nacionales, acto que forma parte del ciclo conmemorativo del bicentenario de la Lotería Nacional de España, como una anticipación de la serie de realizaciones solemnes que marcarán la fecha jubilar. De una parte, el citado Congreso; de otra, la inauguración del nuevo edificio que para la Lotería Nacional se ha construido en la calle de Guzmán el Bueno. Y, como flanqueando la efemérides, la inauguración del nuevo sistema de sorteos de los cinco bombos, utilizados por primera vez para la Lotería extraordinaria de la Cruz Roja, así como la apertura de una gran Exposición Nacional de motivos lotéricos, realizada por primera vez en nuestro país.

Los dos siglos de la Lotería Nacional representan una tradición que ha formado la sensibilidad y la sicología colectiva, haciendo del español uno de los pueblos más gustosos de probar la suerte. Gusto y afición que a lo largo de los años irradió a otras naciones, sobre todo a las de ámbito hispánico. Hubo un momento en que nuestra Lotería pasó por una serie de críticas y censuras, no por lo que se refiere a su seriedad, solvencia y seguridad—que en este orden ha merecido siempre los más justos y legítimos elogios de extranjeros y españoles—, sino por el espíritu que representa el fomento del juego de azar monopolizado por el Estado. Pero ese momento ha pasado ya y hoy puede verse como numerosos países que censuraban el afán del español por jugar a la Lotería la han instaurado, legitimando con su imitación nuestra vieja costumbre. La tibieza con que los viejos parlamentarios, sociólogos y economistas trataron de defender esta institución como un mal menor, señalando el hecho de que las naciones más adelantadas carecían de este tributo voluntario, se ha ido deshaciendo poco a poco con el advenimiento de los países que iban encontrando en la Lotería un eficaz vehículo fiscal, que, sobre otros méritos, cuenta con el de la voluntariedad ciudadana.

Larga es la historia de la Lotería en el mundo y en España. Una breve síntesis desbordaría los límites de un artículo periodístico. Vamos a intentar, sin embargo, ofrecer, con concisión telegráfica,

los principales datos que forman el acervo de nuestra Lotería Nacional. Nacida en Madrid el 10 de diciembre de 1763, ésta fue la fecha en la que se celebró el primer sorteo a título de ensayo. Un sorteo diferente de los de hoy, que recuerda bastante la tradicional lotería casera de cartones. Esta Lotería primitiva —así llamada para distinguirla de la moderna que vendría varios lustros después— fue introducida en nuestro país por el ministro Esquilache, quien, procedente de Nápoles, trajo a un experto en calidad de organizador y director, el también napolitano José Peya. Inicialmente, la creación de aquella Lotería, titulada «Beneficiata», tenía como principales motivaciones el canalizar las ansias de juego de los españoles de entonces y ayudar con su institución a obras de carácter benéfico y de tipo asistencial, cubriendo con parte de sus ingresos los gastos de la beneficencia pública.

Si en principio sus ingresos dejaron mucho que desear, lo cierto es que al paso de los años el Estado encontró pronto en esta institución una bien saneada renta. En 1769 España estableció en México otro sistema de Lotería, consistente en un número determinado de billetes, divididos en décimos, de modo que entre unos cuantos de dichos billetes se distribuía el valor de todos ellos. Esta innovación, al surgir la guerra de la Independencia, volvería a la metrópoli. Así, en Cádiz, el 23 de noviembre de 1811, se implantó ese sistema de Lotería, que, para distinguirla de la anterior, se llamaría moderna, sistema que, con muy ligeras modificaciones, ha llegado hasta nuestros días. Hubo una época en que coexistieron ambos modos de Lotería, la primitiva y la moderna, pero en 1862 quedó abolida la primitiva. Desde entonces ha seguido la actual, con una tradición en la ejecución de sus sorteos, que le han dado el rango de excepcionalidad de que hoy goza, ya que es la única Lotería del mundo que tiene no sólo los mayores premios, sino también en la que se juegan miles de millones de pesetas.

De los 134.465 reales de vellón ingresados en la Hacienda en el año 1763, a los 5.000.000.000 y pico de pesetas del ingreso total por venta de 1960, la diferencia dice bastante del progreso logrado por esta venta en dos siglos.

Ofrezcamos ahora un pa-







Décimos del sorteo de enero de 1963, con ilustraciones alegóricas.



El público espera el resultado de un sorteo en Haití.



Quincuagésima parte de un billete cubano de 1934.



Vigésimos de la Polla Chilena de Beneficencia.

norama, en síntesis, de la Lotería en diversas naciones del ámbito hispánico: Argentina cuenta con la Lotería de Beneficencia Nacional y Casinos, de Buenos Aires, propiedad del Estado y fundada en 1893, desde cuyo año ha venido celebrándose sin interrupción. Es una Lotería de sistema periódico, que comprende 48 sorteos al año, cada uno de los cuales se compone de seis series de 38.000 billetes, excepto el sorteo extraordinario de Navidad, compuesto de siete series de 45.000 billetes cada una. Argentina, desde la época virreinal, tuvo una gran tradición lotérica, hasta el punto de ser autorizada oficialmente en 1816, por cuenta de una Hermandad de Beneficencia. Por ley de 23 de septiembre de 1885 fue prohibida, volviéndose a restablecer otra vez el día 30 de octubre de 1895.

En Brasil existe la Lotería Federal del Brasil, con sorteos bisemanales, aparte de otras 12 Loterías en diferentes estados federales, con sorteos semanales.

Colombia tiene 17 Loterías oficiales, una por cada Departamento, destacando entre las más notables la Lotería de la Beneficencia de Cundinamarca, con sorteos semanales, que se celebran los lunes.

Existen dos Loterías nacionales en Costa Rica, la del Asilo Chapuí, implantada en 1885, y la Popular, fundada en el año 1942, también con sorteos semanales. Ambas dependen de la Junta de Patronato de San José, y los productos se aplican al mantenimiento de instituciones médico-asistenciales.

En Cuba ha sido prohibida la Lotería Nacional por el actual régimen, y fue sustituida por un sistema de sorteos a beneficio del Instituto Nacional del Ahorro y de la Vivienda. Se fundó también en tiempos de la Colonia, y, ya instaurada la República, fue establecida por ley de 7 de julio de 1909 y el reglamento de la misma fecha. Los sorteos ordinarios eran semanales, los miércoles, con otros extraordinarios, como el de Navidad, la Cruz Roja, la Lucha contra el Cáncer y otros.

La Lotería de Chile, denominada Polla de Beneficencia, fue fundada en el año 1934, y realiza 26 sorteos al año. Además existe en este país la Lotería de la Universidad de Concepción, creada por ley de 6 de septiembre de 1930. Realiza sorteos quincenales, y el 60 por 100 de sus productos se aplica a la Universidad de Concepción, destinándose el resto a atenciones docentes y sanitarias.

En la República Dominicana funciona una Lotería Nacional, creada en 1920, con sorteos semanales, los domingos, y sus productos se destinan a fines de mejoramiento social del país.

El Ecuador cuenta con la Lotería de la Junta de Beneficencia del Guayaquil, con sorteos semanales igualmente.

Filipinas posee la Philippine Charity Sweepstakes como única institución autorizada para hacer sorteos, celebrándose ocho anuales.

La Lotería Nacional de Guatemala fue fundada el 26 de octubre de 1886, sin que sus productos tengan especial afectación; sus sorteos se celebran cada veintiocho días, es decir, cada cuatro domin-

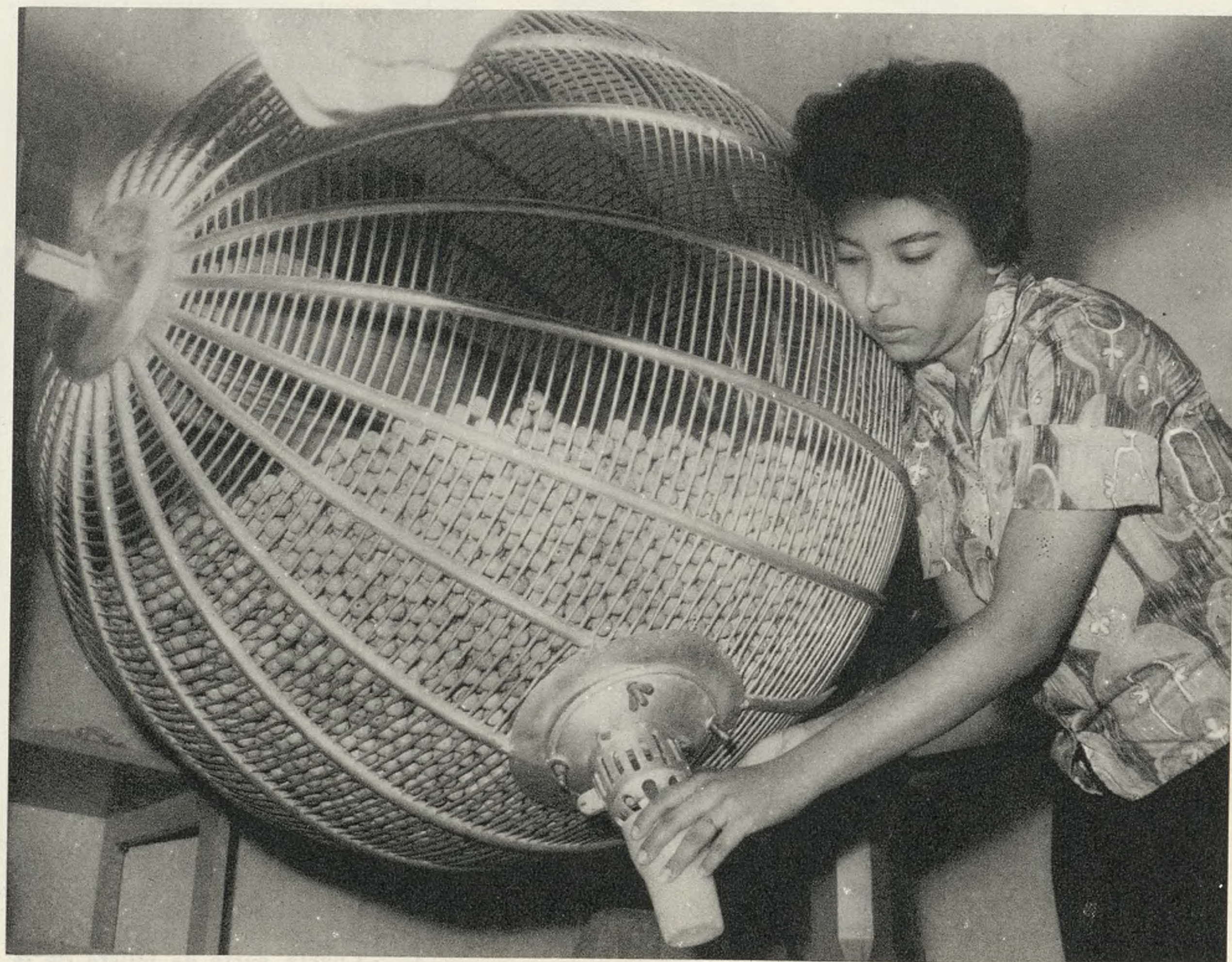
Sorteo de la Lotería ecuatoriana de Guayaquil.

gos, con un total de 13 al año. La Lotería Chica celebra sorteos cada quince días, y la de Santa Lucía, trisemanales.

Haití posee la Loterie d'Etat Haïtien (L. E. H.), con sorteos quincenales. En su origen—en 1931—fue una institución privada, pero desde 1942 constituye una organización estatal. Sus productos se destinan a obras sociales.

Honduras tiene la Lotería Nacional de Beneficencia, dividida en dos, llamadas Lotería Mayor y Lotería Chica, con un sorteo mensual la primera y con un sorteo semanal, cada domingo, la segunda.

En México se implantó la Lotería en tiempos virreinales, en 1769, es decir, seis años después que en la metrópoli, por el sistema periódico. En 1812 España, como se ha dicho, imitaría ese sistema, llegando hasta nuestros días, razón por la cual se llamó Lotería «mexicana» o «española». En México se efectúan actualmente dos sorteos semanales.



Extracción de bolas en un sorteo de la Lotería de Guayana, en Ciudad Bolívar (Venezuela).

Fundada en 1929, funciona en Nicaragua la Lotería Nacional de Asistencia Social, con sorteos semanales, los domingos, y cuyos productos se destinan a cubrir las necesidades de hospitales y centros de asistencia social.

Panamá posee una Lotería Nacional de Beneficencia, con sorteos ordinarios dominicales y otro con tres suertes; depende del Ministerio de Trabajo, si bien sus productos ingresan en las arcas del Tesoro, aunque se apliquen a fines asistenciales.

Paraguay tiene la Lotería Paraguaya de Beneficencia, Sociedad Anónima, de Asunción, propiedad de una sociedad anónima de capital privado, creada en 1945 por una ley de concesión, durante un período de seis años. Es de carácter periódico, con cuatro sorteos al mes, como mínimo.

En Puerto Rico está la Lotería Nacional, que obtuvo sanción legal el 15 de mayo de 1934, con sorteos ordinarios semanales los domingos, y algunos otros más, de carácter extraordinario.

El Salvador cuenta con la Lotería Nacional de Beneficencia, con veintitrés sorteos anuales.

En Uruguay funciona la Dirección General de Lotería y Quinielas, más popularmente conocida por Lotería del Hospital de Caridad, con dos sorteos semanales, los lunes y miércoles.

Y, por último, Venezuela cuenta con cuatro Loterías: la de Caracas, Maracaibo, del Oriente y San Cristóbal, con sorteos trisemanales.

Volviendo nuevamente a la Lotería española, diremos que actualmente se celebran en España 36 sorteos anuales, de los cuales son treinta ordinarios, cinco especiales y uno extraordinario, celebrándose los días 5, 15 y 25 de cada mes, con excepción del de Navidad, que tiene lugar el día 22 de diciembre, y que es, sin duda alguna, el más popular. En el caso de que las fechas señaladas coincidan en día festivo, los sorteos se celebran al día siguiente.

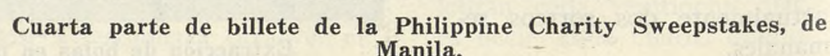
Esos sorteos ordinarios tienen los siguientes precios por billete: 500 pesetas los de los primeros días de mes, 250 los de mediados de mes y 150 los de fines de mes. Los sorteos especiales se celebran el 5 de enero—«Sorteo del Niño»—, el 5 de marzo, el 5 de mayo, el 5 de julio—«Sorteo de los Millones»— y el 5 de octubre—«Sorteo de la Cruz Roja»—, y el precio del billete es de 1.000 pesetas. Y el sorteo extraordinario de Navidad, cuyo billete asciende a 4.000 pesetas.

Todos los billetes se dividen en décimos. Actualmente pasan del millar las Administraciones de toda España donde se despachan esos billetes, amén de los vendedores ambulantes autorizados, dependientes de las administraciones.

No existe ningún impuesto ni sobre los billetes ni sobre los premios.

Las provincias que más promedio de venta de billetes tienen por habitante son Madrid, con el 727,7 por 100; le sigue Vizcaya, con el 489,23 por 100, y luego Barcelona, con el 379,87 por 100.

J. A.


Cuarta parte de billete de la Philippine Charity Sweepstakes, de Manila.

mensajes entre Toledo y Toledo

Por FRANCISCO CAPOTE

Hora y media de tiempo fue la espera en la sala capitular del Ayuntamiento toledano. De Toledo, España. Se esperaba el cruce casi mágico del *Telstar*, que iba a servir de puente de afecto y amistad para enlazar a la vieja ciudad con la nueva de Toledo, Estados Unidos de América. Todo estaba dispuesto para el singular acontecimiento, previsto dentro de un programa de carácter mundial, a través del cual se iban a intercambiar mensajes entre los alcaldes de muy diversas ciudades del mundo con sus colegas de otras norteamericanas. Bilbao y Toledo eran las representantes españolas.



El alcalde de Toledo, señor Montemayor, en el momento en que iba a iniciarse la comunicación con su colega de Toledo de Ohio a través del «Telstar». A su derecha, el director del Instituto de Cultura Hispánica, señor Marañón Moya, y a su izquierda, el gobernador civil, señor Elviro Meseguer.

Tapices del siglo XVI para invento del siglo XX

Bajo el dosel imperial de la sala capitular tomaron asiento las primeras autoridades toledanas, a las que acompañaba como invitado de honor el director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón Moya. La sesión extraordinaria del Concejo era presidida por el alcalde de la imperial ciudad, don Luis Montemayor Mateos. A su izquierda tomó asiento el gobernador civil, don Francisco Elviro Meseguer. El señor Marañón Moya ocupaba el sillón de la derecha. Concejales, autoridades y periodistas nos disponíamos a ser testigos del histórico acontecimiento.

Allí, dando cara a los viejos tapices del siglo XVI, en el amplio recinto del salón donde desde centurias se había hecho historia y la misma historia se remansaba; sobre la mesa, junto a carpetas con los nuevos proyectos de ordenación urbana, un teléfono blanco: el 2794. Con él se iba a establecer la comunicación, un lazo más entre los entrañables afectos del Toledo del Tajo y el Toledo de Ohio, entre el Toledo de la catedral y los Grecos y el Toledo del acero y las altas chimeneas de la más moderna industria.

La comunicación estaba prevista para las nueve y media de la noche del 26 de julio. Los relojes eran consultados con impaciencia. El consejero de la embajada de los Estados Unidos en Madrid, Mr. William Winston Copeland; el agregado cultural, Mr. Philips, y otros altos funcionarios de la embajada, cambiaban impresiones con los señores Marañón Moya y Montemayor Mateos.

Fueron pasando los minutos que nos acercaban al momento decisivo. Entre los tapices y el esperado *Telstar,* algo más de tres siglos de distancia. De vez en cuando repiqueteaba la campanilla del 2794. Una de ellas fue para anunciar que Londres comunicaba diez minutos de demora. El jefe técnico de la Telefónica en Toledo atendía las llamadas.

Nueve cuarenta y cinco..., nueve cuarenta y ocho..., nueve cincuenta... Cada golpe del teléfono enciende los focos de la televisión. En el salón aprieta el calor. Se habla y se comenta sobre el *Telstar,* sobre los Toledos. Y así, me entero que en el año pasado el Toledo del Tajo fue visitado por quinientos mil turistas. O, por lo menos, esta es la cifra que puede ofrecer el control de entradas de la Casa del Greco, lo que hace suponer que el medio millón quedó rebasado con creces. Muchos de estos turistas, norteamericanos.

Nueve cincuenta y cinco. La conferencia vía *Telstar* se toma con calma... Hasta que, cuatro minutos más tarde, el teléfono vuelve a sonar con urgencia. ¿Ahora...?

—Londres informa que la transmisión ha terminado.

Un aire de decepción cruzó por la sala capitular. El intérprete ratifica:

—Londres ha hablado en español. La transmisión ha terminado...

Se apagan los focos. Mr. Copeland no puede ocultar su contrariedad. El alcalde toledano—los siglos dejan en las ciudades y en sus hombres un estilo para aceptarlo todo con filosofía—comenta:

—Con estas cosas nuevas hay que pensar que no iba a salir todo bien a la primera. Lo siento por mi entrañable amigo Mr. Potter, el colega de Toledo de Ohio. Sé que a él le hacía tanta ilusión como a mí. Bueno, señores, vamos a la catedral. Esta noche estrena su iluminación interior.

Los mensajes, desde la Catedral

Nos fuimos a la catedral. Se formaron animados grupos. En uno de ellos, frente a la impresionante teoría de los apóstoles del Greco, en la catedral, dialogaban los señores Marañón Moya y el gobernador de Toledo. En otro grupo, el señor Montemayor Mateos atendía a los periodistas madrileños. La catedral estaba preciosa. Toledo, en su ritmo, en su historia, en su profunda y eterna belleza, quedaba reflejado en todos y cada uno de los detalles. Pero, de pronto...

Una voz alegre, potente, emocionada, resonó en la sacristía:

—¡Don Luis, don Luis, es Toledo de allá!...

Lo que parecía un milagro se acaba de producir bajo las bóvedas de la catedral toledana. Los dos Toledo estaban enlazados telefónicamente.



El alcalde, señor Montemayor, y el secretario general, señor Bolonio, ante la piedra de la catedral española de Toledo colocada en la de Toledo de Ohio.

«¿ *Telstar*?»... Inesperadamente, el puente quedó establecido. Ahora el teléfono era el 2241, instalado en una pequeña cabina de la sacristía. Vivíamos la ilusión de que el *Telstar* permitía unir la catedral de Toledo —improvisado locutorio—, con su arranque de piedra en el siglo XIII, con el Toledo de la industria fabulosa del siglo XX. Al otro lado, a miles de millas, estaba el alcalde norteamericano, John W. Potter.

Mensaje de don Gregorio Marañón

En primer lugar habló el director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón Moya. Unas palabras sencillas, afectuosas, cargadas de emocionado acento. Dijo:

«Desde este viejo Toledo envío al joven Toledo de Ohio el saludo entrañable y emocionado del Instituto de Cultura Hispánica, símbolo de cuantos trabajan con fe en el mutuo conocimiento entre España y todos los pueblos americanos. Va este saludo, por primera vez en los anales de la civilización, a través del espacio, desde hoy instrumento en la historia humana. En él redobla el eco inmortal y glorioso de la gesta colombina, que llevó a través de los mares más ignotos que el espacio el alma y el corazón de mi patria. Que el *Telstar*, astro fabricado por la mano del hombre, y, por lo tanto, obra de Dios, como el sol y las estrellas, sea una fuerza inmensa y sin límites que bombardee al mundo con la sola metralla de la paz. En ella está el gran secreto de nuestro siglo y la única felicidad de los hombres.»

De alcalde a alcalde: de Toledo a Toledo

Llegó su turno a don Luis Montemayor Mateos, alcalde del Toledo español. Sus manos—doy fe—temblaban ligeramente cuando tomó el teléfono. Como la de don Gregorio Marañón, su voz fue firme y clara. Habló así:

«Te saludo a través de vuestro *Telstar* americano, que, al romper las fronteras del universo, lleva a todos los pueblos de buena voluntad un mensaje de paz y comprensión, y nos dará a los ciudadanos de Toledo de España y de Toledo de Ohio la oportunidad de ser actores en el momento histórico en el que se rompen los moldes de las comunicaciones para dar principio a una nueva era y establecerlas nosotros directamente desde este Toledo, cuyo origen se pierde en la historia, lleno de gloria y arte, con ese Toledo de Ohio, joven e industrial, genuino representante de América, que tan querido es de España, y muy especialmente de este Toledo desde el que os hablo; lo que



Don Pablo Rodríguez hace entrega de una magnífica edición del «Quijote» y de otros libros al presidente del Comité de Relaciones con el Toledo español, Mr. Brown, en el Toledo de Ohio.



Los alcaldes de los dos Toledos rinden homenaje a los soldados norteamericanos muertos en la guerra mundial. En este acto se tributaron honores militares a la bandera de España.



El alcalde de Toledo, señor Montemayor, impone el escudo de la ciudad al director de la Biblioteca Municipal de Toledo (Ohio), durante la visita de la delegación española a aquella ciudad.



Los alcaldes de los dos Toledos, señor Montemayor y Mr. Potter, con los miembros de la delegación española y otras personalidades del Toledo de Ohio.

hará sin duda que las relaciones de pueblo a pueblo que venimos sosteniendo con creciente entusiasmo desde hace treinta años, y que se estrecharon más aún con ocasión del reciente viaje que hicimos hace solamente unas semanas a esa gran ciudad, se hagan tan íntimas y entrañables como queremos y deseamos los ciudadanos de los dos Toledos, hasta el punto de que podamos tener mutua ciudadanía, rompiendo así los moldes que rigen en la actualidad estas relaciones, como los rompió el *Telstar*, por conducto del cual os transmito este mensaje.

»Saluda a todos los ciudadanos, que tantas pruebas de cariño nos dieron durante nuestra estancia en ésa, muy especialmente a los miembros del Comité de Relaciones de Toledo, Ohio; a vuestra gloriosa y bien acreditada Universidad, con su gran presidente, Mr. Carlson, que lo es, a su vez, del Comité de Relaciones entre los dos Toledos; a vuestros centros culturales, de tan alto nivel, sin olvidar a vuestro maravilloso museo; a los obreros industriales, que tan grato recuerdo nos dejaron en nuestra visita a ésa, y al *Toledo Blade*, que tanta participación tiene en la difusión de las relaciones entre los dos Toledos. Todos los ciudadanos del Toledo de España os saludan. El periódico *El Alcázar*, nacido en esta ciudad, lo hace también a su colega *Toledo Blade*, y Radio Toledo, a las emisoras de Toledo de Ohio.

»Felicito por tu conducto al pueblo americano y a sus sabios técnicos, que han conseguido este progreso en la comunicación, y que la nueva era que el *Telstar* abre sirva para la paz del mundo que ama la verdad y la justicia. Un abrazo, querido Potter. Un abrazo muy fuerte...»

Entre mensaje y mensaje, la breve anécdota

Entre uno y otro mensaje, entre las palabras del señor Marañón Moya y las del señor Montemayor Mateos, el periodista creyó vivir, personalmente, unos segundos de historia. Allí, en la catedral, todos creíamos que el enlace era vía *Telstar*. A las once menos siete minutos estaba en la cabina don Luis Montemayor. Ahora escuchaba la respuesta de su colega norteamericano. La cabina era pequeña, estrecha, reducida. Difícilmente cabían en ella dos personas. De pronto, desde la puerta, en la que nos agolpábamos los periodistas, le dije al señor Montemayor:

—Don Luis, por favor, ¿permite?

El alcalde del Toledo español me alargó, sin más, el teléfono. Perdonarán si digo que sujeté el aparato no sin cierta emoción. Por el auricular llegaba una voz lejana, que hablaba español con marcado acento norteamericano: «...Quiero enviar un fuerte abrazo y un muy cariñoso saludo a esa imperial ciudad de Toledo. Nosotros estamos orgullosos de nuestro nombre, que tanto representa en la historia. Queremos decirle, señor alcalde...»

El teléfono volvió a manos del señor Montemayor, espejo de cortesía para el periodista, que soñaba en ese segundo con ser el primero entre sus colegas españoles que había escuchado una voz humana a través del *Telstar*.

Pero luego, más tarde, nos enteramos que no había sido así, y que, a la hora maravillosa de la catedral toledana, el satélite andaba por los rumbos del Polo Norte.

Lo que no restó ni un ápice al puente de afecto, a la amistad, a la unión y al amor de dos ciudades, la Toledo del Tajo y la Toledo de Ohio, unidas siempre por un nombre común que es historia.

F. C.

(Reportaje gráfico Europa Press y Rodríguez.)

Esta foto del «Telstar» fue enviada y recibida por el satélite el primer día de su órbita. La experiencia de la transmisión ha sido realizada desde la estación de comunicaciones instalada en Andover (Maine).



La playa montevideana de Pocitos.

URUGUAY atracción turística

CADA país está potenciado por su geografía. La policromía de sus pueblos y de sus tierras es con frecuencia consustancial al espíritu de sus nativos. Así le acontece al Uruguay, pequeño de cuerpo (léase territorio), pero grande alma en la atracción del turismo internacional.

La fascinación de sus paisajes corre pareja lo mismo en la ruta terrestre comprendida entre la capital y Porto Alegre que entre sus zonas costeras del Bajo Litoral—Río Negro a Colonia—, Punta del Este, Piriápolis o las famosas playas oceánicas de Chuy, La Coronilla y Santa Teresa. La jungla interior está surcada por serpeantes cuencas fluviales, ricas en especies piscícolas y abundante caza mayor y menor, en las que el viajero ha de atravesar una agreste región serrana, que culmina en torno a la moderna ciudad de Minas, hasta finalizar en Porto Alegre, desde la cual puede continuar por la zona costera hasta rematar en Punta del Este.

Resulta incomparable la ruta de las playas oceánicas—Chuy, La Coronilla y Santa Teresa—, situadas en el mismo estuario del Río de la Plata y el Uruguay. Quien ame la sensación de la naturaleza viviente podrá deleitarse con la fuerte impresión de sus contrastes más duros. Vientos huracanados y arenales inmensos tienen en La Coronilla un exponente característico. Este sugerente rincón del departamento de Rocha es lugar apropiado para el turista ávido de emociones nuevas, sobre todo si le atrae la pesca de altura con la captura del gigantesco selacio el *chucho*, que suele pesar alrededor de los ciento cincuenta kilos. Además, en esta región playera pueden admirarse la fortaleza de Santa Teresa y el fuerte de San Miguel, de la época colonial. De oeste a este de la faja costera, el viajero se hallará complacido en la «Hostería del Pescador» y en los paradores de La Coronilla, Barra del Chuy y de San Miguel.

En torno a la fortaleza de Santa Teresa—construida en 1763 por los españoles—existe un inmenso parque nacional, que tiene caracteres de gran jardín botánico, entrecruzado por 35 kilómetros de caminos que conducen a parajes tan atractivos como La Pajarera, El Invernáculo y El Sombráculo, destacando su playa de La Buena Moza. Y por último, internándose en la sierra de San Miguel —en cuya vasta región de bañados extendidos en centenares de miles de hectáreas se atalaya el horizonte atlántico—, se hallará en uno de los mejores parques indígenas, donde está enclavado el pétreo parador de San Miguel. Quebrados cerros, como El Picudo, La Carbonera y El Vigía, unidos a la pargigual belleza de la laguna Marín y la laguna Negra, completan la variada toponimia de esta atrayente zona de las playas oceánicas.

La playa de Piriápolis—de cuyo fun-

dador, Francisco Piria, tomara su nombre, hace unos sesenta años—es una apacible y combada faja arenosa que une Punta Fría, al este, con Playa Grande, al oeste. Tras esa pendiente, denominada de Los Argentinos, se alinea una compacta construcción moderna de hoteles y residencias—más de medio centenar—, con una capacidad de más de 1.800 habitantes. Tiene, además de su magnífica playa, múltiples atractivos con las prácticas del *yachting*, esquí acuático y acuaplano. También existe una cancha de golf, detrás del cerro del Inglés, y un amplio autódromo, en el centro de un paisaje encantador. En torno al balneario los caminos bordean los cerros en maravillosa situación. El del Inglés, junto al mar, tiene pista asfaltada para subir a su cima, y el del Toro, una fuente monumental. La mole del Pan de Azúcar, de 390 metros, se halla rematada por una cruz de 33 metros, desde cuyo interior puede admirarse la panorámica, que se prolonga en cerros hasta el noroeste, para perderse—al este—detrás de la laguna del Sauce. Entre la arboleda del complejo vericueto montañoso está situado el castillo de Piria, y, para hacerlo todavía más fabuloso, se desliza entre bosques, arroyos y cerros un tren diminuto que parece ensoñación de Walt Disney.

Las playas de Piriápolis y Punta del Este—con una distancia de 33 kilómetros—ocupan los extremos de una radiante zona turística de 400 kilómetros cuadrados. Caminando por la pista costera se hallan las playas de Punta Colorada, Sauce del Portezuelo y Portezuelo, en una faja arenosa de 20 kilómetros. Después admiramos la belleza natural de Punta Ballena, un largo farallón que divide la región anterior y la de Maldonado y Punta del Este.

A continuación de Punta Ballena contemplamos la extensa zona de balnearios de Las Delicias, El Grillo, Marconi y La Pastora. Después, la vetusta ciudad de Maldonado, cargada de historia hispánica, pasando por la propia Punta del Este, hasta llegar a la playa de San Rafael.

En Punta del Este, de curiosa forma serpenteante, marcando el límite entre el estuario del Río de la Plata y el Atlántico, espesos y verdes pinares circundados de miles de residencias alternan en amalgamada fusión las frondas con el mar. Piriápolis ofrece enfoques panorámicos muy sugestivos. En el centro de la moderna población yérguese el suntuoso edificio del Argentino Hotel, que, en unión de los incontables hoteles y residencias, hace de esta ciudad playera una de las más cotizadas del turismo internacional.

Hemos dejado para terminar la zona del Bajo Litoral. Esta amplia región uruguaya se halla situada sobre grandes corrientes fluviales—Uruguay y Plata—, y por lo tanto, en ellas se practica con intensidad el deporte de la pesca. Desde Río Negro a Colonia se presencia un paisaje fluvial de islas en los tres grandes ríos que bordean la región: el Uruguay, el Plata y el Paraná. Junto al arroyo de Las Vacas, el puerto de Carmelo, con sus yates recostados entre los sauces, ofrece al turista la grandeza espectacular de sus parajes, completados con la comodidad del Hotel Casino. Muy cerca de la costa del Río de la Plata, y a menos de cinco kilómetros al oeste de la ciudad playera de Colonia, en el Real de San Carlos, se yergue altivo un monumento histórico de estilo mudéjar: la Plaza de Toros del Uruguay.

La ciudad de Fray Bentos, con su plaza de la Constitución, centro de una de las localidades más hermosas, tiene un puerto profundo y activo sobre el río Uruguay, rodeado éste por el parque Roosevelt, con moderno hotel y gran teatro de verano a orillas de la corriente fluvial, evocativa otrora de noche memorable, en la cual 2.000 voces cantaron el *Mesías* de Hændel. Ciudad íntima y al propio tiempo alegre, vive fascinada, cual romántica Viena, por el murmullo de sus aguas.

Así es la República Oriental del Uruguay. Grande de espíritu, que supo elevarse, con el progreso avasallador de su mocedad, en aras de los más altos ideales hispánicos: Religión, Patria y Cultura.

R. M.

LA NUEVA HISPANIDAD

Por LUIS TRABAZO

LA Hispanidad es tan sólo un vocablo huero o es, efectivamente, algo vivo y que merece una política? Entendamos aquí la política en el sentido más alto, y no caigamos en sus bajezas de ocasión, en las que siempre se corre el peligro de resbalar.

Sin duda, la Hispanidad es algo, algo real. No tan sólo un vocablo. Por de pronto, hay una serie de pueblos nuevos, de naciones jóvenes y en plena ebullición, que llevan una lengua. Y esa lengua es la nuestra. Sí..., ya sabemos todo eso de Nebrija. Se ha repetido a menudo. Pero no nos hagamos demasiadas ilusiones.

A la lengua también hay que vivificarla. Con acciones, con hechos, con una intensa actividad fecundadora y activa, para que ella misma, como todo lo demás, sea castigada, y no se nos vuelva todo retórica. La retórica es el pozo donde se anegan muchas cosas.

La Hispanidad es todo eso que sabemos. Pero América, Hispanoamérica y las otras Américas, han cambiado mucho en estos últimos tiempos. También, simultáneamente, el mundo ha cambiado. Ha cambiado Asia, ha cambiado Oceanía, ha cambiado Africa y ha cambiado la misma Europa.

Todo bulle bajo un incesante movimiento. Tal momento de grande ebullición no puede ni ser ignorado ni mal comprendido, so pena de pagar la prenda.

La pregunta es: ¿sigue siendo la Hispanidad algo más que un pasado y todavía un presente y, mejor, un porvenir?

¿Estamos nosotros, están ellos, en condiciones de afrontar ese porvenir? ¿Sabemos qué o cuáles medidas, recíprocas, desde luego, en algún sentido, pero también particulares—cada cual con su responsabilidad e iniciativas—, deben tomarse, podrían—o deberían—ser tomadas?

Desde luego, esto es algo que no puede contestarse a la ligera, ni mucho menos ser resuelto con palabras de pura cortesía.

España se enfrenta con sus problemas de la Hispanidad en un momento en que el mundo entero tiembla. En un momento en que en Europa se está fraguando una nueva concepción, y con ella, una nueva estructura económica, política y humanística. En un momento en que no solamente Rusia y el comunismo mundial, con su totalitarismo, constituyen un universo hasta ahora inexistente, sino que China, Japón, gran parte de Oceanía, gran parte de Africa, gran parte de la misma América, acusan ya los signos de ese terrible impacto ideológico y social, más denso que el del liberalismo decimonónico y que las ideas, anteriores, de la ilustración.

La multitud de las revoluciones en los países suramericanos y la constante zozobra e inestabilidad política revelan una tensión que propicia el cambio: cambios bruscos, violentos, tal vez quirúrgicos, que podrían variar la faz de las cosas. No puede ignorarse esto.

La España que creó la Hispanidad revive en la España de hoy. Y, por fortuna, queda algo más fuerte, que son los afanes comunes. Son la cultura común, cuando esta cultura es efectivamente una cultura, y se la sabe y acierta a mantener en armonía con una empresa: una empresa viva y a la altura de los tiempos, de nuestro tiempo.

Que España se halle también empeñada frente a Europa y frente a problemas, verbigracia, como los del Mercado Común, no es un inconveniente. Tal vez, y por el contrario, podría ello constituir la base de unos mejores cimientos con la Hispanidad y con todos sus países, en la proporción, justamente, en que esos problemas y su adecuada solución contribuyesen a afirmar una España económicamente fuerte. Tal situación nos colocaría en mejores condiciones ante los problemas americanos, y nos favorecería, en lugar de perjudicarnos. En cuanto a la propia América española, también ella se vería favorecida, de rechazo.

Mi opinión es que el dilema ¿Europa o América?, para España, no tiene verdadero sentido. Pues no hay tal dilema.

Por el contrario, cuanto mayores sean los lazos que nos unen con Europa, tanto mayores podrían ser los que nos atasen de nuevo a nuestra América.

Hoy América, hija de España, es mayor de edad. No valen ya paternalismos. Más bien, una comprensión profunda y un acercamiento intenso, real, positivo, que sobrepase las puras fórmulas.

Hay todavía en América grandes misiones para España. Hay todavía muchos pueblos que tienen hambre, muchos poblados incultos, muchas regiones subdesarrolladas. Los que a menudo leemos las publicaciones de Hispanoamérica y mantenemos vivo contacto, familiar o amical, con los allí residentes; los que incluso tenemos en América sangre de nuestra sangre, sabemos algo de lo que pasa en aquellos países.

En América hay aún muchos resentimientos. ¿A qué ignorarlo? Pero también, un inmenso afecto y una gran comprensión hacia España.

Nadie como ellos nos siente y nos comprende. Nadie como ellos se duele con nuestras heridas y respira, con su aliento, nuestro propio aliento.

Fortificar los lazos de un comercio intensivo, buscar las recíprocas ventajas, establecer puentes más fuertes que los de las meras palabras o la inauguración ocasional de algún monumento—sin que esto haya que despreciarlo tampoco—, contribuye a sentar las bases de una nueva organización mundial de extraordinario empuje y fina solera.

Esa es una de las tareas que España tiene que acometer a fondo. Acercarse más y más a América. Mejor, fundirse con ella. Con lo que es nuestro y lo que es suyo: por la sangre, por la tradición, por la lengua, por la cultura, por la afinidad..., por todo eso. Pero, más aún, por las ingentes y benéficas perspectivas que de ello podrían derivarse para ambas partes: España y la América española, partes, al fin y al cabo, de un mismo todo espiritual.

Es ésta una tarea más difícil de lo que a primera vista pudiera parecer, y exige un alto empeño y mucha constancia. Y una intensa, resuelta decisión de llevarla a cabo.

Sabemos que hoy América intenta, frente a todos, avivar su propia cultura. Sin embargo, en nuestro entender, tal noble tentativa no empece en absoluto la honda y fecunda misión española en América, sino que, por el contrario, la reclama todavía más.

Este, en nuestro parecer, es un momento crucial para todos.

REQUIEM POR UN POETA

Hay veces en que las manos se quedan quietas, frías, sobre el teclado de la máquina de escribir; detenidas ante la primera palabra. ¿Cuál puede ser ésta en la ocasión de hoy? Porque ha muerto un poeta. Ha desaparecido una figura entera y señera de la lírica contemporánea. Pero además se nos ha ido una cercanía, un apoyo sustancial en nuestro diario quehacer. Leopoldo Panero estaba ahí, ha estado ahí siempre, como una seguridad entre nuestros esfuerzos, como un aliento, a la vez juzgador y estimulante, para nuestra conducta, para nuestra cuartilla.

En este campo de trabajo, en esta profesión casi encantada de fe que es la labor por la cultura hispánica, él ha sido un valor perfectamente insustituible. Hasta la cerrada dimensión de su obra—llena siempre de contención y de responsabilidad—ha sido resultado de su honestísima dedicación, de su indeclinable línea creadora. Inéditos sus versos durante mucho tiempo, fue su primera preocupación la de reunir en dos nutridos tomos una antología de la poesía hispanoamericana. Después—y siempre—, Hispanoamérica, para él, ha constituido una profunda, constante y emocionada dirección y dimensión de su espíritu. Hay mucha pasión, mucha santa disconformidad, en esa *Carta perdida a Pablo Neruda*; hay un depurado y profundísimo amor—amor americano también—en esos versos a Vallejo, donde ve al poeta en su «montón de noble cansancio».

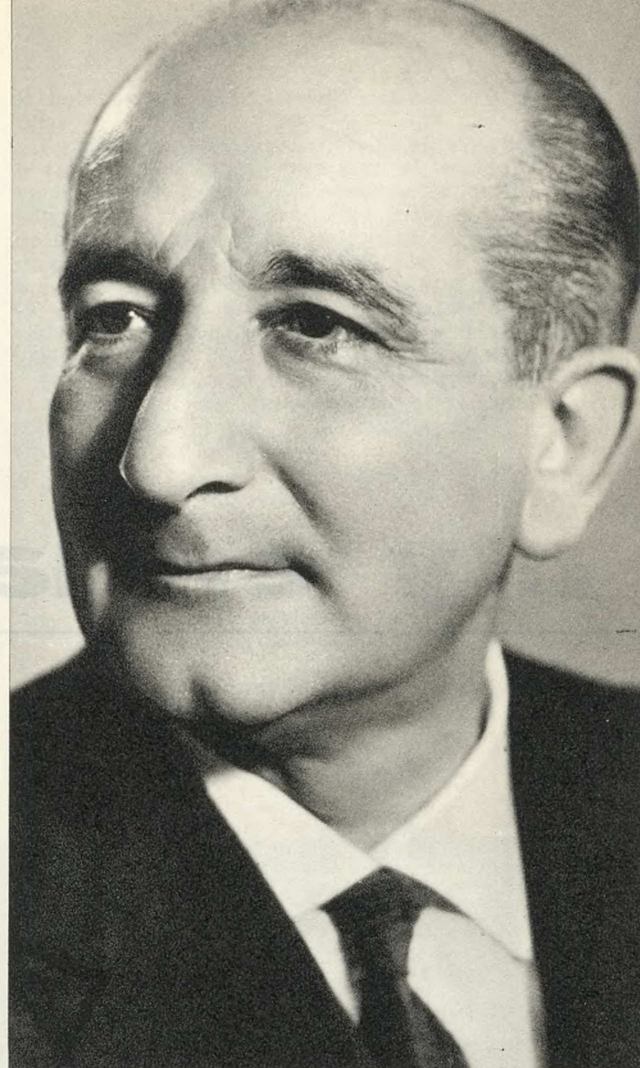
También Leopoldo Panero andaba por la vida con un noble y antiquísimo cansancio. Poeta clave de una promoción que todavía no ha sido suficiente y necesariamente estudiada, tenía en su verbo raíces y sonidos que traían la poesía de muy lejanos parajes, por mucho que pareciera sencilla y cercana su palabra de ley, sin una mezcla con el mal metal de lo espectacular, de lo brillante a cualquier precio. Dueño de un potente caudal lírico, obrador natural de sus hondos hallazgos, había en él—lo que puede ser razón de una escuela y de un magisterio ejemplares—un afán casi religioso de acallar el idioma hasta llevarlo a su más directa y emocionada contextura coloquial. Muchas veces discurren sus poemas sin una sola metáfora; la expresión transita por un cauce sencillo, como una oración que lleva al alma conducida sin sorpresas. Poesía para «quedarse y olvidarse» en ella, poesía «escrita a cada instante»—título de un libro suyo—con un impulso lleno de unción por la necesidad, y el temblor a la vez, del comunicado.

La muerte de su hermano—hace ya muchos años—, poeta como él, medida como él de un importante «contenido en el corazón» (¿verdad, Luis Rosales?), le había dejado dentro como el hábito de la finalidad de las cosas; y así toda su breve e importante obra lírica está llena de ese «conocimiento» que da entereza a la palabra y al tiempo le da jugo y dolorida sustancia de lo que puede acabar en cualquier momento.

En uno cualquiera de esos momentos se nos ha ido el hombre, se ha vaciado la estatura del amigo, se ha cerrado la vida total del poeta. Pero él era como un avecindado con la muerte, a la que ya conocía «de paso», a la que había visto herir sin cifra, de la que sabía tantas cosas como se pueden saber de alguien a quien se sigue, y que, por lo tanto, no nos puede sorprender nunca por la espalda.

«España hasta los huesos» habrá sentido ahora esta muerte; pero se habrá visto al tiempo enriquecida por este alimento de hombre completo, de página firmada, después de un texto breve, sin un fallo; de un ser que la amó con pasión y con inteligencia, con todo lo que buscó para sabérsela mejor y con todo lo que recibió de su pegadiza naturaleza. Porque el poeta no dejó nunca de estar sujeto a ese solar, a esa fresca cumbre, que «latía cada mañana en su corazón»; y allí se volvió cada jornada con su verso, y allí le tuvo que completar la muerte, en un generoso arrebato.

Dolorosamente pronto nos ha parecido, y él hubiera sonreído ante nuestra sorpresa. Era hombre como sin prisa, y es seguro que no la tuvo para morir. Tenía su platillo en el cieno, su platillo en el cielo, para hablar de su equilibrio con palabras de Juan Ramón Jiménez; pero pocos hombres hemos conocido que en su gravedad ante Dios tuvieran puesta tanta firmeza y tanta diaria servidumbre.



Ultima foto del poeta. (Estudio Lagos.)

Dos poemas de Leopoldo Panero

Adolescente en sombra

A ti, Juan Panero, mi hermano,
mi compañero y mucho más;
a ti, tan dulce y tan cercano;
a ti para siempre jamás.
A ti, que fuiste reciamente
hecho de dolor como el roble;
siempre pura y alta la frente
y la mirada limpia y noble;
a ti, nacido en la costumbre
de ser bueno como la encina,
de ser como el agua en la cumbre,
que alegra el cauce y lo ilumina;
a ti, que llenas de abundancia
la memoria del corazón;
a ti, ceniza de mi infancia
en las llanuras de León;
desamparada y dura hombría
donde era dulce descansar,
como la tarde en la bahía,
desde el colegio, junto al mar;
viejos domingos sin riberas
en la vieja playa de Gros,
cuando quedaban prisioneras
las palabras entre los dos;
cuando era suave y silenciosa
la distancia que ya no ves,
los pinares de fuego rosa
y la espuma de nuestros pies;
cuando era el alma lontananza
y era tan niña todavía
entre mis huesos la esperanza
que hoy se torna melancolía...
Allá en la falda soñolienta
del monte azul, en la penumbra
del corazón se transparenta
el hondo mar que Dios alumbra;
y ese dolor que el alma nombra,
¡esa pesadumbre de ser
detrás de los muros en sombra
adolescente del ayer!
A ti, valiente en la inocencia;
a ti, secreto en el decir,
y voluntad de transparencia
igual que un ciego al sonreír;
a ti el primero, el siempre amigo,
vaya en silencio mi dolor
como el viento que esponja el trigo
y remeje con él su olor;
vaya en silencio mi palabra,
como la nieve al descender
duerme la luz, para que abra
la fe mi sueño y pueda ver.
De tu tristeza sosegada
y de tu camino mortal
ya no recuerdo tu mirada;
no sé tu voz o la sé mal.
No llega el eco de la orilla
ni puedo mirarte otra vez,
y mi palabra más sencilla
es la misma de la niñez.
A ti, que habitas tu pureza;
a ti, que duermes de verdad,
casi sin voz el labio reza;
acompaña mi soledad.

Desprendido en la cruz

Desprendido en la cruz y mal suspenso,
igual que en la pupila el llanto nace,
el hijo que me arrancas ver me hace
la humildad del prodigio más intenso.

De tu cuerpo desnudo brota un denso
sudor de sangre, que en mi piel renace,
y de tu corazón, que solo yace,
sufro la sed y la tiniebla pienso.

¿Quién mi dolor escarba en pura brasa
sino Tú? ¿Quién lo oscuro de mi pecho?
¿Quién de mi sangre es mano con simiente?

¡También Hijo Tú fuiste, y es tu casa
mi pobre corazón, a amarte hecho
a través de la muerte que en Ti siente!

...y en la hora de nuestra



Los tres hermanos Panero: Rosario, Juan y Leopoldo.

La noticia

El día 27 de agosto una noticia ha dejado suspensos y desolados no sólo a los escritores españoles y a los de la gran familia hispanoamericana, sino a los hombres buenos de cualquier parte del mundo que conocieran en persona o por escrito al incomparable Leopoldo Panero. Una existencia íntegra en trance de plenitud y una obra poética en escala de superación y decantamiento se habían truncado.

A la casa solariega de los Panero acudieron rápidamente los íntimos más cercanos: Rosales, Luis Felipe Vivanco, Dámaso Alonso, José María Souvirón... Al llegar ellos allí ya había un telegrama llegado desde América. Era el de Eduardo Carranza. Probablemente escuchó la fatal noticia por la radio. Y también el del director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón.

Pero el hecho se produjo a la hora del entierro. Leopoldo Panero, hombre del pueblo, agostado junto a los suyos, más que la condolencia de la corte y sus estamentos, lo que iba a recibir camino de la sepultura iba a ser el homenaje más genuino de lealtad y de veneración que imaginarse pueda, expresión que habría sido la que más habría emocionado al poeta, que ya no pisaba esta tierra. Era su pueblo—el pueblo sencillo, compacto, artesano, labriego; el pueblo de la siembra y del pastoreo, el pueblo menestral y hasta el pueblo medianamente docto y hasta burocrático—el que se disputaba el féretro, paso a paso, con tal de asegurarse plenamente de que esta semilla de generosidad y campechanía que fue Leopoldo Panero, este fruto de corazón noble y espléndido y de alma delicadamente rica y asequible, quedaría en la tierra astorgana como una simiente de bendición.

Al entierro asistieron numerosas personalidades, y en representación del Ministerio de Información y Turismo, don Carlos Robles Piquer, director general de Información.

Fue al levantar la lápida de la familia Panero cuando todos los allí presentes se cerciorarон de un acontecimiento extrañamente fatal y trágico. Los tres hermanos Panero—su hermano Juan, el poeta de *Cantos de ofrecimientos*, y aquella flor de frágil señorío que fue Rosario Panero, flor que no resistió muchos abriles—, los tres, digo, habían muerto en agosto.

De toda España, de toda América, de todo el mundo, comenzaron a llegar cartas y telegramas...

Hacia Castrillo de las Piedras

Entrando a Astorga, sobre un puentecillo terroso que medio ha tiznado el tren—estos trenes que van de catedrales a minas—, se ve la cúpula redonda de un palomar. Allí es donde se apostan los cazadores para zumbar de firme a las torcaces.

—Son del poeta—dicen.

Es allí, metiéndose entre tierra de adobe y encinas parrancanas, donde Leopoldo Panero

muerte

tenía su mansión. ¿Era mansión o era refugio? Más bien era refugio. Pero un refugio para la autenticidad. Quiero decir que Panero no era un señorito que simplemente se rindiera al rito del relajo estival. Este Castrillo de las Piedras tiene dignidad. Lo fundó como finca medio cosechera, medio de recreo, el abuelo Quirino, aquel bien barbado y buen barbudo del que Leopoldo siempre estuvo tan orgulloso. La finca no está ahora en producción; quiero decir que la bodega y los silos estaban inactivos, pero, en cambio, es en Castrillo de las Piedras donde Panero ha escrito sus más reales y verdaderos poemas.

El último día de Panero

A eso de las cinco y media del día 27 de agosto, Leopoldo llegaba de Astorga. Venía de asistir a una reunión de jurados, para fallar los premios llamados del «Día de las Comarcas». Y había dicho a los amigos:

—Aligerad un poco, que me siento mal.

El camino al encinar se le hizo largo, muy largo. Se sentía mal, pero no como otras veces. Se sentía mal, pero como nunca se había sentido de clavado por el dolor. Tan fue así, que, haciendo un esfuerzo por llegar al nido de sus sueños poéticos—al nido de su hogar también, donde había dejado a los suyos—, torció, digo, el cambio de marcha del coche.

—No sé cómo he podido llegar. Creía que no llegaba...—fue lo primero que dijo a su mujer.

Leopoldo Panero, con su imponente y deliciosa humanidad, venía herido de muerte. Se quitó la chaqueta, se desabrochó la camisa, respiró fuerte, gritó. ¿Qué podía haberle hecho daño?

—Llama al médico. Me encuentro mal...

En ese momento todavía los demás jurados estaban comentando:

—¿Habéis visto a Panero? Está mejor que nunca...

—Es cierto. ¿Has visto cuando Leopoldo se golpeaba el pecho, diciendo: «Haced lo que yo, que he engordado cuatro kilos. ¿Y sabéis cómo? No os quepa duda de que son las dos *pes* de Astorga: *pan* y *paz* del Castrillo...»

—¡Qué resistencia y qué humor tiene siempre!...

Luis Alonso Luengo todavía está recalcando la vitalidad y el ingenio de Panero. Por fin había salido de toda clase de apuros. Estaba más centrado, más sereno, más tranquilo, más familiar, más próspero que nunca. Todo lo merece el buen amigo y compañero, puro como el pan de Astorga, cristalino como el agua del Guadarrama, espiritual, realista e inefable como la nube errante que atraviesa el cielo de Castilla...

Panero, en medio de los dolores atroces, dos o tres veces quiso incorporarse y darse una vuelta por la amena estancia. En la alcoba abundan los retratos familiares: Juan, el llorado hermano Juan; el abuelo Quirino, su mujer, su dulce y buena Felicidad—Felicidad de nombre y de hecho, con mayúscula y con minúscula; esa felicidad de los instantes minúsculos y casi imperceptibles de la vida—; mujer notable, excepcional, tan bella como buena escritora.

Es Felicidad la que no le deja merodear por el despacho, donde, escrito con tinta roja, está sobre la mesa el poema del día anterior. Se titula *Como en los perros*:

Como en los perros
tocados por su amo,
vaga todo lo amigo de la tierra;
así quisiera mi palabra:
simple,
parada en las pupilas,
y con errantes sílabas de niño...

No es un poema muy largo. Los últimos versos son:

Porque lo que vale es lo real,
escrito en el vaho de lo real
y con el poso aéreo
del corazón que late por su dueño;
leve,
muy levemente,
¡oh poema!

Agonía rápida

Felicidad nunca le había visto tan impaciente y desasosegado. No parece que sea un arrechucho más. Es un achuchón serio, serio. Pero ¿qué habrá comido, qué le habrá podido hacer daño? No parece tampoco que haya bebido en exceso. Se queja de algo fuerte que le taladra, que es como si le estuviera minando. El poeta repite lo mismo:



Una foto generacional. En primer término: Gerardo Diego. Sentados (de izquierda a derecha): Salinas, María Zambrano, Díez Canedo, señora de Tuñón, Vicente Aleixandre, Helia del Carril y Bergamín. De pie: Miguel Hernández, Juan Panero, Luis Rosales, Tuñón, L. F. Vivanco, Fernández Montesinos, Serrano Plaja, Neruda y Leopoldo Panero.



El matrimonio Panero.



Leopoldo Panero con su primer hijo.

—No sé como he podido llegar... Llama al médico.

Llega el médico, un médico joven del pueblecito de al lado. De momento, nada: aprensiones, nerviosismos, una comida un poco fuerte... Cosas de escritores. Nada, tranquilidad; ya se le irá pasando. Que descanse un poco.

—Pero, doctor, es que el dolor se me sube para arriba...

—Calma, calma... Ya pasará.

Y se va. Panero piensa que por fuerza aquel dolor tiene que pasar. Tiene que pasar también el desasosiego que le oprimía. Es una opresión extraña, aniquiladora. También él llega a pensar que bien pueden ser sus nervios.

De momento se ha quedado un poco más calmado. Ya eran las seis y media o así.

Pero al rato Panero ha llamado a la esposa, esta vez más desencajado, más excitado. Algo le atenaza la vida, dolorosa, cruel, inhumanamente.

—Llama al médico. Me encuentro mal, muy mal...

De nuevo la búsqueda del médico, no fácil de encontrar. A ratos, Panero, a causa del dolor, se queda un poco aletargado. La ventana de su alcoba está taponada por una copiosa y musical higuera. Los pájaros alborotan y gritan en sus ramas. Varias veces se ha propuesto Panero cortarle vuelos a esta alborotadora higuera, pero nunca se ha atrevido. La luz que entra hasta su cama es verdosa, una luz que afila un poco la faz bonachona, ingenua y noble de Panero. Si no fuera por la higuera, Panero podría estar casi viendo la blanca y redonda torre del inmenso palomar. Precisamente en este momento las palomas van y vienen por el azul celeste, en última despedida al día.

—Pero ¿qué has podido tomar...?

—Te digo que nada. La comida ha sido discreta. Discreta en todo... Pero yo estoy muy mal. Creo que esto es grave...—y jadea horriblemente.

La mirada angustiada de Panero es ya muy alarmante para su mujer. También los niños comienzan a turbarse ante la extraña postración del padre, que después de la bárbara congestión se va haciendo más dramática. ¿Cuándo volverá el mayor de los hijos con el médico? El pequeño suplica al perro:

—No ladres, que papá está malo.

Todos confían en que al llegar el médico, esta vez, todo cambiará. Habrá algún calmante, y si la cosa es más grave o gravísima, siempre podrán trasladarlo a Astorga para que lo vean otros médicos. Habrá que auscultarle bien, tomarle la tensión, ponerle inyecciones; algo... Siempre hay remedios para estos dolores que parece que no se van a poder sobrellevar y que luego, a veces, se pasan.

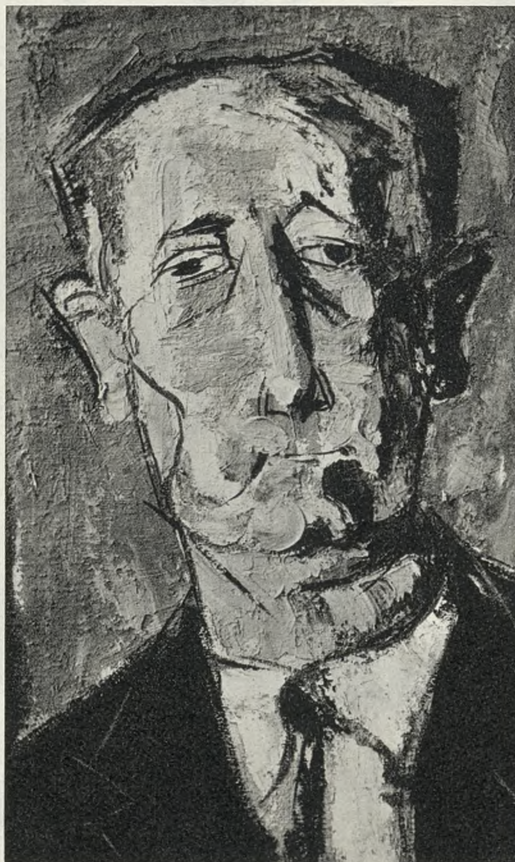
Pero el médico no añade nada. No ocurre nada especial. Debe tranquilizarse. Todo, al parecer, está normal. El enfermo no hace más que señalarse el pecho a la altura del corazón. Debe de ser una sugestión del enfermo al verse sacudido por los violentos espasmos. Nada. Sí, puede tomar una pastilla, o dos, del tubo que está sobre la mesa: Fanodormo. Eso le ayudará a descansar.

Felicidad le da una. Y, de momento, parece haberse aliviado.

—Creo que voy a descansar un poco. Quédate ahí cerca. Si te necesito, te llamaré.

Pero al rato, de nuevo la acometida brutal, ahora silenciosamente. Felicidad lo percibe. Hay que hacer algo. La calma le ha durado bien poco. El suyo ha sido un breve y casi voluntario letargo. Ahora es ella la que clama:

—Llamad al médico...



Retrato del poeta pintado por Oswaldo Guayasamín.

Muerte súbita

Ya no es posible la búsqueda del mismo médico. Se habrá ido a Astorga. Encuentran al practicante del vecino pueblecillo, un pueblecillo que él acaba de cantar en un poema dos días antes. El practicante, nada más ver al enfermo, toma muy en serio la cosa:

—Esto está muy mal, señora. Debe ponerse en lo peor...

Son las ocho de la tarde. El hijo mayor sale corriendo entre los árboles hasta la estación de ferrocarril del pueblecillo de enfrente, casi estación sin pueblecillo. Trata de hablar por teléfono con Astorga. El teléfono está ocupado. Una ambulancia, lo que sea. Van y vienen trenes... La línea sigue ocupada. Cuando el hijo mayor vuelve, lo que Felicidad está abrazando es un cadáver... El pequeño, llorando y abrazado al perro, le dice:

—Papá ha muerto. Lo ha dicho mamá. Yo lo he oído...

«En la vencida luz que deja agosto», como dijo Panero en uno de sus poemas, se ha parado el pulso del poeta; su voz, su tan viviente y honrada voz; su corazón, su generoso y sencillo corazón; su vida, su honesta y siempre sincera vida.

Rápidamente, sus familiares han envuelto su cuerpo en una manta, y en un camión le han trasladado a Astorga, a su casa, de la que tan orgulloso estaba; esa casa de piedras y frondas, donde acaso durmió el Dante, camino de Santiago, y que es como un relicario de autenti-

cidad. Lo mismo que en su casa de campo, Panero está vivo en cada rincón: todavía hay cajetillas de pitillos abiertas en el comedor; todavía estaba el papel, caliente casi de su humanidad, encima del escritorio; todavía junto a la hamaca del jardín podía verse el último libro que estaba leyendo: *Pasado y porvenir del hombre actual*, de Ortega; todavía sobre la mesa de despacho está abierto el libro que traducía para el *Reader*: *El motín del Caine*... En su despacho, como haciendo centinela fiel a un trabajo concienzudo y riguroso, las fotos de sus amigos, de sus maestros, de sus compañeros... Allí, Dámaso Alonso, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, su hermano Juan... Allí, Ortega, Azorín, Baroja. Allí, un retrato complejo para el estudio de varias generaciones de poetas: Miguel Hernández, Aleixandre, Neruda, Gerardo Diego, Bergamín, Salinas, la Zambrano, etcétera, etc. Allí, sus montones de lapiceros, sus gafas, sus pitillos, su mechero...

El «Canto a la Sequeda»

Dos días antes, con motivo del «Día de las Comarcas Leonesas», Panero había grabado un poema y lo había recitado por Radio Popular de Astorga. Es un poema al parecer liviano, pero transido de angustia y de solidaridad con los problemas de la tierra. Es un grito de socorro para la sequedad de una comarca y, al mismo tiempo, un cántico de esperanza. Allí ha quedado, encima de la mesa, copiado en tinta roja, patético y descarnado en su belleza, como debió de ser, dentro de su última serenidad, aquel bárbaro zarpazo de dolor que le provocó la rotura del corazón y acaso de los pulmones. Como en toda la obra poética de Panero, tras el acopio de las categorías circundantes, se advierte ese plácido anhelo de Dios, esa ansia firme y cristiana de remontar el bache de todos los acontecimientos—sean prósperos o aciagos—para ascender a una región transparente, más arriba de las cumbres nevadas, más alto que el incendio rosa de los pinares, por sobre cualquier estío terreno, y palpar allí, con leve respeto y gozo, la palma de la mano del buen Dios... El *Canto a la Sequeda* comienza así:

...Todos los veranos
bien de madrugada
la humilde Sequeda,
como una palabra,
saluda mis ojos
con surcos y alas,
y entre las encinas,
desde mi ventana...

(Mirando hacia esa ventana murió el poeta.) El poema concluye de este modo:

Todos los veranos
bien de madrugada
dan cita a mis ojos,
que andan, andan, andan,
Tejadillos, Bustos,
Valderrey, Matanza,
y allá en Castrotierra,
la ermita sagrada.
¡Ojalá que un día
quien su tierra labra
mire el surco henchido
por la fuente clara,
por la acequia pura,
que en mi pecho canta,
cristalinamente,
desde la esperanza!

Este es el Leopoldo Panero fluido, hondo, translúcido, manejable; el Leopoldo Panero del corazón abierto en amistad perenne con todos y de insobornable hidalguía y entereza en sus ideas y creencias. Este poema de caridad ha sido el viático de fusión con el prójimo que Panero ha llevado entre las manos para el diálogo definitivo con Aquel que, por tener palabras de vida eterna, cuando da a beber de su agua redentora nunca más se vuelve a sentir sed... Y Panero ya sació la sed de eternidad que le consumía.

C. P.



Despacho de Leopoldo Panero en su casa de Astorga, tal como lo dejó el día de su muerte.



Jardín de la casa astorgana de los Panero. (Fotos Basabe.)

SOCIEDAD, POLITICA Y GOBIERNO EN HISPANOAMERICA

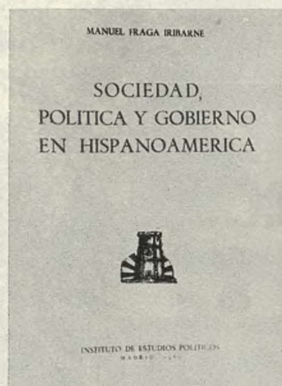
Por MANUEL FRAGA IRIBARNE

Edición Instituto de Estudios Políticos. Madrid, año 1962.

Poco antes de ser llamado a ocupar el Ministerio de Información y Turismo de España—haciéndole esto abandonar la dirección del Instituto de Estudios Políticos, donde tan excepcional labor ha realizado—publicó don Manuel Fraga Iribarne, el trabajador sin tregua, un amplio volumen titulado *Sociedad, Política y Gobierno en Hispanoamérica*.

Como obra de Fraga Iribarne, tiene esta exposición dos características principales: el conocimiento exhaustivo del asunto y la exposición franca de sus propias ideas al respecto. No es que el autor se limite a la erudición, aunque parta de ella para examinar los asuntos. En el complejo y delicado escenario de la sociedad, la política y el gobierno en la América hispana, se mueve con gran seguridad, por la montaña de datos que sabe utilizar, pero también por la postura con que observa. Conoce como pocos los males tradicionales de esa América hispana y conoce los ideales que albergaron y albergan los mejores de sus hijos a través de las generaciones. Por eso le es posible darnos una visión utilísima, una guía, lo mismo para que comprendamos el *imbroglio* argentino que para explicarnos el misterio de Bolivia o el alcance real de la revolución mexicana.

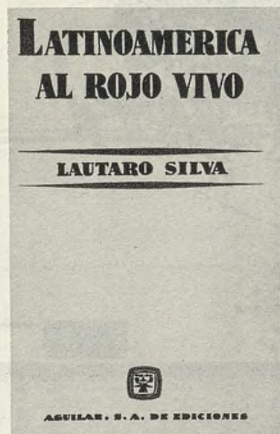
Desde 1950, con el inicio de la colección *Las Constituciones Hispanoamericanas* (va ya por 16 volúmenes) y con sus tareas de cátedra sobre Derecho Político Hispanoamericano en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid, viene Fraga Iribarne dedicándole un interés superlativo a la vida política, centrada en sus instituciones, de América. Los muchos viajes, los intercambios personales, los congresos, las polémicas incluso, le han servido de



continuo soporte a lo que es en él una vocación, por amor a la ciencia política y por amor a América. Resume, pues, en este libro, una tarea de doce años de estudios y trabajos, que, en un hombre de la capacidad intelectual y de rendimiento que ha demostrado Fraga Iribarne, suponen una cosecha riquísima. Desde el estudio sobre el pensamiento político de Bolívar, con que se abre el libro, hasta el estudio sobre Puerto Rico—el «Estado-asociado de la Unión Americana»—, son revisadas minuciosamente las constituciones, las normas jurídicas y cuanto sirve de asiento y de motor a la vida política en Hispanoamérica. De manera indirecta, por cuanto no se entra en juicios personales sobre gobernantes y gobiernos, pero de manera eficaz, por cuanto se exponen todos los datos necesarios, puede el lector—por mucho que desconociera hasta aquí la América—formarse una idea muy clara del porqué de casos como el reciente del Perú o como los ya pasados de ciertas formas de gobierno y de ciertos gobernantes.

Uno de los temas que más atraen la atención de Fraga Iribarne, y que desarrolla desde el principio de la obra al estudiar a Bolívar, es el de la diferencia, la razón de la diferencia, entre los regímenes y las costumbres políticas de Norteamérica y de América hispana. El tiene especial autoridad para esto, porque conoce la estructura política norteamericana tan bien como la otra, según lo demuestran sus libros *La reforma del Congreso de los Estados Unidos* (1951) y *El Congreso y la política exterior de los Estados Unidos* (1952).

Tiene este libro que ahora comentamos dos capítulos especialmente útiles para el estudioso: los titulados *Bases para un análisis de la realidad política iberoamericana* y *Tendencias políticas de Hispanoamérica después de las dos guerras mundiales*. Luego vienen los dedicados a analizar, país por país—pero en esos capítulos está el resumen del pensamiento de Fraga Iribarne sobre la América hispana—, su papel en la hora actual y el significado de su crisis. Estima el autor que nada menos que la cultura occidental puede salvarse o perderse a cuenta de la salvación o pérdida de América. Es esto lo que él llama un área-límite, donde hoy se está decidiendo el equilibrio internacional, por ser lugares donde el cambio social da lugar a la posibilidad de maniobra exterior. «Occidente —dice—, y concretamente en el área iberoamericana, Estados Unidos, necesita una política dinámica del cambio social.» La visión moderna, abierta, libre, que de la sociedad actual tiene Manuel Fraga Iribarne, se refleja muy bien a lo largo de este libro. Por sus ideas sobre la problemática de la sociedad, la política y el gobierno en Hispanoamérica, conocemos sus ideas sobre esos mismos asuntos en el resto del mundo.



LATINOAMERICA AL ROJO VIVO

Por LAUTARO SILVA

Editorial Aguilar, 1962.

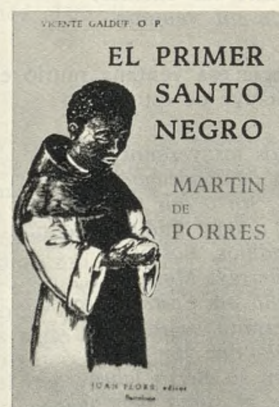
En su obra *La herida roja de América*, el escritor chileno Lautaro Silva, residente ahora en Madrid, demostró su conocimiento profundo de una de las realidades más importantes y significativas de la América hispana: la penetración e influencia del comunismo. Y ahora, en *Latinoamérica al rojo vivo*, vuelve a estudiar—pero en forma mucho más amplia y actualizada—esa realidad.

El panorama que ofrece Lautaro Silva, apoyado en datos, en números, en referencias personales que no dejan dudas, es asombroso y es desolador. No se explica nadie que, ante un hecho tan evidente como el de la penetración del comunismo marxista—incluso en esferas que parecían intocables en Hispanoamérica o en cualquier sitio de la tierra—, no se produzca una reacción condigna.

Al frente del libro, y subrayando así de manera obvia su intención, pone el autor estas palabras del Apocalipsis: «Adoraron al dragón, porque había dado poder a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: "¿Quién como la bestia? ¿Quién podrá guerrear con ella?"» Silva quiere poner en pie a la América hispana, que, por distintas razones, presiones e interposiciones de gentes ajenas, no acaba de comprender cuán terrible e inminente es el peligro que la amenaza. «El comunismo en Latinoamérica—dice— es como un inmenso iceberg que flota, a veces manso, ora bravío, sobre las procelosas aguas del Nuevo Mundo. La peligrosidad del iceberg está en la parte sumergida, y no en la aparente grandiosidad de la mole que flota sobre la superficie.»

Esta imagen sintetiza la visión que él tiene de la presencia del comunismo en América. Hace historia desde el año 1919, cita textos y declaraciones de Dimitrov y de otros que hoy no cuentan o fueron purgados, pero representaron el criterio oficial del Kremlin. Va siguiendo luego, paso a paso, país por país, la trayectoria del comunismo y su desarrollo hasta la actual eclosión o apoteosis, encarnada en el caso de Cuba. La documentación que presenta Silva a lo largo de las trescientas y tantas páginas del libro es de primera mano, y tanto por su calidad como por su cantidad, resulta excepcional. Hay cartas, manifiestos, instrucciones, que al ser conocidos hoy descorren velos muy tupidos sobre sucesos como «el bogotazo», que siguen constituyendo piedras angulares en el desarrollo real de la penetración comunista. Lo que trae sobre este capítulo el libro *Latinoamérica al rojo vivo* no lo trajo hasta ahora ningún otro, y su conocimiento es indispensable.

Las deducciones lógicas, evidentes, que se desprenden de esta obra de Lautaro Silva, son que es urgente despertar a la América hispana, en sus juventudes y en sus gobiernos, hacia la realidad que la rodea. Dentro de cada país, por turno, vemos lo que el comunismo ha avanzado, las posiciones de que se ha hecho dueño y los movimientos que ya está realizando para cumplir sus fines. Este libro es un poderoso reflector paseado sobre un monstruo que creía estar al seguro, avanzando entre las sombras.



EL PRIMER SANTO NEGRO: MARTIN DE PORRES

Por VICENTE GALDUF, O. P.

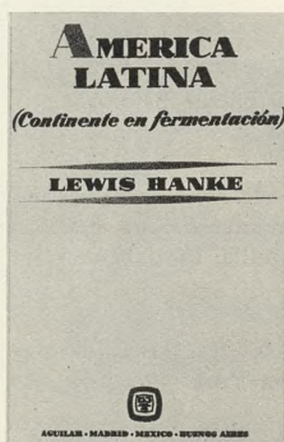
Juan Flores (editor). Barcelona.

Sobre San Martín de Porres aparecen libros y más libros. Los padres dominicos, que sienten el orgullo inmenso de contar entre los suyos a este santo de América—y cuya subida a los altares como beato se produjo en el siglo XVII— son, lógicamente, los que van a la cabeza de la exaltación del «primer santo negro». En este

libro del padre Galduf se ha recurrido, más que al método cronológico, al de instantáneas fotográficas, que recogen los momentos culminantes de aquella vida peruana, tan rica en contenido y en lección.

El libro se abre con el relato de uno de los milagros más llamativos del santo, el de la ubicuidad, y se inicia así el desfile de treinta estampas. Sirve ese desfile para contrastar, paso a paso, la conducta humana ante la aparición de señales trascendentes. Los episodios están construidos de manera que veamos a los miembros de la comunidad, pese a su condición de religiosos, reaccionando de manera más bien humana y corriente ante lo que se les hacía doblemente difícil de creer: por extraño y por venir de un ser de condición tan humilde. La forma, realmente dispuesta por Dios, en que fray Martín fue, sin proponérselo, venciendo todos los obstáculos a la credulidad, queda perfectamente retratada en este hermoso libro. Ameno, de capítulos breves, ilustrado con graciosos dibujos, se lee con facilidad y con alegría. Se ve que el empeño principal del autor ha sido dar no el libro técnico ni la biografía de santos, que sólo saborean los ya convencidos y los muy religiosos; ha querido dar un libro claro, radiante, gozoso, donde se cuenta el prodigio que a Dios le plugo hacer en tierra americana, como para ofrecer anticipada respuesta a los prejuicios raciales, que iban a tener en esa América algunos escenarios dolorosísimos.

Con la presencia de Martín de Porres se estaba diciendo por Dios a los hombres que un negro no es un ser distinto de los demás humanos, salvo en la pigmentación de su piel. Puede ser santo o pecador, sabio o ignorante, malo o bueno. Y para que no quedase duda alguna sobre esta igualdad esencial, colocó en lo más alto de la escala, entre los santos, a un humilde hijo de la raza que ha sido llamada «la sufrida». Al cerrar su libro, el padre Galduf dice al lector que «aún le quedaría enseñarle lo que fray Martín está haciendo por el mundo», sobre todo en los problemas raciales que hoy hay planteados en Norteamérica, Africa y en la zona asiática. El, que por el color de su piel tuvo que sufrir tanto en su vida, parece que vela de una manera especial por esos pueblos, para que, limadas las asperezas y diferencias de razas, venga la paz sobre todos los hombres, como hijos que son todos de un mismo padre.



AMERICA LATINA (Continente en fermentación)

Por LEWIS HANKE

Editorial Aguilar.

El profesor Lewis Hanke, autor de *La lucha española por la justicia en la conquista de América*, es un historiador norteamericano que procura enterarse de lo que trata, cosa que no es muy frecuente. En este volumen—aunque su título recuerda mucho al de Eudoxio Ravines—ofrece una visión panorámica de la zona de moda en el mundo, o sea, de América hispana. Su postura es totalmente crítica, adversa a la acción seguida hasta ahora por su país en esa América. No es un izquierdista a lo Chester Bowles, ni un comunista a lo Waldo Frank; pero su postura se inclina más bien a la izquierda a la hora de enjuiciar. Con mucha energía analiza en este libro—que es la traducción española, unificada, de los dos volúmenes que tenía en inglés la obra—todas las zonas de América, y denuncia su crisis, señalando las razones de ella según las encuentra su criterio. Llega a la conclusión de que es preciso obrar sin tardanza, aplicándose por parte de los Estados Unidos «esfuerzos heroicos». Señala el peligro comunista, pero señala también la presencia en Hispanoamérica de «elementos reaccionarios que se oponen a la reforma social» y «prefieren sujetar las válvulas de seguridad y esperar a que la caldera reviente», lo cual, además, ha producido la trágica consecuencia de que «elementos liberales, viéndose frustrados con semejante oposición, han caído bajo la influencia comunista».

El profesor Hanke dedica más de la mitad de su libro a dar una especie de antología de textos orientadores sobre la América hispana. Y si se le puede reprochar que ha ido a buscar esos textos principalmente entre los izquierdistas (se observa, por ejemplo, la increíble ausencia de un José Vasconcelos, de un Pablo Antonio Cuadra, de un Anzoátegui), de todos modos tiene interés la selección de lecturas. Entre los autores figuran: Arciniegas, con *La América visible y la América invisible*; Gonzalo J. Facio, José Figueres, en *Por qué fue escupido el Vicepresidente Nixon*; Jorge Castañeda, Alberto Lleras Camargo, monseñor Larrain, obispo de Talca; José Clemente Orozco, Daniel Cosio Villegas, Gilberto Freyre, William S. Stekes, la *Oda* de Darío *a Roosevelt*, Harrison Brown, Antonio García, Chester Lloyd Jones, con *Si yo fuese dictador*; John and Mavis Biesanz, sobre Panamá; Fernando Ortiz, comunista cubano; James Leyburn, sobre Haití; Luis Muñoz Marina; Vernon Lee Fluharty, sobre Colombia; Virgil Salera, sobre Venezuela; Pedro María Morante, sobre la adulación a los dictadores en Venezuela; Octavio Paz, sobre México; José Luis Cuevas, pintor mexicano; Eduardo Santos, de Colombia, sobre «el peligro de armar a la América latina», y así, de autor en autor, textos sobre todas las materias conflictivas en la América hispana.

El libro del profesor Hanke, que debe leerse, como testimonio de una parte de la opinión de Hispanoamérica, es de todos modos un compendio interesante y que refleja hasta la última intención de quienes poseen ideas tan liberales.



ATENCION, GUATEMALA

Por MANUEL DE HEREDIA

Editorial Prensa Española, 1962.

El editor se anticipa a informar, al frente de este libro, que no es ni la apología de un hombre ni la exaltación de una política. Pues la mayor parte de la obra, que resulta de grandísimo interés para el conocimiento de Guatemala, está dedicada a analizar la política del Presidente Idígoras Fuentes, sobre todo en relación con el viejo tema de la unidad centroamericana.

Manuel de Heredia, español de nacimiento, es un enamorado de Centroamérica. Se diría que su caso, en la prosa, corresponde al que da en verso el padre Angel Martínez. Si de éste piensan muchos que es nicaragüense con ramificaciones en los otros países del istmo y en México, de Manuel de Heredia también cabrá pensar que es un guatemalteco extendido hacia Panamá y toda Centroamérica. Nos da una imagen muy viva del Presidente de Guatemala, a quien vemos en su intimidad y en su acción de hombre público. Un Presidente que al encontrarse con un español se salta a la torera el protocolo y lo primero que le pregunta es «¿por qué no les quitan de una vez a los ingleses el Peñón?», y luego aconseja que se recupere Gibraltar a puntapiés, es ya, amén de sus otras condiciones, un Presidente franco y espontáneo. Estas características en todos los actos y la política del general e ingeniero Idígoras Fuentes son estudiadas por Manuel de Heredia hasta sus más mínimos detalles de gobernante. De paso, se nos va dando a conocer el país, sus reacciones, su riqueza, su modo de pensar. Se siente que ama a ese país, al que, en un momento de la obra, comentando la costumbre india de andar descalzos, llama «país de pies descalzos y almas vestidas».

Por ese amor, da una hermosa visión de Guatemala, recorriendo incluso, en buena síntesis, los períodos de la cultura maya y luego los tiempos de la gobernación española. Es un libro bien escrito, emotivo, ameno, donde sólo falta —si es una falta—ese toque de tenebrismo y de «literatura negra» que hoy se emplea tanto al hablar de los pueblos. Manuel de Heredia no oculta lo que de triste, de pobre, de mísero incluso, puede verse en esta o en aquella zona; pero recuerda noblemente que esto puede ser visto en todos los países de la tierra, y que ése no es el eje para juzgar ni la situación económica de una nación ni su valor en la cultura del mundo.

Algunas fotos dan al libro, tan bien escrito como sentido, un complemento necesario.



LAS CLASES SOCIALES EN AMERICA LATINA

Por FEDERICO DEBUYST

Colección «Documento», de la Oficina Internacional de Investigaciones Sociales de Feres. Friburgo (Bogotá), 1962. (Editado en España.)

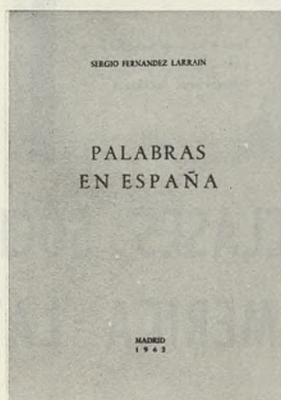
Este es el número tres de los documentos utilísimos que viene publicando la Oficina Internacional de Investigaciones Sociales, cuyo centro en Hispanoamérica está en Bogotá. Conocer a fondo, a tono con los actuales métodos estadísticos y de investigación, la estructura de

HISPANOAMERICA EN EL LIBRO

las clases sociales en la América hispana, es quizá el primer paso a dar para estudiar ese vasto complejo que representa hoy el «continente en erupción». El estudio del señor Debuyst recoge los trabajos de colaboración realizados entre 1958 y 1961, por iniciativa de monseñor Luigi G. Ligutti, observador permanente de la Santa Sede en la F. A. O., y que fueron financiados por la Homeland Foundation. Este origen puede explicar el hecho de que se emplee el nombre «América latina» para tratar de Hsipanoamérica.

El estudio se divide en cinco partes, amén de la introducción. El gran tema es la estratificación y la movilidad social, y así se dedica toda la obra a estudiarlas, por separado, en Argentina, Brasil, México, región andina y luego, conjuntamente, en los otros países. Se trata de un estudio amplísimo, lleno de cuadros estadísticos y de datos. Pero el autor indica que falta aún documentación más completa. De todos modos, dada la avidez por conocer a Hispanoamérica en sus caracteres sociológicos y económicos, y dada la falta actual de materiales bien ordenados, ricos, serios, este estudio viene a llenar un vacío considerable. Sobre todo, el estudio de las estructuras rurales en cada zona es de extrema importancia dentro de la publicación; y como en esta misma serie el número dos está dedicado a estudiar la «transformación en el mundo rural latino-americano», tenemos que, prácticamente, queda completo el ensayo.

El estudio que comentamos da datos más que suficientes para formarse una idea cabal de la presente situación y, por consecuencia, de lo que ella influye en la agitación política, por lo que sirve a los agitadores profesionales para aplicar sus designios. Aparte de los estudios detallados, por capítulos, de país por país, se agregan unos anexos utilísimos, donde hallamos por igual las cifras de analfabetismo, de carreteras, de enfermedades, como las de hispanoparlantes, obreros, patronos, etc. Se dedica mucha atención al estudio de la clase media, y, en las conclusiones a que llega el autor, este tema es subrayado para destacar su importancia y su repercusión en lo político. Conclusiones capitales, como resumen, guían al lector, por poco experto que sea en el manejo e interpretación de los cuadros sinópticos y de las investigaciones técnicas, hacia la comprensión general del problema. Así, por ejemplo, cuando se dice: «En todos los países de América latina, algunos elementos de la clase superior, que basan su *status* social sobre el origen familiar y la propiedad terrena, forman grupos cerrados y presentan resistencia bastante fuerte a la movilidad ascendente de las clases medias enriquecidas en la industria y en el comercio.»



PALABRAS EN ESPAÑA

Por SERGIO FERNANDEZ LARRAIN

Madrid, 1962.

Don Sergio Fernández Larrain fue años embajador de Chile en España. Hombre de gran cultura, poeta, historiador, investigador, no se limitó, naturalmente, a cumplir con sus deberes desde un punto de vista «técnico», sino que llenó de alma su misión. En este libro se recogen los discursos pronunciados a lo largo de aquélla. Son discursos donde la belleza se mezcla con la sincera emoción. Este hombre no sólo siente a España, sino que es un pedazo de España misma. Su *Elogio de Madrid*, primero de los discursos recopilados, da la clave lírica y la emocional de todo el libro. Y lo mismo en las piezas de gran aliento, de largo alcance—como la dedicada a *Cádiz, salada claridad*, o a *Menéndez Pelayo y la unidad hispánica*—, como en las intervenciones breves y modestas por su objetivo, o en los actos de entrega de condecoraciones, la palabra del embajador Fernández Larrain es de gran belleza y muy demostrativa de cómo conservan el idioma español los hombres cultos de América.

Los nexos espirituales creados y alimentados por el autor entre él y los hombres de España y entre su patria y la patria española son de una riqueza singular, y se ve que la raíz viene de muy lejos. No se trata del diplomático cortés que en el instante de pronunciar un elogio dice las palabras adecuadas. Se trata del gran amador de España de siempre, del gran católico, del gran cultor de las letras, que usa la ocasión especial de servir una embajada para desde ella volcar los tesoros de su corazón. Sin proponérselo, el señor Fernández Larrain, al recoger estos discursos suyos, no ha dejado sólo materialmente salvada su ejecutoria intelectual en España, sino que ha entregado además un breviario de hispanidad práctica, en activo. Lo que él hizo aquí fue vivir la hispanidad en su forma más depurada y fecunda.

Y como una señal más de la importancia que, desde el momento en que se pronunciaban, se otorgó aquí a los mensajes del señor Fernández Larrain, recordemos que antes de ahora dio de ellos una antología, hecha con el más impecable buen gusto y lujo tipográfico—una verdadera edición de bibliófilo—, bajo la dirección de otro gran chileno, Jorge Guzmán, quien, al frente de Extensa—y luego de haber producido el «Mapa de Madrid» más buscado y admirado de los últimos tiempos: el del Banco Exterior—, da muestras diarias de la jerarquía artística y de la modernidad que es capaz de alcanzar un equipo hispano-chileno de artistas consagrados a la función de crear y mantener relaciones públicas. La edición de los discursos del embajador Fernández Larrain por Extensa, con Jorge Guzmán actuando de guía, es un honor de las prensas españolas, y es un marco adecuado a la espiritualidad, a las raíces intactas y al amor que por España siente el diplomático chileno.